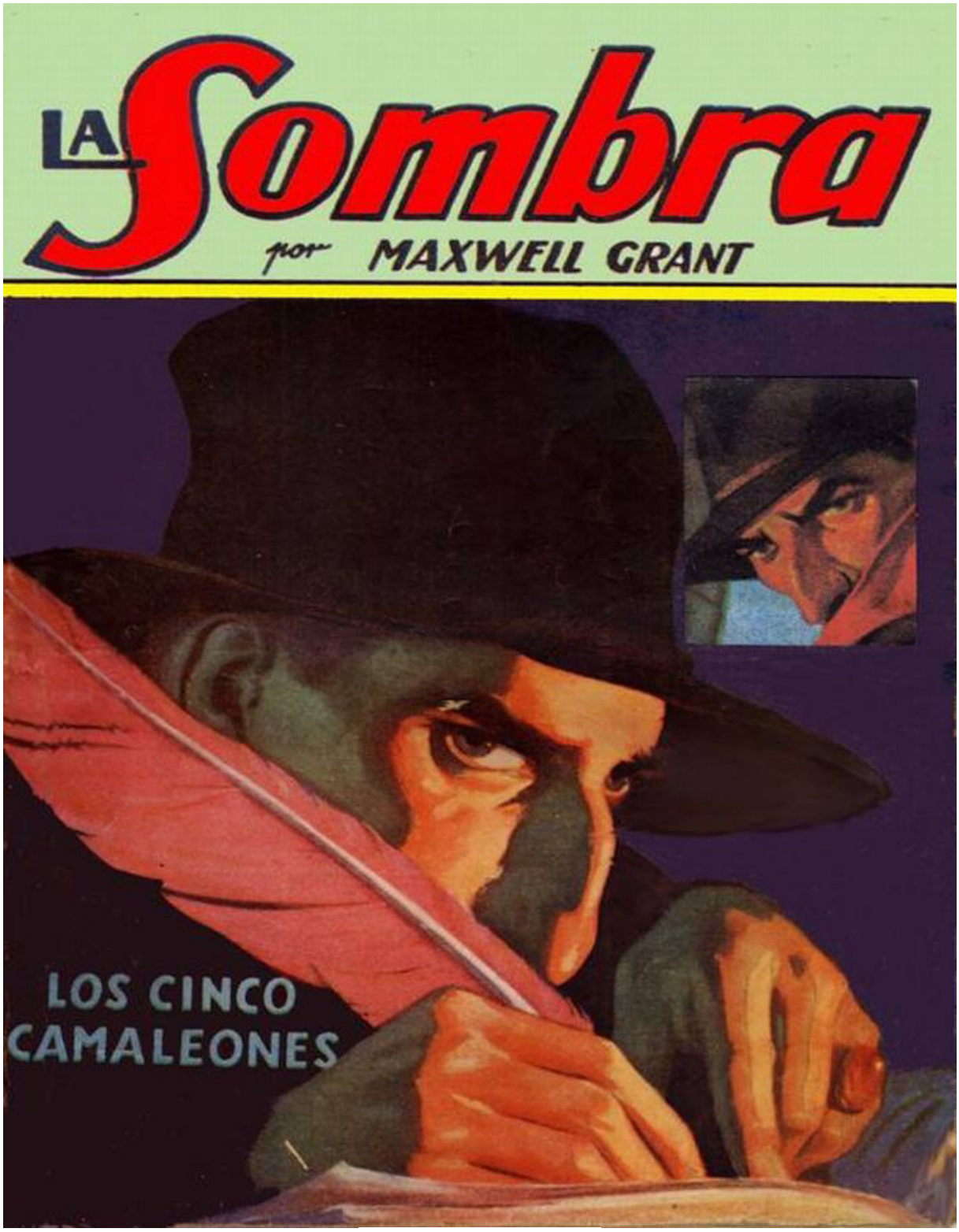
Los cinco camaleones
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
UN DELATOR MUERE

-¡La Sombra!

El grito ronco y de espanto brotó de los labios de un hombre que se acurrucaba junto a la pared de la habitación. Sus ojillos miraban azorados a una elevada figura vestida de negro.

-¡Si, soy La Sombra!

La respuesta partió en un cuchicheo burlón, de unos labios invisibles.

Sucedió una pausa escalofriante. Luego, una voz siniestra repitió sus palabras sarcásticas.

-Soy La Sombra. ¡Te traigo tu sentencia de muerte, Hawk Forster!

El acorralado malhechor seguía mirando al justiciero, con ojos desorbitados por el terror. Se encontraba frente a La Sombra, el temible vengador, cuyo nombre infundía espanto en las hordas de los bajos fondos y aun a los reyes del crimen.

A tales ratas como Forster, un encuentro con La Sombra les sucedía una sola vez en la vida. El aterrado gangster conocía el veredicto que le esperaba.

¡La Muerte!

La Sombra, alto y misterioso, vestido con capa negra y sombrero de ala ancha, era una figura severa e inexorable. Su rostro estaba cubierto por el cuello de su capa y el sombrero echado sobre los ojos.

El condenado, pestañeando nervioso, veía únicamente el resplandor de dos ojos penetrantes que centelleaban desde unas profundidades insondables.

¡Aquellos ojos eran la señal de la sentencia de muerte!

Un brazo surgió de los pliegues de la capa negra. La mano enguantada empuñaba una pistola automática. El cañón apuntaba al acurrucado forajido.

El escenario de esta extraña acción, era el cuarto destartalado de un viejo hotel. Una maleta abierta en el suelo, indicaba que el malhechor estuvo a punto de marcharse. Una ventana, con la borrosa barandilla de un balcón, señalaba el camino por donde La Sombra entró, sorprendiendo al fugitivo.

-Tienes miedo de la muerte-. El acento de La Sombra era irónico-. Mataste a dos hombres a sangre fría, pero tienes miedo de morir. En consecuencia te dejaré vivir-la súbita esperanza que apareció en los ojos de Hawk Forster se desvaneció al oír las palabras siguientes-, ¡un corto tiempo!

El forajido se mordió sus labios hinchados. Su rostro palideció. Sus ojos se tornaron suplicantes.

La Sombra profirió de nuevo la risa sardónica que anunciara su presencia.

-Aunque eres un asesino-declaró-, tienes un corazón cobarde. Hace tres meses asesinaste a dos hombres y luego huiste. Te reconocieron. La policía te busca. No te han encontrado todavía.

Tras una pausa, la figura misteriosa continuó:

-Pero yo, La Sombra, supe dónde te escondías. Ahora la policía conoce este escondrijo. Pronto llegará aquí.

Forster lanzó una mirada de espanto a la pesada puerta. Era su única vía de escape. No obstante, no osaba moverse.

La Sombra soltó una carcajada. La situación de este acorralado asesino le divertía.

-Mas, por desgracia -prosiguió-, la policía no se mueve con la rapidez de La Sombra. Sabiendo que tal vez estarías preparando tu huida, he venido a retenerte hasta que vengan a

buscarte. Los cobardes como tú no pertenecen a La Sombra. Para que puedas vivir con un objetivo: ¡la silla eléctrica de Sing Sing!

-¡No! ¡No! -exhaló Forster-. ¡No! ¡Déjeme marchar! Yo...

Le interrumpió un ruido procedente del pasillo, del lado exterior de la habitación. Un pesado puño golpeó en la puerta.

Hawk Forster se arrodilló en un temblor silencioso.

-¡Abrid en nombre de la ley!-ordenó una voz.

El mandato no fue obedecido. El forajido se estremeció acurrucado junto a la pared, paralizado de espanto.

La Sombra, silenciosa como una estatua, no hizo el menor intento para obligarle a abrir.

Retumbaron unos golpes fuertes. Hawk Forster volvió el rostro hacia la puerta. Vió que ésta temblaba al impacto de los golpes. De nuevo se volvió hacia La Sombra, en el centro de la habitación.

La cara pastosa de Forster inspiraba lástima. Conocía que no podía esperar compasión de La Sombra; sin embargo, abrigaba una furtiva esperanza.

-¡Déjeme escapar!-suplicó-. Si me deja, hablaré. Le diré lo que ni siquiera usted sabe. Le pondré al tanto del golpe más grande...

Se interrumpió cuando La Sombra lanzó una carcajada. La amenazadora pistola de la figura espectral, parecía dotada de vida al avanzar lentamente.

Los ojos centelleantes aparecían lívidos.

!El miserable estaba experimentando la fatalidad, de la amenaza de La Sombra¡

Para La Sombra, Hawk Forster era simplemente otro rata del hampa.

Repetidamente el misterioso personaje, había cazado en la trampa a sujetos de su calaña. Siempre suplicaban compasión, ofrecían confesar; negociar para salvar sus viles pieles.

La Sombra tenía un sistema propio para tratar con ellos.

-¿Cantarás?- Su voz era un ronco y sobrenatural cuchicheo-. ¡Canta, pues! ¡Dime lo que sabes que yo no conozco! ¡Habla!

Las palabras de La Sombra eran un mandato. Sin condiciones. Su voz significaba una sentencia de muerte, sin escapatoria posible.

Hawk Forster lo sabía. Pero su temor a La Sombra le hizo hablar. Informó, contra su voluntad, mientras seguían golpeando con violencia sobre la puerta.

-¡Es una operación colosal!-jadeó-. Han estado esperando a que madurase. Ahora todo está dispuesto. Pero antes de comenzar, quieren despachar a un individuo.

-¡Date prisa!

La orden de La Sombra era imperiosa y baja cuando Forster hizo una pausa para humedecerse los labios y miró, poseído de terror, hacia la puerta que iba cediendo poco a poco.

-Daniel Antrim-continuó el miserable-. Daniel Antrim... el abogado. Está metido en el negocio. Ha estafado a un compañero. Lo ha traicionado. Por eso van a darle el pasaporte para el otro barrio. Lo despachará uno que él se figura que está...

Las palabras se trocaron en un chillido de terror, cuando el cobarde forajido observó que la puerta cedía el impulso de un poderoso golpe. Ocultó el rostro en sus manos.

La mano de La Sombra se las apartó de un golpe. Sus ojos ardientes estaban cerca del repulsivo semblante del malhechor.

-¿Quién piensa matar a Antrim?

-¡Se lo diré!-chilló Hawk-. Uno que conocí hace mucho tiempo. Él me lo explicó todo. Vendrá a... a Nueva York... a matar...

Antes de que el miserable pudiese terminar, la puerta fue levantada en peso y lanzada al interior del cuarto. Cedió de una manera inesperada. Al caer, dos hombres rodaron sobre ella.

La Sombra, sin olvidar el propósito que le llevara allí, se movió rápida y silenciosamente. En tres rápidas y largas zancadas, llegó a la ventana. Luego, se volvió para lanzar una larga mirada de despedida. Hawk Forster se lanzaba adelante. La Sombra comprendió el motivo. Delante de uno de los hombres que se incorporaban del lado de la derrumbada puerta, yacía en el suelo un reluciente revólver.

El hombre que se enderezaba, era el agente José Cardona, as de los detectives de Nueva York. Su pistola le saltó de la mano al caer encima de la puerta.

Aquel revólver significaba la salvación para Hawk Forster. La irrupción de la policía, impidió que La Sombra conociese lo que Forster sabia. La amenazadora figura había partido y el gangster vió la ocasión de burlar a los hombres que buscaban su captura.

Los dedos del forajido se cerraron sobre el revólver. El arma fue levantada antes de que Cardona pudiese recogerla.

El segundo detective levantaba su pistola, demasiado tarde. El dedo de Hawk Forster se posaba sobre el gatillo. Los labios del miserable gruñían en triunfo.

Cuando el dedo del malhechor se movió, resonó un disparo. No partió del arma que el asesino había recogido. La detonación surgió del exterior de la ventana.

¡La pistola de La Sombra había hablado! ¡La última oportunidad de salvación de Forster desapareció! El revólver cayó de su mano cuando la bala de La Sombra, le destrozó la muñeca. Durante la fracción de un segundo, los hombres del suelo formaron un cuadro inmóvil.

El miserable contemplaba su mano herida e imposibilitada. José Cardona estaba arrodillado, tras un inútil esfuerzo para apresar la mano del gangster.

El segundo detective quedó lleno de estupor, descansando sobre una rodilla.

Nadie observó el rizo de humo que entraba procedente de la abierta ventana.

Forster fue el primero en dar señales de vida, a pesar de su desconcierto.

Alargó con rapidez la mano izquierda para coger la pistola, Cardona se arrastraba para apoderarla también del arma. El otro detective aprovechó la oportunidad. Disparó dos veces por encima del cuerpo de Cardona.

El salto frenético de Hawk Forster terminó de súbito. El forajido de cara de rata cayó de costado y rodó por el suelo. Sus ojos saltones debieron imaginarse que veían de nuevo a La Sombra, pues en su semblante se pintó una expresión de terror al toser unas palabras inarticuladas.

José Cardona las oyó, sin comprenderlas. Ignoraba que el moribundo intentaba completar una declaración interrumpida; que Hawk Forster, ya en el umbral del más allá, delataba a sus compinches.

Luego los ojos del agonizante se acertaron. El pistolero de rostro ratonil estaba muerto.

José Cardona, recuperado su revólver, se incorporó y giró la vista a su alrededor. Su compañero se adelantó a mirar al muerto.

-¿De dónde vino ese disparo?-gruñó Cardona-. Alguien lo hirió oportunamente, cuando más lo necesitábamos. No fue ninguno de nosotros...

Se interrumpió al posar la mirada en la ventana. Con un gesto indicó a su compañero que se apostase en la puerta, mientras él, deslizándose a lo largo de la pared, se aproximaba con cautela a la ventana.

Ciertamente, el tiro salvó la vida de Cardona. Mas el hombre que lo disparó, ¿lo hizo con la intención de ayudar a la policía? Cardona había visto disparos semejantes, errar por extraños azares de la suerte y tocar a otras personas.

Mientras su compañero, alerta, encañonaba la ventana, Cardona pasó audazmente al balcón. Todo estaba sumido en una oscuridad completa, en el exterior. Una espesa niebla envolvía la calle.

Comprendió entonces que fue llamado a aquel lugar por La Sombra.

Conocía ahora el origen de la llamada telefónica, que le indicó el lugar donde podían encontrar a Hawk Forster, el asesino que buscaban.

Una voz reposada habló por teléfono al detective. No fue la voz de La Sombra. Pero Cardona tenía motivos para creer que el misterioso vengador empleaba a subordinados de confianza.

¡La Sombra! Localizó y capturó a Hawk Forster, el asesino; y, finalmente, frustró su última operación.

Era otra prueba más de la implacable guerra que La Sombra sostenía contra el mundo del crimen; otro golpe asestado por la causa de la justicia. José Cardona comprendió y pensó que lo comprendía todo.

El famoso detective se equivocaba. Ignoraba que Hawk Forster era un rata que se disponía a cantar; Que el asesino conocía los planes de otros malhechores más poderosos; y que estuvo a punto de informar a La Sombra cuando los detectives efectuaron su prematura entrada.

Cardona no sospechaba nada. Tan sólo La Sombra conocía que se estaba urdiendo algún crimen de gran envergadura. Sin embargo, empezaba a enterarse del asunto cuando las circunstancias, le obligaron a alejarse con rapidez.

Un peligro amenazaba a Daniel Antrim, abogado criminalista. Cuando descargase aquel peligro, señalaría el comienzo de unas operaciones criminales en gran escala.

Muerto Hawk Forster, nadie más que los propios criminales conocían los detalles del proyecto.

¡Únicamente La Sombra podía enfrentarse con los enemigos de la ley! ¡Para poderlo hacer, debía averiguar el origen y naturaleza del plan que los labios sellados de Hawk Forster no podían revelar jamás!

¿Podría La Sombra descubrir la maquinación, dondequiera que se estuviese fraguando?

CAPÍTULO II
UN HOMBRE CON UNA MISIÓN

El hermoso yate Vesta cruzaba, lentamente las tranquilas aguas azules del Gulf-Stream.

En la cubierta de popa, bajo un amplio pabellón, hallábanse sentados cuatro hombres vestidos con trajes de verano.

Los vasos chocaron en sus manos. La conversación era interrumpida a menudo por sonoras carcajadas. Los cuatro amigos parecían constituir un grupo típico de hombres, que no tenían más trabajo que saborear al máximo la vida voluptuosa de los mares tropicales.

Los cuatro hombres poseían cierta pose y dotes de mando. En la acción y en las maneras eran muy parecidos. No obstante, en la fisonomía y en las proporciones físicas, existían diferencias notables.

La diferencia se tornaba evidente durante una ceremonia peculiar que los hombres celebraban. Bebían por turno, a la salud individual de cada uno de ellos. Uno permanecía sentado mientas los otros tres se ponían en pie y levantaban sus vasos.

-A la salud de Jorge Ellsworth-fue el primer brindis de tres de ellos-. ¡A su salud y suerte¡

Bebieron y se sentaron, chocando los vasos ante el hombre por quien brindaron.

-Llénalos, Carnicero. ¡Llénalos!

El llamado Jorge Ellsworth accedió. Sus maneras eran características de su apodo "Carnicero". Era un hombretón de unos cuarenta y pico de años.

Tenia el rostro lleno y los labios joviales. Sus manazas cogieron la botella y llenaron los vasos.

Luego, el hombretón se incorporó y dos de sus compañeros le imitaron. El cuarto del grupo permaneció sentado.

-A la salud de Howard Best-fue el siguiente brindis-. A su salud y a su suerte!

Los vasos se apuraron y luego chocaron de nuevo.

-A ti te toca llenarlos, Diácono-indicó Carnicero.

De rostro solemne y taciturno, Howard Best llenó en silencio los vasos, tensas sus manos blancas y huesudas. Era el miembro de semblante sombrío del grupo.

El apodo de "Diácono" le sentaba a maravilla. Parecía tener más edad que Carnicero. Al lado del hombretón, Diácono aparecía muy flaco y marchito.

-A la salud de Mauricio Exton-fue el tercer brindis-. ¡A su salud y a su suerte¡

Luego, la orden jovial:

-¡Llena los vasos, Mayor! ¡No seas mezquino con la botella!

Mauricio Exton, el llamado "Mayor", era un hombre de mediana estatura, de unos treinta y ocho años. Tenia los cabellos negros y facciones cetrinas.

Un bigote negro adornaba su labio superior. De hombros derechos, tenía un porte militar. Llenó los vasos con mano firme.

Luego se brindó al cuarto compañero del grupo:

-A la salud de Joel Hawkins. ¡A su salud y a su suerte!

Tras el último brindis, reinó un silencio momentáneo.

Luego Diácono volvióse hacia Joel Hawkins y dijo:

-No olvides los vasos, Hurón. Hay otro brindis.

-Exacto-replicó Hurón, con una mueca-. ¿Crees que lo he olvidado?

Joel Hawkins se inclinó hacia adelante con una sonrisa de astucia. Bajo y de hombros cargados, al punto de aparecer deforme, el nombre de Hurón le sentaba a maravilla.

Sus ojos dirigieron una mirada penetrante, a través de unos párpados entornados.

Vertiendo de la botella con el rostro al nivel de los vasos, parecía estar midiendo el líquido de forma que todos contuviesen la misma cantidad.

Mayor levantó su vaso y esperó que los otros le imitasen.

-A la salud de David Traver-brindó con voz calma.

-A la salud de David Traver-repitió el coro-. ¿A su salud y a su suerte?

Los hombres bebieron más pausadamente el brindis final. Sus vasos fueron depositados uno tras otro en la mesa.

Al volver a tomar sus asientos, miraron a su alrededor llenos de satisfacción.

-Hemos recordado a Juez- declaró Carnicero.

-Juez se ha acordado de nosotros-observó Diácono, quedamente.

La conversación tomó un nuevo giro, una vez que la singular ceremonia llegó a su fin.

-Nueva York por la mañana. El término del viaje-anunció Carnicero, con una amplia sonrisa-. Todos sobre cubierta a las siete. Queremos echar un vistazo a la Estatua de la Libertad.

-¡Que la vieja nos eche un vistazo a nosotros!-rió Hurón.

-Me es igual-declaró Mayor-. Lo que yo pienso es cuántas botellas podríamos pasar. A Juez le encantaría oír nuestro brindis, cuando le volvamos a ver.

-Diácono es el chico que podría introducirlas-observó Hurón-. Podría pasarlas debajo de su gabán. Con ese cuerpo que tiene... Préstale uno de tus gabanes, Carnicero.

-¿A qué preocuparnos de esto?-replicó éste-. Lo más probable es que Juez tenga la casa llena de bebidas de contrabando, pasadas por la frontera canadiense. Es inútil bromear con los aduaneros, si podemos evitarlo.

-Hablas con sentido común -declaró Mayor-. Sabéis que no me gusta arriesgarme tontamente. Ya corremos bastantes riesgos graves. Se me quitó un peso de encima, cuando divisamos aquel aeroplano frente a la costa de Florida. La tripulación se figuraba que entregábamos todas nuestras botellas entonces.

-Se han acostumbrado a eso-observó Diácono.

-Lo importante es-continuó Mayor-, separarnos en cuanto desembarquemos. Nos estrecharemos las manos en el muelle. ¡Y mucha suerte... para el futuro!

-Y nada de lágrimas. Diácono-advirtió Carnicero-. Creí que ibas a echarte a llorar cuando tiramos al agua aquellas botellas, en el mar Caribe...

-Olvida eso-rezongó Mayor-, olvídalo. Diácono ya lo ha olvidado. Eso me recuerda una cosa, Hurón. Tú eres el que tiene que olvidar algo.

-Mayor tiene razón-apoyó Diácono.

-¡Aquella carta-Mayor meneó la cabeza en desaprobación-, fue un error, Hurón!

-Pero Hawk Forster era un amigo mío -protestó el hombrecillo-. Es incapaz de delatarnos. De todos modos, sólo le dije...

-Ya hemos hablado de eso-interrumpió Mayor-. Es inútil insistir. Estoy pensando en mañana. Tan pronto como lleguemos a Nueva York, te conseguiré un itinerario. El primer tren será el mejor. Queremos que veas a Juez antes que nosotros.

-Muy bien-repuso Hurón, en tono ofendido-. Déjalo de mi cuenta.

-Lo dejaré de tu cuenta-asintió Mayor, con acento enfático-. Pero recuerda que eres uno de cinco. Los intereses de la banda ante todo. Quizá tengas algún plan. Que se te quite de la cabeza... hasta más adelante. Habrá mucho tiempo después. Todos seremos independientes, dentro de poco.

-Recuerdo-repitió Diácono, mirando solemnemente a Hurón.

Carnicero secundó la advertencia con un gruñido.

Esto terminó la discusión. Carnicero, mordiendo la punta de un habano, llamó a un mayordomo y otra botella fue depositada encima de la mesa.

Luego llegó la hora de la cena; después, una noche en el océano, que terminó con los cuatro compañeros dirigiéndose con paso incierto a sus camarotes.

Los rostros aparecían cansados y solemnes cuando los viajeros se reunieron por la mañana, al entrar el Vespa en el puerto de Nueva York. De pie junto a la barandilla, los cuatro hombres observaron la salida de los transatlánticos y contemplaron la costa de la isla Staten.

Carnicero parecía algo aturdido y menos jovial que de costumbre. Diácono estaba tranquilo y silencioso, mas no era esto nada extraordinario. Mayor hablaba muy poco, pero mantenía el aplomo de un veterano.

Hurón estaba más callado que todos; sin embargo, su mirada era furtiva y sus maneras nerviosas.

Terminadas las maniobras y cumplidas todas las formalidades de puerto, fue por la tarde cuando el yate atracó por fin y los cuatro hombres pasaron por la aduana.

Ya en tierra, los pasajeros estrecharon las manos con el capitán del yate, que era un individuo de rostro severo.

Diácono subió a un taxi. Carnicero se alejó en otro. Mayor y Hurón se quedaron solos, el último sonriendo al contemplar la avenida que bordeaba el puerto. Mayor le dejó un momento y regresó con un itinerario de trenes.

-Tu tren sale de la estación Central-le dijo-.Te lo he marcado aquí. He telefoneado pidiendo que te reserven una cama. Cena, vete a un cine o a un teatro, pero márchate en el expreso de medianoche. ¿Comprendes?

-Comprendo-sonrió Hurón-. Hasta la vista, Mayor.

El hombrecillo subió a un taxi y se alejó. Fue directamente a la estación y sacó los billetes del tren y de la cama. Siguió el consejo de Mayor, respecto de la cena. Pero, después, fue a una cabina telefónica y consultó el listín de Manhattan.

Su índice se deslizó por las páginas primeras del listín. Se detuvo al encontrar el nombre de Antrim. Anotó las señas, cerró el listín y sus ojos chispearon malignamente. ¡Había encontrado una diversión nocturna!

Mayor tenia razón. La pandilla se componía de cinco. El interés predominante de los cinco era un interés común. Pero Hurón-más que cualquiera, de los otros-tenía un interés personal, propio. No abrigaba la intención de aplazarlo. ¡Los otros no lo sabrían nunca!

Quedaba mucho tiempo antes de la medianoche. Primero daría un paseo por Broadway; luego podría dirigirse hacia donde se le antojase. Lo dejaría a la suerte le salía al encuentro, la enfrentaría.

Así fue que poco después de las diez, Hurón, con las manos metidas en los bolsillos, apareció en una calle situada a algunas manzanas de distancia de la calle Cuarenta y dos, dirigiéndose pausadamente hacia la residencia de Daniel Antrim, abogado criminalista.

CAPÍTULO III
HURON HABLA DE NEGOCIOS

Hurón se detuvo bajo la luz de un farol y se metió una mano en el bolsillo interior de la americana. Sacó un sobre manoseado. De éste, extrajo una carta muy arrugada.

La nota, al abrirla el hombrecillo, reveló un tosco garabateo, con un diagrama trazado en el centro de la página. Los ojos ávidos de Hurón recorrieron el escrito, cual si estuviese simplemente refrescando la memoria.

La carta procedía de un hombre que apenas sabía deletrear. Hurón, lector rápido y penetrante, rozó con la punta del dedo unas manifestaciones importantes y esbozó una sonrisa cruel al leerlas.

"He estado vigilando a A desde que tú me lo indicaste. Entré en su casa una noche... Este dibujo señala el lugar... En el escritorio guarda los papeles de los individuos a quienes traiciona... Solly Bricker... Centro 1592... callo por lo que escribiste... Llave sospechosa detrás del calorífero...

"Hawk"

La palabra final constituía la firma.

Hurón estudió el contenido de la misma. Prestó especial atención al dibujo, que llevaba indicaciones como "cuarto grande", "puerta excusada", "calorífero" y "escritorio".

Luego rompió la carta en mil fragmentos. Atravesó un lugar oscuro y tiró los trozos al aire. Revolotearon en todas las direcciones.

Acercóse con sigilo a la puerta principal de un viejo edificio. Alumbraba el vestíbulo una luz macilenta. Entró y se dirigió hacia una escalera situada a la izquierda. Ascendió al torcer piso.

Al final del pasillo había dos puertas: una, en el rincón de la izquierda; la otra, a la derecha, a unos cuatro metros del rincón.

Una luz brillaba a través del cristal del dintel del umbral, a la izquierda.

Hurón sonrió. Miró receloso hacia la puerta de la derecha. El dintel estaba envuelto en la oscuridad. Era suficiente.

Miró atrás, a lo largo del oscuro pasillo. No viendo a nadie, avanzó hacia un calorífero situado en el extremo del corredor. Agachóse y buscó debajo del calorífero. Una llave brilló en su mano.

Contempló atento la llave. No observó el rostro blanco pegado al dintel de la derecha. Alguien le vigilaba, pero el hombrecillo lo ignoraba.

Silenciosamente, abrió la puerta y entró.

Procedía con cautela, con mayor sigilo que cuando entrara en el pasillo, donde sus pisadas produjeron un leve rumor.

Atisbó, desde una pequeña entrada, el interior de una habitación iluminada.

Observó, en el rincón lejano, a un hombre calvo y grueso, sentado a una mesa de escritorio.

Los labios de Hurón se fruncieron de odio, al cerrar silenciosamente la puerta tras sí. De un bolsillo sacó un revólver corto y de cañón llano y ancho.

Avanzó con paso felino hasta un par de metros de distancia del hombre calvo. Luego, de sus labios brotó una risita burlona.

El hombre grueso y calvo se volvió con rapidez en su sillón giratorio. Su rostro rojo y turgente tomó un color lívido púrpura. Su cuerpo tembló. Sus ojos saltones y alarmados distinguieron el cañón del revólver del visitante. De una manera instintiva, levantó los brazos.

Hurón, de ojos fríos, semblante duro y sin antifaz, clavó la mirada en su presa. El odio venenoso de sus ojos no pareció impresionar a Daniel Antrim.

El abogado miró con fijeza e intrigado a Hurón. Evidentemente no reconocía al hombre que le amenazaba.

-¿Qué desea usted?-le preguntó de regente.

-Deseo hablarle-gruñó él hombrecillo, con una sonrisa burlona.

-¿Quién es usted?-interrogó el abogado.

La respuesta fue una carcajada.

-¿Quién soy?-repuso el hombrecillo-. ¿Ha oído alguna vez hablar de un tal Joel Hawkins?

Antrim meneó lentamente la cabeza en señal negativa.

-Pues bien, ese individuo soy yo, Joel Hawkins- La risa de Hurón era helada-. Y usted es Daniel Antrim, el abogado. ¡El traidor!

Una expresión de alarma cubrió las facciones de Antrim. Tembló un momento. Luego, serenándose, adoptó un aire resuelto.

-Se equivoca-declaró-. Por completo. Está usted confundido. Hablemos con calma. Baje esa arma...

-¿Para que pueda volver a traicionarme? De ninguna manera.

-Nunca he traicionado a nadie...

-Nunca ha hecho otra cosa-interrumpió el hombrecillo.

Adelantó el brazo y apretó la pistola en las cotillas del abogado.

-Eche atrás ese sillón- le ordenó-. Le enseñaré las pruebas. Eso es lo que voy a hacer.

Encañonando al abogado, que se apartó de la mesa, abrió el cajón inferior y sacó unos papeles, sin dejar de vigilarle mientras tanto.

Tras una mirada rápida al contenido del cajón, encontró el sobre que buscaba. Llevaba escrito el nombre de Antrim.

Con mano hábil, extrajo unos papeles del sobre, los miró y luego clavó la vista en el abogado.

La expresión del rostro de Daniel Antrim era elocuente. Hurón no había tenido tiempo de observar el contenido de los papeles, pero el miedo que mostraba el abogado indicaba que su "bluff" había fracasado.

Hurón rió:

-No tengo que mirar más. Estoy convencido de que es un traidor. Lo ha sido con mucha gente. No le diré cómo lo he averiguado. Espere a oírlo.

Soltó otra carcajada. Descolgó el receptor del teléfono y marcó un número.

Antrim le observaba con ojos desencajados, tratando de averiguar qué número llamaba Hurón.

-¿A quién... a quién...?-tartamudeó.

-Llamo a un sujeto que debe enterarse de una cosa-declaró el hombrecillo-. Ahora lo sabrá.

Sus ojos brillaban con una amenaza que acalló las protestas del abogado.

Una voz contestó desde el otro extremo de la línea.

Hurón habló:

-¿Eres tú, Solly?... Bien... Escucha. Te voy a comunicar una noticia que te interesa... Daniel Antrim no juega limpio contigo... es un Judas... Te está traicionando... Si, el abogado... ¿Tú creías que era de confianza?... Pues estás equivocado...

"Bien. ¿Sabes dónde vive? Ven, pues... Entra sin temor... La puerta estará abierta... Si, aquí lo encontrarás... Y los papeles que te interesan, los hallarás encima del escritorio... Llegarás a tiempo de presenciar cómo recibe su merecido... Voy a coserle el cuerpo a balazos... Pero no lo encontrarás muerto... Dejaré que tú lo remates... No olvides recoger los papeles...

Hurón escuchaba atento. Percibió un juramento a través del alambre. Colgó el receptor.

-Solly está convencido-dijo a Daniel Antrim, con una sonrisa-. Viene para aquí. Cuando llegue, puedes despedirte de este mundo, Antrim.

-¡Se lo pagaré bien!-exclamó el abogado.-¡Déjeme salir¡ ¡Le pagaré!...

-¿Me pagará?

El tono helado de Hurón estaba impregnado de odio. Acercóse al abogado y le cuchicheó al oído.

Una expresión de estupor se extendió por el rostro de Daniel Antrim.

Hurón retrocedió un paso, con una risa burlona.

-¿Lo comprende ahora?

-Usted... usted...-balbuceó Antrim.

-Sí-rió Hurón-. No se figuraba que yo andaba por aquí, ¿no es verdad? ¡Jamás sabrá cómo llegué aquí!

Cruzó el aposento y esperó, encañonando al abogado desde la puerta del fondo.

-Todo lo que voy a hacer es meterle una bala en el cuerpo-anunció riendo aún-. Luego lo dejaré a manos de Solly. Como también los papeles del escritorio. Esa puerta excusada me servirá estupendamente para marcharme. Antrim. Dejé la puerta abierta al entrar. Solly no tendrá ninguna dificultad. Ninguna, en absoluto.

Los dos hombres estaban inmóviles ahora. Antrim, acurrucado, respiraba pesadamente. Hurón, mirando de soslayo, tenía una expresión fija en su rostro astuto. Era una escena extraña, especialmente vista desde el umbral de la puerta del piso.

Pues allí había un hombre escrutando, con un pie en el calorífero y una mano asida a un lado del umbral. Este hombre, observando desde el pasillo, había presenciado en silencio todos los movimientos de Hurón y el acorralamiento de Daniel Antrim.

El hombre que atisbaba, de rostro serio y ancho de hombros, saltó del calorífero con la agilidad de un gato y permaneció un instante inmóvil en el pasillo. Luego se dirigió hacia la entornada puerta del otro lado.

Entró presuroso en una pieza oscura y cerró la puerta. Unos instantes después llamaba por teléfono.

Lo respondió una voz calma. Pronunció una sola palabra. Esa palabra fue un nombre.

-Burbank.

-Vincent el aparato-anunció el hombre con acento bajo y tenso-. Un individuo en el piso de Antrim. Lo tiene encañonado a éste. Ha telefoneado. Evidentemente espera a alguien.

-Siga vigilando. Protegiendo. Vuelva a llamar dentro de tres minutos.

Harry Vincent, agente de La Sombra, continuó en la oscuridad. Había sido destacado para observar el desarrollo de los acontecimientos en la casa de Daniel Antrim. Vincent sabía que, mientras esperaba, el agente de enlace de La Sombra comunicaba su mensaje al jefe.

Llamó de nuevo al mismo número. La voz de Burbank respondió, transmitiendo, esta vez, una orden.

-Impida acción del enemigo de Antrim. Deténgalo ahí.

Eso fue todo. Rápidamente, Vincent colgó el teléfono y salió de la pieza.

Aproximóse a la puerta del despacho de Antrim y giró con cautela el pomo.

La puerta se abrió.

Vincent no esperó más. Empuñaba una pistola, apuntando a través de la estrecha abertura de la puerta. Observó que los dos hombres no habían cambiado de posición.

Hurón devoraba con loa ojos a Daniel Antrim. El abogado miraba con ojos desorbitados al hombrecillo que le encañonaba.

Fue un momento tenso para Harry Vincent, pero los había tenido más difíciles al servicio de La Sombra.

Penetrando en el vestíbulo, dejo que la puerta oscilara detrás de él. La puerta se detuvo antes de cerrarse por completo. Sin esperar que se oyese el ruido, habló en tono brusco y resuelto:

-!Suelte esa pistola! ¡Si se mueve, lo abraso!

Hurón comprendió que las palabras iban dirigidas a él. Era demasiado cauto para no hacer caso. Su mano no se movió cuando sus ojos, observaron la pistola automática en la mano de Harry Vincent.

Los dedos del hombrecillo soltaron el arma que cayó al suelo.

-¡Vuélvase por aquí!-ordenó el ayudante de La Sombra-. ¡Manos arriba! ¡Arrímese a la pared¡

El hombrecillo lanzó una mirada furtiva, de hombre acorralado. Obedeció.

Clavó la vista en el cañón de la pistola de Harry Vincent.

Daniel Antrim, recobrando su presencia de ánimo, se incorporó lentamente y se acercó a su escritorio. Vincent no se lo impidió. El abogado abría un cajón, buscando un revólver.

Pero mientras vigilaba, el ayudante de La Sombra observó alguna cosa que, de repente, introdujo un elemento de incertidumbre en la situación.

Los ojos furtivos de Hurón estaban cambiando. Los párpados se entornaron y las pupilas chispearon.

Era sorprendente que sucediese esto mientras Harry le tenía inmovilizado y Antrim se incorporaba en forma de nuevo enemigo. La cosa se produjo en forma de aviso.

En un abrir y cerrar de ojos, Harry Vincent vió que Antrim empuñaba un revólver. Hurón podría ser su objetivo ahora. Vincent sabia que había llegado el peligro.

Volvióse al instante hacia la puerta que tenía detrás. Al hacerlo, una manaza le asió la muñeca y se la retorció hacia abajo. Un brazo, ya en alto, descargó el cañón de un revólver sobre su cabeza.

Al esquivar instintivamente, Vincent eludió el golpe terrible. El propósito fue fracturarle el cráneo. En lugar de ello, le pegó en un lado del cuello.

Fue suficiente. La pistola cayó de sus manos. Se desplomó desvanecido sobre el suelo del vestíbulo.

¡Solly Bricker había llegado¡

CAPÍTULO IV
EL HOMBRE DE LA NOCHE

Los momentos siguientes a la caída de Harry Vincent fueron emocionantes.

Hurón, Daniel Antrim y Solly Bricker, eran los principales actores de una escena impresionante. La comparsa se componía de un cuarteto de pistoleros que entraron detrás de Solly.

Daniel Antrim oyó la refriega. Empuñaba el revólver cuando Vincent cayó.

Instintivamente, el grueso abogado giró sobre sus talones para hacer frente a la nueva amenaza. Su rostro hinchado aparecía azul de excitación.

Antrim se encontraba entre dos enemigos: Hurón, desarmado; y Solly, un adversario formidable. Observando a los demás secuaces en el umbral, comprendió que allí existía también un verdadero peligro.

Hurón, astuto a pesar de su aprieto, empezó a moverse con cautela en el momento en que el abogado se volvió. Se echó con rapidez al suelo y alargó una mano furtiva hacia su pistola.

No fue sólo el temor de llamar la atención de Antrim, lo que contuvo a Harón; era también la incertidumbre respecto a Solly Bricker. Sabía que el temerario jefe de una banda de gangsters, podría disparar primero y preguntar después.

Solly misma necesitaba actuar con rapidez. Tenía a sus secuaces detrás de él, sin poder obrar porque su cuerpo les estorbaba. Llevaba el propósito de encañonar al abogado e interrogarle. Pero cuando Antrim fue a atacar, se vió obligado a maniobrar primero.

El abogado estaba a punto de disparar. Solly, vuelto de espaldas, no pudo ganarle de mano. El gangster saltó a un lado y sus secuaces, inspirados por su acción, salieron al pasillo.

De haber aprovechado su ocasional ventaja, Antrim podría haber roto el ataque, pues momentáneamente tenía las cartas en su favor. Mas el abogado, mal tirador, hizo exactamente lo que Solly esperaba.

Disparó sobre el lugar donde el jefe de los gangsters había estado; no donde el enemigo se encontraba ahora.

El primer tiro del abogado se aplastó contra la pared, a unos cuarenta centímetros encima de les hombros de Solly. El segundo disparo erró más todavía.

Solly replicó con su pistola automática. El disparo del gangster pasó rozando el cuerpo de Antrim, cuando éste, comprendiendo su error, bajaba su arma en dirección de su adversario.

Si el duelo hubiese dependido de estos dos hombres, el resultado se habría decidido un segundo después. Daniel Antrim tenia el dedo sobre el gatillo.

Solly estaba dispuesto a disparar su segundo tiro. Ambos apuntaban certeros. Iban a disparar simultáneamente. Pero ninguno de los dos había tenido en cuenta la presencia de Hurón. Acercándose a su revólver, el hombrecillo de ojos astutos observaba a los participantes de esta emocionante refriega.

Antes de que hubiesen disparado sus primeros tiros, vió que nadie se ocupaba de él. Con un movimiento rápido, levantó su revólver, apretando el dedo sobre el gatillo.

Retumbó una fuerte detonación y Daniel Antrim se desplomó de costado, cuando se disponía a hacer fuego.

Tan breve fue el intervalo entre el tiro de Hurón y el inminente resultado del duelo entre el abogado y Solly Bricker, que este último no tuvo tiempo de modificar su puntería. Su disparo siguió, silbando por encima de la cabeza del abogado que caía abatido.

Hurón no esperó más. Con una risita maligna, se zambulló por la puerta que conducía a la parte posterior del piso. Había decidido la pelea, tal como amenazara hacerlo.

Había herido a Antrim, dejando que Solly Bricker lo rematase. Con los ecos del tiroteo retumbando por el paso, era hora de desaparecer de allí.

Solly Bricker no observó la partida de Hurón. Este hombre-no conocía su identidad-le había salvado la vida.

Daniel Antrim, en el suelo, hacía un esfuerzo para adoptar una posición que le permitiese disparar.

Solly Bricker no le dio cuartel.

La pistola automática del gangster vomitó tres veces una llamarada y el plomo agujereó el cuerpo que se retorcía en la agonía.

Daniel Antrim, el abogado traidor, yacía tendido en el suelo, inmóvil, muerto, cuando Solly Bricker bajó su pistola y se acercó al escritorio.

El gangster cogió los documentos. Un rápido escrutinio le reveló que se referían a él. Ponían al descubierto los planes de Antrim para entregar a Solly a la policía, por no haber querido pactar con él.

Antrim no había amenazado, pero desde el momento que Hurón le telefoneó, Solly entró en sospechas. Esto explicaba su pronta llegada con parte de su banda.

Maldiciendo. Solly escupió al muerto que yacía tendido en el suelo. Luego, recordando el comienzo de la refriega, se volvió hacia la puerta por donde sus cuatro secuaces iban apareciendo.

-Echad el guante a ese pájaro-exclamó-. Al que tumbé al entrar, traedlo aquí.

El jefe de la banda se metió en el bolsillo los papeles comprometedores y contempló cómo los pistoleros conducían a rastras a Harry Vincent, hacia el centro de la habitación. La víctima no había recobrado el conocimiento.

-Ponedlo en pie, dos de vosotros-ordenó Solly-. Los otros que vigilen. Uno en la puerta principal. El otro en la puerta excusada. Vamos a largarnos de aquí.

Vincent, con el cuerpo encogido fue sostenido por los brazos extendidos. Su cuerpo quedó en pie entre dos pistoleros de rostro siniestro. La cabeza la tenía inclinada hacia abajo. El cuello y la cara mostraban las señales del golpe de Solly.

Dando un paso hacia delante, Solly cerró el puño y asestó un golpe brutal en el mentón a Harry. La cabeza del prisionero saltó hacia atrás.

El jefe de la banda se mofó del rostro pálido e inexpresivo.

-Ha perdido el conocimiento-declaró al gangster-. Así los dejo, cuando pego. Tenemos que huir. No hay tiempo que perder. Sujetadlo. Yo haré el resto.

Retrocedió y apuntó con calma su pistola al corazón del desvanecido.

Con fría indiferencia, posó un dedo en el gatillo y se dispuso a terminar la vida del agente de La Sombra.

Parecía la muerte segura de Harry Vincent. Dos pistoleros lo sujetaban. En ambas entradas había un hombre armado. Solly Bricker iba a disparar.

No se movió nadie cuando Solly Bricker apuntó deliberadamente. El hombre que guardaba la puerta excusada asomaba la cabeza por el umbral. El que vigilaba la puerta principal, interesado en la puntería de su jefe, había vuelto la cabeza para observarle.

Cinco forajidos, armados y sanos. Harry Vincent, sin armas y desmayado.

Eran las ventajas preferidas de Solly Bricker. Un millón contra uno, en su favor, pensó.

Pero el gangster estaba equivocado. Ni él ni ninguno de los hombres que vigilaban, vieron la larga sombra que se proyectaba sobre el suelo.

Surgió la sombra del pasillo y sobre ella destacóse el hombre: una alta y silenciosa figura vestida con una capa negra y sombrero de ala ancha.

¡La Sombra estaba presente!

¡Si el misterioso personaje hubiese confiado en una sola pistola, si hubiese obrado precipitadamente o delatado con algún ruido su presencia no habría podido salvar la vida de Harry Vincent!

¡Pero La Sombra no se equivocaba nunca!

Sus dos manos enguantadas de negro empuñaban sendas pistolas automáticas. Con un movimiento suave y rápido apoyó la pistola de su mano izquierda en los riñones del hombre de la puerta y apuntó la de la derecha a Solly Bricker.

Ambas pistolas hablaron juntas, de forma que los dos disparos retumbaron al unísono, cual si fuesen uno. El primer tiro eliminó al hombre de la puerta, que cayó de bruces, herido en un costado. El otro balazo hirió el antebrazo de Solly encima mismo de la muñeca y luego penetró en el cuerpo del jefe de la banda.

El brazo derecho de La Sombra estaba extendido y el izquierdo lo tenia junto al cuerpo.

Su mano izquierda avanzó por el retroceso del 45. El cañón de la pistola descansaba ahora en el hueco de su codo derecho.

La pistola de la mano izquierda habló de nuevo con certera puntería. La bala tocó al hombre de la puerta opuesta, antes de que el sobresaltado pistolero se recobrase de su sorpresa. El malhechor se desplomó.

¡Mientras la mano izquierda retrocedía, la derecha giró y las dos pistolas automáticas encañonaron a los dos forajidos que sujetaban a Harry Vincent!

Uno contra cinco, y sin embargo La Sombra había vuelto las tornas en la fracción de un segundo. Un certero tirador, cada uno de sus movimientos conducía a otro. Tres tiros habían quitado de en medio a tres enemigos.

¡Los otros dos estaban en poder de La Sombra!

Los últimos secuaces de Solly no eran cobardes ni valientes. Eran malhechores endurecidos, a quienes les gustaba matar a tiros a víctimas indefensas: al mismo tiempo, eran hombres que creían en luchar como el mejor medio de defensa.

No comprendieron la estrategia de La Sombra. Tan sólo conocían que se encontraban en un aprieto. Como eran hombres que jamás habían dado cuartel, no lo esperaban ahora. Ambos soltaron al mismo tiempo a Harry Vincent y apuntaron sus revólveres hacia la amenazadora figura de negro.

La Sombra tenia dos balas para ellos. La pistola que empuñaba en la mano izquierda escupió una lengua de fuego, cuando un tiro abatió al pistolero más cercano.

Pero el atacante de la derecha era una amenaza más grave. Se echó al suelo cuando el cuerpo de Vincent cayó. Quedó detrás y su revólver empezó a ascender.

La Sombra disparó. Su bala rozó el hombro izquierdo del pistolero al esquivar el peligro. Una pulgada más abajo y el tiro habría tocado: pero en ese caso el cuerpo de Harry Vincent habría sido el blanco.

La mano derecha del malhechor se elevó delante del cuerpo yaciente. El gangster apretó el gatillo una... dos veces...

Pero los tiros precipitados erraron.

La Sombra, también actuaba. Avanzó con rapidez, cuando apareciera la mano. Avanzó hacia la derecha, saliéndose de la zona que cubría el revólver.

Su mano izquierda, baja, disparó un tiro que impidió el tercer disparo del pistolero. Tocó la parte superior del cañón del revólver y rebotó contra la pared.

Instintivamente, el forajido se apartó y en aquel movimiento presentó el cuello y los hombros por encima del cuerpo de Harry Vincent. La mano derecha de La Sombra actuó.

Esto terminó la batalla. Un solo tiro fue disparado a boca de jarro por la mano que jamás fallaba. La bala paralizó al gangster al herirle en el cuello, a lo largo de la espina dorsal. El último de los enemigos de La Sombra cayó de bruces al suelo.

Las pistolas del hombre misterioso desaparecieron bajo los pliegues de su capa. Se oyeron unos gritos lejanos que partían del pasillo. La Sombra levantó en peso a Harry Vincent y se lo llevó por la puerta excusada del piso.

Cuando dos policías entraron precipitadamente en el piso un instante después, hallaron a Solly Bricker y a sus secuaces tendidos en el suelo, junto a Daniel Antrim, el abogado.

Solly, como el abogado, estaba muerto.

El tiro oportuno de La Sombra le atravesó el corazón, después de herirle el antebrazo.

En el pequeño patio situado detrás del piso, un cuerpo apareció como si estuviese suspendido en el espacio. Era la figura de Harry Vincent, levantada en peso por La Sombra. Luego el hombre misterioso apareció a la luz que se filtraba, como un fantasma de la noche.

Llevaba a su compañero a un lugar seguro. De repente La Sombra se detuvo.

Depositó el cuerpo de Vincent arrimado a la pared. Su figura se destacó, como un guardián protector, sobre el hombre desvanecido. Su capa negra ocultaba la presencia de Harry, tan completamente como si la hubiese borrado la noche.

La luz de una antorcha eléctrica apareció.

¡Un policía, atraído por las detonaciones, entraba en la callejuela¡ Acercóse al patio. Luego, inseguro del lugar donde se encontraba, desorientado, se volvió y su linterna sorda enfocó su haz luminoso sobre la figura de La Sombra.

El policía quedó paralizado de asombro. Empuñando un revólver con la mano izquierda y con la linterna eléctrica en la derecha, podría haber matado a La Sombra. Mas no aprovechó la ventaja.

La Sombra avanzó con rapidez, le asió por las muñecas y le giró con fuerza en un círculo.

El revólver y la linterna saltaron al aire en direcciones opuestas. El agente cayó de espaldas y luego rodó un par de veces.

Agachándose, La Sombra levantó el cuerpo de Harry Vincent y lo llevó con rapidez a la calle. El policía, aturdido momentáneamente, vió su linterna brillando en el suelo. Se puso en pie de un salto, la recogió y la enfocó en diversas direcciones. Encontró su revólver y se dirigió rápidamente hacia la calle, habiendo perdido algunos segundos.

Al llegar a la, calle miró de un extremo a otro. A unos quince metros de distancia, vió a un hombre entrando por la portezuela de un automóvil estacionado allí. El agente levantó su revólver y corrió, gritando, en aquella dirección.

El hombre salió del coche y permaneció de pie esperándole.

El policía se detuvo en seco. Se encontraba delante de un caballero alto e inmaculadamente vestido con traje de etiqueta.

El caballero interceptaba la portezuela del lujoso automóvil. La linterna del policía reveló una densa oscuridad dentro del vehículo.

-¿Qué sucede, agente?

El caballero habló con voz tranquila.

El policía se impresionó al instante por la importancia de aquel señor.

El contraste entre la relampagueante actividad de la figura embozada de la callejuela y el grave y tranquilo porte de este individuo, era evidente.

No sospechó ni un instante que pudiese existir alguna relación entre ellos, pero se imaginó que el caballero podría servir de testigo.

-Un hombre se me escapó ahí detrás-declaró, señalando con su revólver hacia la entrada de la callejuela-. ¿Le vio usted? ¿Por dónde se marchó?

-No he visto a nadie-fue la respuesta.

El policía miró calle abajo hacia la esquina. Pensó que su atacante debió huir por allí. La persecución sería inútil ahora. Decidió que su deber era volver a la casa donde se oyeron los disparos, sin saber que ya otros agentes habían entrado por la puerta principal.

-Bien-dijo ásperamente.-Siento haberle molestado, señor. Si cuando se marche, ve a alguien que le parezca sospechoso, avise al primer policía que encuentre.

-Descuide. Le avisaré.

El agente se volvió, dirigiéndose con rapidez a la casa. El caballero alto y de rostro grave le siguió con la vista hasta verle desaparecer. Luego introduciendo un brazo en el coche, levantó una prenda negra revelando la figura desvanecida de Harry Vincent.

La capa negra se posó sobre los hombros del alto personaje. Luego un sombrero de alas anchas le cubrió la cabeza y la frente. Con una risa suave y sobrenatural, el hombre misterioso subió al auto.

El motor runruneó rítmicamente. El coche se deslizó por la calle, dobló la esquina y enfiló hacia Broadway. El conductor, silencioso y casi invisible, semejaba una masa de negrura.

La Sombra se llevaba a su agente rescatado.

La risa cuchicheada repercutió en ecos en el coche. Pues La Sombra había vencido a las hordas monstruosas de los bajos fondos del crimen.

Pero Harry Vincent, desvanecido todavía, no había relatado aun la historia de la refriega. La Sombra no había averiguado que el instigador de la batalla había logrado escapar impune.

Hurón huyó. La Sombra, al no poder detenerse en el piso de Antrim, no tenía la menor idea de la partida del hombrecillo.

CAPÍTULO V
HURÓN ESTÁ CONTENTO

En el expreso del Oeste un individuo observaba, distraídamente los titulares de un periódico de Detroit. El tren atravesaba la región de Michigan. El hombre dividía el tiempo entre la contemplación del paisaje y la lectura del periódico.

Era Hurón, apodo de Joel Hawkins. Bien vestido y con aspecto de hombre próspero parecía un acaudalado negociante, que viajaba en dirección del Oeste.

Los ojos de Hurón brillaron. Su placidez desapareció al observar cierto titular sobre una noticia de Nueva York:

BATALLA DE GANGSTERS EN UN PISO DE NUEVA YORK

La reseña se refería a la refriega de la noche anterior. El hombrecillo leyó con ansiedad los detalles. En su frente apareció una expresión de perplejidad.

Según la reseña, una pandilla de pistoleros, invadió el piso de un abogado llamado Daniel Antrim. El abogado fue muerto por los gangsters. Degeneró en un tiroteo, en una batalla que indicaba una guerra entre bandas rivales.

Una vez que el humo hubo desaparecido, la policía entró en el piso y encontró cuatro muertos y dos heridos. Uno de los muertos era Daniel Antrim, el abogado. Otro era Solly Bricker, el conocido gangster.

En el bolsillo de este último, la policía descubrió algunos documentos escritos a mano por Antrim, los cuales contenían pruebas comprometedoras de muchas fechorías de Solly Bricker.

Era evidente que el abogado había efectuado algunas negociaciones, con varios criminales. De lo contrario, no habría ciertos hechos que eran desconocidos por la policía: hechos que se ponían de manifiesto en los documentos encontrados en las ropas de Solly

Bricker. Se suponía que el gangster fue a casa del abogado a discutir algunos asuntos de mutuo interés.

Era evidente que la banda de Solly estuvo al acecho en el pasillo. El abogado y el gangster se liaron a tiros, en lugar de llegar a un acuerdo.

Los secuaces de Solly acudieron en su ayuda. Pero Antrim, conocedor de las costumbres de los gangsters, había reunido un equipo propio, para su defensa.

EL resultado fue el fin de Solly y su banda.

Había pruebas de que algunos hombres escaparon del lugar. Daniel Antrim no pudo, por si solo, haber eliminado a sus adversarios. Todo indicaba que fue puesto fuera de combate al principio de la batalla. Además, todos los muertos y heridos pertenecían a la pandilla de Solly.

Un policía, al entrar por la parte posterior del piso, mientras sus compañeros lo hacían por la puerta principal, se encontró con un fugitivo.

El agente no logró detenerle. Así era seguro que a lo menos un individuo huyó del lugar. Quizá, otros huyeron antes.

Hurón estaba perplejo. El pasmoso resultado de la batalla parecía increíble.

El fugitivo debió ser el individuo a quien Solly asestó un porrazo y derribó en la puerta. Hurón vio que el hombre se desplomó, completamente perdido el conocimiento.

¿Acaso volvió en sí y "liquidó" solo a los gangsters? Parecía ser la única respuesta.

Hurón leyó varias veces la reseña. Tiró periódico a un lado y miró por la ventanilla.

Después de todo ¿qué importaba? El asunto se había liquidado satisfactoriamente. Daniel Antrim estaba muerto y achacaban la culpa a Solly.

Si el jefe de la banda hubiera escapado, la policía estaría buscando al asesino del abogado. Mas, ahora practicaban sus pesquisas entre malhechores conocidos por amigos de Solly Bricker.

Una sonrisa de satisfacción apareció en los labios de Hurón. Había actuado contra las instrucciones de Mayor. Se había metido en un lugar peligroso, buscando una venganza personal cuando debiera haber estado sirviendo a los Cinco Camaleones.

Había logrado escapar sano y salvo, y los otros dirimieron a tiros el asunto.

Había iniciado algo con lo cual no se le relacionaría nunca. Era la clase de labor que le agradaba. Ahora su futuro estaba lejos de aquel lugar.

No estando mezclado en los asuntos le Nueva York, podía continuar la persecución de su objetivo. Sonrió al pensar en Mayor. Su compañero no averiguaría nunca la actividad que desplegó en la ciudad de los rascacielos.

Hurón tenía el aire de un hombre que ha saldado una cuenta. Volvió a coger el periódico y posó un dedo en el nombre de Daniel Antrim. Una sonrisa burlona y diabólica recorrió su rostro.

Mas, dándose cuenta de que alguien podía estar vigilándole, dejó el periódico y regresó al vagón restaurante.

Cuanto más examinaba el asunto, tanto más satisfecho estaba de su inmunidad. A veces le asaltaba el temor de que Mayor leyese la reseña de la batalla y su intervención. Pero pronto desechó como ridículos tales pensamientos.

Cuando el expreso llegó a Chicago, compró un periódico local y leyó una reseña más completa de la refriega. Los periódicos de Chicago suelen publicar con preferencia los sucesos sensacionales, especialmente tiroteos, ocurridos en Manhattan.

La policía, leyó, opinaba que la batalla en la casa de Antrim podía significar el comienzo de una guerra de feudos.

Subiendo a otro tren en Chicago, se dirigió hacia el Oeste. Llegaba al fin de su viaje, muy lejos de Nueva York. Eran las últimas horas de la tarde siguiente cuando el tren paró en Middleton. Era el destino del hombrecillo.

Se apeó en la plataforma de una vieja estación. Tomó un autobús y media hora más tarde el vehículo paraba en la calle principal de una ciudad próspera del Oeste. Bajó y consultó un papel que sacó de un bolsillo.

No hizo ninguna pregunta a nadie. Con la maleta en la mano, echó a andar pausadamente por la calle principal. Pasó por delante de una manzana de edificios de construcción moderna, que constituían el orgullo de Middleton.

Observó un banco de fachada de mármol situado en medio de la manzana.

Un edificio de mayores proporciones ocupaba la equina. Hurón dobló allí y cruzó la plaza de la ciudad.

Nunca había estado en Middleton; sin embargo, conocía su camino perfectamente. En el otro lado de la plaza, entró donde comenzaba una barriada aristocrática, y después de andar unas cuantas manzanas, se detuvo delante de la puerta de una casa. Tocó el timbre y una doncella apareció al instante.

Entregó a la criada una, tarjeta que llevaba el nombre de Joel Hawkins.

Preguntó si el señor Traver estaba en casa. La sirvienta, respondió afirmativamente y le condujo a una salita. Luego volvió y le llevó a la puerta de una habitación situada en la parte posterior del primer piso.

Hurón entró y sonrió.

Un hombre estaba sentado a una mesa de escritorio, revisando un momento de correspondencia. Era un individuo de mediana edad, robusto y de rostro severo. Tenía el pelo gris y el porte de un hombre próspero que ocupaba una elevada posición en la ciudad.

Hurón cerró la puerta.

-¡Hola, Juez! -saludó.

El hombre le dirigió una mirada severa.

-¿Es usted el señor Hawkins? -inquirió.

Hurón, desconcertado, no pudo hacer más que un gesto de asentimiento.

-¿Desea verme?-fue la pregunta.

-Sí... señor Traver -respondió Hurón.

En el rostro del hombre de cabellos grises apareció una amplia sonrisa. Se levantó y aproximó a Hurón. Le tendió una mano que el hombrecillo aceptó con otra sonrisa.

-Me alegro de verte, Hurón-dijo Juez, en tono satisfactorio-. Mayor me telegrafió avisándome que llegarías primero. No te has retrasado. ¿Te has portado como un buen chico?

-Si -mintió Hurón.

Sostuvo la mirada fría e interrogante de Juez, quien pareció quedar satisfecho. Hurón sintió un alivio. Mayor era astuto, pero no podía compararse con Juez. Este hombre, a pesar de la expresión de benignidad que encubría su semblante, no era fácil de engañar.

-Siéntate -le invitó.

Hurón obedeció.

-No entraremos en detalles esta noche -declaró Juez-. Ya habrá tiempo suficiente, cuando te hayas aclimatado a Middleton. Pero recuerda, Hurón, que éste es un pueblo pequeño. Tiene sus costumbres, las cuales debes seguir. Middleton no es Nueva York.

La comparación era acertada, aunque Juez no se diera cuanta de ello.

Produjo una impresión inmediata sobre Hurón, que acababa de salir de su reciente aventura de Nueva York.

Juez, hablando aún con calma, tocó un timbre. La sirvienta entró.

-El señor Hawkins se quedará a cenar-anunció Juez.

Hurón pensaba intrigado en lo que se preparaba en Middleton. Juez era su jefe, un hombre a quien temía y obedecía.

La imposibilidad de prever el futuro hizo que el pensamiento de Hurón volviera al pasado, al último día pasado en el yate, cuando brindaron a la salud de Juez; a las

instrucciones que le diera Mayor; el quebrantamiento de esas órdenes y la resultante batalla en el piso de Antrim.

Juez terminaba su trabajo en la mesa de escritorio y los pensamientos de Hurón estaban a muchos kilómetros de distancia.

Sus ojos entonces se imaginaban el cuerpo herido de Daniel Antrim, la figura amenazadora de Solly Bricker...

Luego le vino a la mente el extraño resultado de la lucha. Era una cuestión que le tenia intranquilo, desde que leyera la primera reseña en el periódico de Detroit.

¿Quién llevó la batalla a aquel extraño fin? ¿Quién pudo entrar para sembrar la muerte y la destrucción, y luego escapar antes de la llegada de la policía?

Cual si estuviese dotado de clarividencia, se imaginaba a alguien que participara en la cruenta batalla: a una figura poderosa y vengadora.

Cuando Juez empezó a hablar, Hurón volvió a la realidad que le rodeaba y la momentánea visión desapareció de su mente. Se burló de sus propios temores.

Sin embargo, en aquel momento estuvo cerca de la verdad. A salvo de los gangsters y de la ley, no podía quedar libre de un hombre que conocía a ambos y sin embargo no trabajaba con ninguno de ellos.

¡Aunque Hurón había obrado con astucia, su huída y su nuevo ambiente no podían permanecer desconocidos de La Sombra!

CAPÍTULO VI
EL TRABAJO EMPIEZA

Habían transcurrido algunas semanas, desde la llegada de Hurón a la ciudad de Middleton. A pesar de hallarse situada en una región escasamente poblada, la ciudad estaba frecuentada por los forasteros y era fácil que un recién llegado fuese bien acogido.

Hurón lo averiguó fácilmente. Viviendo en una pensión de la parte baja de la ciudad, había trabado muchas amistades. Tenía además un empleo que presentaba posibilidades atrayentes.

Hurón era cajero del Banco Regional de Middleton, el Banco situado en el centro de la manzana que observara el día de su llegada a la ciudad.

Representaba el primer grupo de empleados ingresados, durante una pequeña reorganización del personal del banco.

En este día particular, Hurón permanecía sentado en su sitio, conduciéndose como un cajero típico. Miraba oblicuamente hacia atrás y hacia delante y sonreía sentado detrás de su ventanilla.

Un depositante, el acercarse a la ventanilla, confundió la sonrisa por un saludo cordial y agitó la mano de una manera amistosa.

-Hola, señor Hawkins.

-Buenas tardes -respondió el hombrecillo.

Una vez que el cliente se hubo marchado, la sonrisa de Hurón continuó.

Miró a su izquierda donde se encontraba la ventanilla de otro cajero. Un pequeño rótulo junto a la ventanilla decía:

Sr. ELLSWORTH

Hurón miró al hombre que había detrás de la ventanilla. Ellsworth era un nuevo cajero. El y Hurón se habían conocido hacía poco tiempo, según se creía en Middleton. Pero la cara

era inconfundible para el hombrecillo. Jorge Ellsworth, era conocido de Hurón por el nombre de Carnicero.

Al otro extremo de las ventanillas había un rótulo en el que se leía:

Sr. EXTON CAJERO

Allí estaba Mayor, sentado al escritorio, discutiendo un préstamo con un industrial de la localidad. Mayor hacía un buen banquero, pensó Hurón.

Él podría haber sido un cajero toda su vida, en cuanto a los observadores.

Hurón y Carnicero, eran aptos para el puesto, pero no tan efectivos Como Mayor, el cajero.

Sin embargo, los tres no podían compararse con el austero individuo que entraba en aquel momento en el despacho particular del fondo. Era el banquero por excelencia.

DAVID TRAVER Presidente

Juez representaba a la perfección dicho papel. Parecía hecho para ese cargo.

Era el banquero más saliente que jamás había visto Middleton. No era extraño, pensó Hurón. Juez había estado allí mucho tiempo, actuando en los asuntos de la localidad.

El resto de los empleados eran de allí; principalmente muchachas. Sus empleos eran de escribientes. Los otros funcionarios del banco, exceptuando a Juez, eran hombres de escasa importancia, que dependían por completo de la idoneidad del presidente, que había dirigido con éxito su empresa local.

Las puertas del banco estaban cerradas ahora. Eran las tres y pico. El negocio había sido flojo y Hurón tardó poco en terminar su trabajo.

Agitando, al pasar, una mano a Carnicero, salió por la entrada principal del banco, abriendo el vigilante la puerta para dejarle paso.

En la calle, saludó cordialmente con la cabeza a varias personas que encontró. La gente era muy sociable en Middleton.

Pasó delante de varios establecimientos y dobló la esquina al alegar al final de la manzana. Miró un rótulo que había en una ventana. Decía:

POMPAS FÚNEBRES DE MIDDLETON

Un hombre estaba de pie junto a la ventana.

Tenía un aire lúgubre y melancólico, el rostro pálido en contraste con su levita negra. Llevaba cuello duro, con una corbata de lazo negra. Parecía satisfecho del ambiente.

Sumido en sus pensamientos, el empresario de pompas fúnebres no prestó atención a la mirada de soslayo de Hurón. Este rió para sí mientras continuaba su camino.

El hombre que presidía la empresa de pompas fúnebres de Middleton era Diácono.

Hurón reía de admiración. Si Juez hacía un director de banco ideal, Diácono era sin duda insuperable como director de una empresa funeraria. Hurón recordó el día -no hacia mucho tiempo- en que Diácono debutó.

La empresa de pompas fúnebres había estado a la venta. Diácono llegó a la ciudad para echar un vistazo a la situación comercial. Comprobó al instante el negocio.

Ahora Howard Best era el nuevo empresario de pompas fúnebres de Middleton. Había iniciado el negocio con ímpetu emprendedor. Una remesa de ataúdes modernos llegó a la ciudad, con el objeto de sustituir a los anticuados que tenia en existencia.

Hurón continuó pausadamente por la calle y finalmente llegó a la casa donde vivía. Estaba invitado a cenar en casa del director del Banco. Habría otros invitados y después de la cena, Hurón esperaba una importante discusión.

Eran las seis de la tarde cuando el hombrecillo, se dirigió hacia la residencia de David Traver. El director del Banco era soltero y vivía solo. Había tomado la costumbre de invitar a ciertos empleados y socios a cenar, de vez en cuando.

Esta noche, pensó Hurón, respetado bajo el nombre de Joel Hawkins, alternaría con varios miembros de la élite de Middleton.

Un hombre, en particular, llamaba su atención. Este era Harvey Bronlon, el personaje más importante de Middleton.

Bronlon había llegado a ser un gran factor en la vida da la comunidad. Ello era evidente por la conversación sostenida entre él y Juez durante la cena, conversación que todos escucharon con profundo interés.

-Le esperan grandes días a Middleton-declaró Juez, en tono impresionante.

Bronlon movió afirmativamente su cabeza maciza. Era un hombretón, que parecía un león alimentado en demasía. Giró la vista en torno del grupo con ojos que escrutaban solemnemente, por debajo de unas cejas espesas.

-Si Middleton progresa-dijo-, hay que dar las gracias a hombres tan capacitados como usted, señor Traver.

-No -negó Juez, meneando la cabeza con aire bondadoso-. Un Banco solo refleja la prosperidad de la gente y aumenta la estabilidad de la comunidad. Es un hombre como usted, animado de un espíritu emprendedor, quien fomenta el progreso.

Bronlon pareció contento del cumplido.

-Hasta ahora-declaró con cierto acento de orgullo-, mis previsiones se han cumplido. Cuando construí esa manzana central hace un año, todo el mundo dudaba de sus posibilidades. Mírelo ahora, señor Traver. Todo lo que es fachada, está ocupado. Su Banco está allí. El County Nacional ocupa una esquina. Allí se han instalado los almacenes más grandes de la ciudad, dos restaurantes, una empresa de pompas fúnebres...

Hizo un gesto con la mano para indicar que el edificio estaba alquilado del todo.

-Fue una previsión extraordinaria, señor Bronlon-observó un invitado-. A menudo me he preguntado dónde ha adquirido usted ese conocimiento del futuro.

-No hay nada de extraordinario en ello-repuso Bronlon, en tono algo modesto-. En primer lugar, tengo mi fábrica y otros negocios que me sirven de índice. Tenemos empleados más obreros que nunca en la fábrica de conservas. No hemos tenido más que una sola dificultad en el pasado: las huelgas.

Varias personas movieron la cabeza con aire reminiscente.

-Las huelgas, señores-continuó el fabricante-, amenazaron el progreso de Middleton en el pasado. Hasta que yo solucioné ese problema, no pudo asegurarse la prosperidad que la ciudad goza ahora. Mi sistema de bonificación fue la solución.

-¿Están satisfechos ahora los trabajadores? -preguntó uno.

-Satisfechos y son leales-afirmó Bronlon-. En los meses venideros cobrarán una bonificación anual muy importante, según convenio. Espero darles una alegría, al declararlo por anticipado.

Todos los presentes conocían que Harvey Bronlon no se apartaba de la verdad. El número de hombres de su fábrica había ascendido a más de tres mil, todos ellos vecinos de Middleton y pueblos cercanos. Poseía grandes intereses en otras empresas. Había establecido el sistema de bonificación en algunas de éstas.

Además, Bronlon, en virtud de su posición de la industria de conservas, facilitaba la salida de productos del campo de toda la región. Tocaba ese punto en la discusión.

-Middleton-dijo-, es el centro natural de esta región. Adiviné sus posibilidades cuando mi negocio se desarrollaba. Poseemos una ciudad matriz aquí, y he hecho todo, cuanto he podido para que prospere. La población de Middleton no es grande, comparada con otras ciudades. Pero su importancia es enorme, cuando se la considera como centro de una zona definida.

Todos asintieron con la cabeza. Harvey había pintado un cuadro sorprendente de las condiciones existentes. No obstante, había omitido la parte negativa.

Otras ciudades, que anteriormente compartieron los laureles con Middleton, quedaron ahogadas en su desarrollo. Como otras secciones rurales dependían por completo de la ciudad matriz. Harvey Bronlon había adoptado la posición de un señor feudal, dominando una extensa región.

La cena había terminado. Bronlon se levantó y estrechó las manos de Juez.

Anunció que tenia una cita aquella noche y se marchó.

Juez le acompañó a la puerta. Bronlon caminaba pesadamente, apoyado en un grueso bastón. Un chofer, estacionado fuera, le vió aparecer en el umbral y se aproximó con la limousine.

Sin la presencia del poderoso industrial, el grupo de invitados a la casa de Juez, iba disminuyendo. La mayoría eran hombres que buscaban favores de Harvey Bronlon. Fueron porque él estaría allí; y se marchaban ahora porque él se había ido.

Juez, sonriendo amistosamente, estrechó las manos de los invitados. Como hombre de excelentes relaciones con Bronlon, era también una figura de importancia en Middleton. Pero él solo, no podía retener a le gente.

Al fin, quedaron Juez, Mayor, Carnicero y Hurón. Diácono estaba ausente.

El nuevo empresario de pompas fúnebres de Middleton no había adquirido aún suficiente prestigio para ser invitado a una de las cenas del director del Banco.

No había nada que pudiese motivar comentarios en el hecho, de que un director de un Banco condujese a tres de sus empleados a un estudio de su casa. Una vez allí, Juez los contempló tranquilamente.

-Empezamos esta noche -anunció, con voz tranquila.

-¿Esta noche?-preguntó Mayor.

-Sí -sonrió Juez-. Yo comienzo. Quizá tú también. No como esperabas.

-¿Qué sucede? -Inquirió Carnicero.

-Delmar llegará aquí dentro de una hora.

El anuncio de Juez los sorprendió, Rolando Delmar era el director del County Nacional, el banco más importante de Middleton. El Banco Regional de Middleton era una empresa pequeña, comparada con el County Nacional.

-¿A qué viene aquí? -interrogó Carnicero.

-Lo verás.- Sólo Mayor asintió con la cabeza. Miró a Juez y sonrió. Quizá si Diácono hubiese estado presente, el hombre de rostro solemne habría sonreído también, aunque Diácono era parco en sus sonrisas.

-¿Ves aquella puerta? -preguntó Mayor-. Cuando oigamos tocar el timbre, vosotros tres os metéis allí. Podéis escuchar. Así no tendré que deciros mucho, después.

-Significa que vamos a... -empezó Carnicero.

-Si –dijo-. Diácono y Mayor han estado trabajando de noche. Han realizado algún trabajo que vosotros esperabais; y algún otro que tal vez os sorprenda. Es todo cuanto necesitas saber ahora, Carnicero. Deja que el resto venga... de Delmar.

La conversación cambió de tema. Hurón escuchó atento y sus ojos sagaces miraron de un hombre a otro. Esta noche se empezaba. Para los otros, acaso, pero no para el hombrecillo. Él databa el comienzo de su nueva carrera, desde aquella noche en Nueva York.

Los ojos de Hurón centellearon al sonreír. Ninguno de sus compañeros había hablado de la muerte de Daniel Antrim. El caso no se había mencionado en los periódicos de Nueva York que él había comprado.

Nadie, pensó Hurón, conocía ni una palabra de su relación con la muerte del taimado abogado. La policía y los gangsters lo ignoraban por completo.

¿Qué otra persona podía importar? ¡Hurón ignoraba todo acerca de La Sombra! ¡Pero La Sombra sabia!

CAPÍTULO VII
LA SOMBRA MEDITA

En el mismo momento en que Hurón, en Middleton, se imaginaba que los asuntos de Joel Hawkins eran de poco interés en cualquier otra parte, un cerebro en la parte superior de la ciudad de Nueva York pensaba en el hombrecillo.

El escenario era una habitación sin ventanas, provista de anaqueles llenos de libros, archivos, una mesa de escritorio y un solo sillón. Había luces en el cuarto pero estaban enfocadas sobre un objeto distinto.

Una bombilla con pantalla verde arrojaba un circulo de luz sobre el escritorio. Otras bombillas menores proyectaban sus rayos sobre los archivos y estantes de libros.

El centro de la pieza estaba sumida en una oscuridad completa. Era espectral. Tan sólo los bordes aparecían alumbrados. El suelo estaba cubierto con una pesada alfombra negra como el azabache.

Las paredes no presentaban ninguna abertura. A pesar de las luces, no se veía ni siquiera una sombra sobre el suelo.

Sin embargo, en aquella fantasmal oscuridad había alguien.

El solo ocupante de la misteriosa estancia era un ser invisible, que parecía formar parte de la espesa negrura del centro.

Pues éste era el lugar de consulta secreto del misterioso justiciero. Los libros de los estantes eran fuentes de información acerca de los asuntos específicos que intrigaban a La Sombra. Los archivos contenían una información completa sobre personas y sucesos relacionados con él.

Una porción de la biblioteca estaba cerrada por una puerta secreta. Su suave superficie no dejaba ver ninguna cerradura; sin embargo tan sólo La Sombra podía abrirla.

Tras aquella plancha de metal había ciertos libros especiales que La Sombra guardaba sobre todas las cosas. Eran sus archivos secretos, volúmenes asombrosos de los cuales se reparaban sus anales.

La presencia de La Sombra se manifestó cuando un brazo largo y negro se extendió cual si surgiera del espacio. Una mano blanca abrió el cajón de su archivo. Otra mano apareció a la vista.

Sobre un dedo puntiagudo fulguraba una extraña y mística gema: el girasol u ópalo de fuego, que era la única joya de La Sombra.

El girasol lanzó sus fulgores carmesí oscuro, que cambiaron a un profundo púrpura cuando la mano de La Sombra, se detuvo sobre un archivador que ostentaba la letra "A".

Las manos desaparecieron, llevándose un papel a la oscuridad.

Reaparecieron junto a la mesa.

Allí los ojos invisibles del hombre misterioso iniciaron un estudio de datos importantes relativos al caso de Daniel Antrim. No era la primera vez que este asunto había provocado el

interés del hombre de las tinieblas. Su estudio de los asuntos del difunto abogado había constituido un proceso laborioso.

La mañana siguiente a la pelea en casa de Daniel Antrim, Harry Vincent, al despertarse se encontró en su habitación del hotel Metrolito. Había mandado un informe completo del incidente a La Sombra.

Empezó con la observación de un desconocido que descendía con sigilo por el vestíbulo. Terminó con el porrazo que Harry recibiera de Solly.

Esto facilitó a La Sombra un indicio del asunto. Sin embargo, hasta ahora, el hombre de las tinieblas no había logrado reunir, los datos suficientes para sacar conclusiones del caso.

Los informes sobre Daniel Antrim, fueron reunidos laboriosamente por los agentes de La Sombra. Todos los datos llegaron al cuartel general, es decir, a esa habitación.

Volviendo al archivo, el hombre misterioso sacó otro papel del archivador “F”. Este, al ser colocado en la mesa, presentó el nombre de Hawk Forster.

Los datos relativos a este bribonzuelo no se adquirieron fácilmente. Hawk Forster era un granujilla que había estado al servicio de muchas pandillas.

Una suave carcajada surgió de las tinieblas, encima de la luz. Sus ecos repercutieron con acento hueco de las paredes y techo. Luego parecieron extinguirse por el suelo, cual sí los absorbieran las tinieblas que allí había.

Las manos de La Sombra desaparecieron de la vista. Luego reaparecieron junto a la puerta secreta metálica del archivo.

Las manos se movieron de un lado a otro, tocando levemente las porciones de la puerta. Sus movimientos semejaban los de un hipnotizador y la puerta respondió de una manera misteriosa. La barrera metálica se hundió en el suelo.

Unas lucecitas dentro de la sección de los anaqueles de la biblioteca, mostraban una hilera de libros encuadernados en negro. Cada uno de ellos ostentaba una fecha, inscrita en números dorados.

Las manos de La Sombra sacaron uno de estos volúmenes. El libro y las manos se desvanecieron; luego aparecieron de nuevo a la vista debajo de la lámpara de la mesa. Las manos abrieron el libro.

El girasol lanzó sus destellos de vivos fulgores sobre las páginas de pergamino. Cada una de ellas contenía un asiento inscrito en escritura gruesa.

La preparación de estas páginas había sido labor de un anotador laborioso.

Las manos volvieron las páginas hasta llegar al punto deseado. Allí, un índice buscó un párrafo. La acción fue lenta y deliberada.

La mano se levantó. El libro fue cerrado. Fue colocado de nuevo por aquellas mismas manos entre los archivos secretos. La puerta secreta y automática subió y cerró la abertura.

Los libros de registro de La Sombra, no eran solamente relatos de lo sucedido en el pasado. Servían de guía para el presente y de índice para el futuro. Aquí, mediante una investigación, La Sombra había recogido indicios de algún extraño trabajo delictivo que se estaba urdiendo.

Mediante un proceso de eliminación, había localizado, de entre los compinches de Hawk Forster, a uno que, de algún modo, podría identificar con Daniel Antrim.

La labor de esta noche había consistido en una comprobación de ciertos datos. En sus archivos secretos, que contenían todo cuanto él observaba y conocía, La Sombra encontró la clave de los negocios de ciertas personas.

La habitación parecía muerta mientras La Sombra meditaba. Su mente se enfocaba en el pasado y determinaba el futuro.

Transcurrieron lentamente los minutos. Luego las manos blancas surgieron de debajo de los pliegues de la capa y aparecieron encima de la mesa. Los dedos de la mano derecha escribieron a lápiz estas palabras sobre una hoja de papel:

"No tienen más que un solo propósito posible...

"El tiempo y método de operar depende del lugar...

"La elección del lugar está limitada...

La escritura cesó. La Sombra se alejó del escritorio. Su mano derecha apareció al lado de una biblioteca que ascendía hasta el techo.

La mano tocó un resorte invisible. De un cilindro del borde superior de la biblioteca, se desenrolló un mapa de los Estados Unidos, hasta cubrir la mitad de la superficie de la pared.

Los ojos del hombre de las tinieblas estudiaron el mapa iluminado. La inspección terminó al fin. El mapa volvió a enrollarse en respuesta al toque de una mano.

De vuelta en el escritorio, la mano inscribió una serie de lugares, vistos en el mapa. Los ojos invisibles consideraron esos nombres.

Las manos rompieron en varios pedazos el papel. Cada pedazo tenía un nombre. Los ordenó lentamente, escogiéndolos uno por uno cuidadosamente, hasta que la operación quedó terminada satisfactoriamente.

Las manos de La Sombra habían realizado su labor. Sus ojos vieron el resultado. Su voz cuchicheó a través del aposento. Hablaba por teléfono, en algún lugar de aquella oscuridad.

Se transmitían por el alambre unas instrucciones misteriosas a Burbank, el hábil agente de enlace de La Sombra. Las instrucciones se daban en un tono terso y bajo. El significado de las enigmáticas frases, era claro para el hombre que escuchaba al otro lado del alambre.

La Sombra ordenaba sus asuntos en Nueva York. Tenia que realizar una misión en alguna otra parte; Y el nombre de Middleton se destacaba mayormente. La manera de obrar y las costumbres de La Sombra eran misteriosas: y sus actividades, múltiples.

La Sombra, aunque era un cazador solitario, jamás daba tregua a su lucha contra el mundo del crimen. Confiaba en sus subordinados para las operaciones subalternas, menos importantes, cuando el deber reclamaba su presencia en alguna parte.

Lo que había descubierto ahora, tan sólo el hombre de misterio lo sabia.

Pero con los retrasos, que le habían impedido actuar con rapidez, no hubo tiempo para un estudio preliminar.

Había localizado a Middleton como el lugar donde se estaba fraguando una operación criminal gigantesca. Tenía el deber de personarse allí; No era labor de un subordinado. La mano de La Sombra escribió las últimas anotaciones, una serie de datos relativos a ciertas personas.

Aparecieron los nombres de Harry Vincent y Cliff Marsland, dos audaces aventureros que estaban a su servicio.

Seguíales el nombre de Rutledge Mann, el agente de Bolsa, cuya oficina servia de enlace para el trabajo de La Sombra.

Al final de todos, venia Clyde Burke, el reportero, cuyos servicios podía utilizar La Sombra en cualquier momento.

Estos ayudantes estaban en Nueva York, dispuestos a entrar en acción si su jefe lo necesitaba. Estaban dispuestos a ir a cualquier parte en cualquier momento, en respuesta a las órdenes de La Sombra.

Por medio del servicio de enlace de Burbank y mediante instrucciones mandadas a Rutledge Mann, La Sombra podía frustrar los planes de las hordas del crimen en muchos lugares al mismo tiempo. Sus fieles ayudantes eran armas, como sus pistolas automáticas.

Se avecinaba un conflicto. La Sombra, misteriosa e invisible, iba a asestar un golpe. Nadie conocería su presencia hasta que actuase. Su radio de acción se extendía a todas partes. Sus recursos eran ilimitados.

Las manos del hombre de las tinieblas, aparecieron delante de un archivo sito en un rincón. Abrieron el cajón inferior. En respuesta a un mecanismo secreto, todos los cajones del

archivo se extendían, escalonados. Las partes superiores de estas proyecciones, estaban cubiertas de una superficie sólida.

La capa negra produjo un leve ruido cuando La Sombra, ascendió los escalones que había formado. La misma acción que abriera el archivo, levantó una puerta invisible en la pared.

Erguido delante de esta secreta salida, el hombre misterioso lanzó una carcajada. Mientras las notas de su melancólico tono se esparcían por el cuarto, la puerta secreta descendió y las escaleras volvieron suave y mecánicamente a su primitiva posición en el archivador.

Las luces se extinguieron cuando el movimiento terminó. La habitación quedó envuelta en una oscuridad completa. Aun entonces, el sonido de aquella misteriosa risa seguía repercutiendo en ecos, que poco a poco iban menguando.

¡La Sombra se dirigía a la ciudad de Middleton, donde, en aquel mismo momento, el crimen y la muerte acechaban!

CAPÍTULO VIII
JUEZ DECIDE

Hurón fue el primero que oyó el timbre. Señaló a sus tres compañeros, que conversaban en el estudio de Juez.

-¿Es ese Delmar? -preguntó.

Juez asintió con la cabeza. Señaló hacia la puerta. Hurón, Mayor y Carnicero se levantaron y penetraron en un oscuro y cerrado pasillo. Habían desaparecido de la vista cuando la sirvienta entró para anunciar la visita de Rolando Delmar.

Dos minutos más tarde, un caballero de cabellos blancos y aspecto bondadoso entró en el estudio.

-Buenas noches, señor Traver -saludó.

-Buenas noches, señor Delmar-respondió el hombre al que sus ocultos compañeros conocían por el nombre de Juez.

Rolando Delmar se sentó cansadamente. Miró hacia el otro lado del escritorio a Juez.

Existía un marcado contraste entre los dos hombres, a pesar de que aparentaban casi la misma edad. El pelo de Delmar era blanco como la nieve.

Tenía el rostro cansado. Era un hombre que había perdido el entusiasmo por la vida. Estaba en decadencia.

Podía haber sido una lección para Juez, cuyos cabellos grises y rostro surcado mostraba las huellas del tiempo. Con unos cuantos años más, el contraste podría terminar. Pero Juez no hacia ningún comentario concerniente al aspecto de su visitante, ni al propósito de esta conferencia.

Delmar, viendo que él debía iniciar la conversación, empezó con un esfuerzo. Cobró ánimo y entró bruscamente en el motivo de su visita.

-El Banco County Nacional-dijo-, se encuentra frente a una crisis terrible, señor Traver. He venido a discutir este asunto con usted.

-Me sorprende oír eso, señor Delmar-observó Juez-. Hemos estado experimentando un periodo excelente en nuestro establecimiento. Quizá el motivo consiste en una falta de espíritu progresivo en su organización bancaria. He estado inyectando un espíritu nuevo a mi negocio. Tal vez seria un buen plan que usted hiciera lo mismo.

-Estamos perdiendo la confianza -declaró Delmar con acento cansado-. Ha de conocer usted, señor Traver, que aunque el estado de los negocios es bueno en Middleton, existe cierta disminución en el distrito. Middleton ha estado absorbiendo demasiado al resto de la región.

-Middleton tiene un espíritu progresivo.

-¿Lo cree usted así, señor Traver? He vivido muchos años aquí y en el estado actual veo que la prosperidad es superficial. Considerando el distrito entero, del cual Middleton es el centro, yo diría que la región se encuentra en un período de reajuste, pero no de progreso.

-Nuestro Banco observa un aumento de los depósitos-declaró Juez, quedamente.

-Desde luego, señor Traver -repuso Delmar-. Eso es porque ustedes sirven a Middleton solamente, donde la expansión es evidente...

-Por el contrario, señor Delmar-interpuso Juez-. Estamos experimentando un enorme desarrollo de nuestras cuentas de fuera.

-Eso concuerda con lo que acabo de decir-declaró Delmar-. Todo viene a parar a Middleton. Los comerciantes traen sus negocios aquí. Los granjeros no pueden traer sus granjas: En consecuencia depositan sus fondos aquí.

-Lo cual beneficia a su banco así como al mío.

-No resulta así, señor Traver. Usted conoce tan bien como yo la manera en que se inició el desarrollo de Middleton. Middleton se extendió. Nuestro banco-el anciano habló con acento de orgullo, tal vez al recordar días pasados-se hizo poderoso por todo el distrito. Mediante fusiones y expansión, establecimos sucursales en toda la región. Existen muchos bancos más pequeños, que aun están abiertos. Todos dependen del County Nacional. Sufren la misma suerte que éste.

"Luego Middleton empezó a contraerse. Se extendió con los tentáculos de un pulpo. Retiró sus brazos de nuevo y se llevó todo cuanto deseaba. Nuestras sucursales-los bancos menores que dependen de nosotros no son más que oficinas subalternas. No tienen vida propia. Las tenemos abiertas sólo para conveniencia de nuestros clientes.

Juez hizo un gesto de asentimiento.

Delmar, interpretándolo como una señal de comprensión y simpatía, y condolencia, continuó:

-La fundación de su establecimiento, el Banco Regional de Middleton, fue un signo saludable. Middleton podía sostener dos bancos. Siendo el de ustedes más pequeño que el County Nacional, no han abierto sucursales. Pero ahora la gente ha comenzado a no utilizar las sucursales. Vienen directamente a Middleton, con el objeto de realizar les operaciones aquí.

"Nuestro banco, el County Nacional, recibe una parte de los depósitos. Ustedes, los del Banco regional, han adquirido un desarrollo anormal. Todos los depositantes de su banco eran anteriormente clientes nuestros o de una de nuestras sucursales.

-Exagera usted, señor Delmar-observó Juez-. No obstante, hay algo de verdad en lo que expone. Puedo darle la respuesta. Nuestro banco se ha adaptado a las condiciones existentes. Vive en el futuro, no en el pasado. El County Nacional no se ha adaptado. Sigue tratando de apoyar las condiciones del pasado.

-Estoy de acuerdo con usted-declaró Delmar, solemnemente-. Pero sigo insistiendo en que el estado actual no es normal. Al competir con el County Nacional, su banco debería abrir sucursales propias...

-Pero, como usted acaba de decir-interrumpió Juez, esbozando una sonrisa-, esas sucursales no son productivas.

-Permítame terminar-suplicó Delmar-. Usted debe abrir sucursales propias o nosotros debemos cerrar las nuestras.

-Ahora lo ha dicho usted-asintió Juez-. Esa es la solución, señor Delmar.

-La solución... si- murmuró Delmar, en tono cansado-, pero por desgracia, es una solución peligrosa. Intentarlo actualmente, significaría un desastre, señor Traver.

-¿Por qué?

-He venido a decirle el motivo. En primer lugar, porque hemos perdido unos clientes, que la retirada de fondos ha llegado a un punto en que es posible se produzca un pánico. En segundo lugar, porque Harvey Bronlon ha cesado de darnos parte de sus negocios.

"Estas dos causas pueden relacionarse, señor Traver. Conoce usted que Bronlon predomina en toda la región. Su acción nos ha perjudicado. ¡El resultado de favorecer al banco, de ustedes, puede arruinarnos!

-Esperemos que no sea así-dijo Juez, en voz baja.

-Ordinariamente-continuó Delmar, con cierto orgullo-, el County Nacional no temería este estado de cosas. Pero existe una tercera razón, señor Traver, sobre la cual juzgo conveniente informarle. Se lo comunico en términos confidenciales.

Juez asintió con la cabeza.

Delmar pareció tranquilizarse y prosiguió:

-Hemos sufrido una pérdida inesperada -declaró, con acento trágico-. Hemos sido víctimas de un robo. No puedo precisar la cantidad exacta. Puedo decir que asciende a muchos miles.

Un aire de consternación recorrió el rostro de Juez.

-Sé que esto le asombra, señor Traver -continuó Delmar-. No obstante, es cierto. ¡Se sorprenderá más cuando le diga que no he podido averiguar el procedimiento del robo, aunque ha desaparecido dinero desde que descubrimos que nos robaban!.

Juez parecía compartir las preocupaciones de Delmar. Contempló atónito al banquero.

-¿Cuándo lo descubrió por primera vez? -preguntó.

-La semana pasada-respondió Delmar-. Pusimos a un detective llamado Wellington para investigar el hecho. Al parecer es un empleado de nuestro banco, pero en realidad es un experto sabueso. Wellington es muy cauto. Creía, hoy, que podría averiguar algo. Posee alguna pista del robo, aunque no ha hecho mención de ello. No obstante, garantiza el éxito esta noche. Cuando salió de mi casa, al venir yo aquí, se dirigió al banco.

-¿Está allí solo?

-No. Es decir, durante un rato. He mandado a Huberto Salisbury, mi cajero principal, a ayudarle. Wellington sugirió que le agradaría tener a su lado a un hombre de confianza.

-¿Tiene usted confianza en Salisbury?

-Implícitamente, señor Traver. Va a casarse con mí hija Marta. Huberto es un joven honorable, señor Traver, el símbolo de la honradez y de la confianza. Confío en él como si fuera mi propio hijo.

-Comprendo-murmuró Juez-. Esto me preocupa, señor Delmar. Me preocupa en grado sumo.

-Creí que usted comprenderla mis dificultades-dijo Delmar, con ansiedad-. Por este motivo se lo he explicado todo. Quería que usted viese la situación, para que comprendiese cuando le formulase esta pregunta: ¿Puede usted, en tales circunstancias, ayudar al County Nacional en el aprieto en que se encuentra?

-Lo siento, señor Delmar-dijo Juez con acento triste-. A la luz de lo que acaba de decirme, no puedo prestarle la ayuda de mi banco.

Rolando Delmar se hundió en su butaca al tiempo que lanzaba un profundo gemido.

-Comprenda usted mi posición-continuó Juez-. ¿Cómo puede usted pedírmelo? Ha confesado usted que el County Nacional, ha perdido dinero por algún conducto desconocido. Para cubrir ese déficit, usted querría que yo le suministrase fondos, para salvar su negligencia. Supongamos que la distracción de fondos continuase ¿en qué situación quedaría mi banco? No, señor Delmar. No cabe duda de que es imposible.

-¡No puede usted negarse!-exclamó Delmar, con voz ronca-. ¿Sabe usted lo que esto significa? El County Nacional se verá obligado a cerrar las puertas. Esto será un golpe para todo el sistema financiero de la región. ¡El pánico se correrá a su banco, señor Traver, y los clientes se precipitarán a retirar los fondos de su banco como también del mío!

-Estaremos preparados para esa contingencia-declaró Juez-. No olvida señor Delmar, que si su banco quiebra, el mío compensará la retirada de fondos con nuevos depósitos.

-No quebraremos si podemos evitarlo-declaró Delmar, con súbita energía-. Poseemos bastantes fondos para hacer frente a cualquier contingencia. Pero si las cosas se agravasen, haríamos frente a la situación que le he rogado nos evite.

-Lo cual no puedo intentar siquiera-añadió Juez, con franqueza-. Es inútil toda ulterior discusión, señor Delmar.

Rolando Delmar se levantó, abatido. Formuló una súplica final.

-Me voy a mi casa-dijo-. Si usted cambiase su decisión...

-Le telefonearé-agregó Juez, en tono bondadoso-. Supongamos, señor Delmar-pareció cambiar de pronto de idea-que medita este asunto y le telefoneo dentro de una hora. Existe la posibilidad leve, de que pueda modificar mi decisión.

-¡Ah!... ¿por mediación de Harvey Bronlon?

-Quizá.

Con esta leve esperanza, Rolando Delmar salió de la habitación, acompañado de Juez, quien le despidió en la puerta de la casa.

Volviéndose, éste regresó con premura al estadio. Abrió la puerta y sus tres compañeros entraran en el cuarto.

-¿Lo habéis oído todo?-cuchicheó.

Los tres compinches asintieron con la cabeza.

-Mayor-dijo Juez, con acento tenso-. Vete a buscar a Diácono, en seguida. Está en su establecimiento de pompas fúnebres. Comunícale que Wellington está en el banco y que el joven Salisbury se encuentra allí también. No hay que hacer mas que una cosa...

-Comprendo-respondió Mayor-. Escucha...

Asió a Juez por el hombro y habló en voz baja y rápida.

-Recuerdas que te dije la primera noche -las palabras de Mayor provocaban un gesto de asentimiento de Juez-que yo quería jugar sobre seguro como medida de precaución. Diácono dijo algo respecto de tenderle un lazo... cargarle el mochuelo...

-Perfectamente -interrumpió Juez-. Pero obrad con cautela. Confío en ti y en Diácono. Es una situación peliaguda. Por lo que dice Delmar, este Wellington puede ser un individuo muy listo. Tenemos de dar por supuesto que sabe demasiado. Actúa en consonancia.

Mayor asintió. Giró sobre sus talones y salió del estudio.

Hurón y Carnicero, algo perplejos, miraron a Juez como si le pidiesen una explicación. No la recibieron.

En lugar de ello, Juez les indicó que se sentasen. Luego en un tono sosegado y metódico, empezó a bosquejar el trabajo que debían ejecutar.

Los ojos de Hurón chispeaban, mientras juez desarrollaba su plan. En el rostro regordete de Carnicero aparecía una sonrisa brutal.

Juez explicaba un proyecto lleno de astucia, concerniente a los asuntos de Rolando Delmar y el banco County Nacional.

CAPÍTULO IX
UN ASESINATO

Un hombre se detuvo delante de la entrada excusada del banco County Nacional. Tocó un timbre y esperó a que la puerta metálica se abriera.

Se hallaba delante de un vigilante que empuñaba una pistola. La linterna del guardián proyectaba su haz luminoso sobre el rostro del visitante.

-Hola, señor Salisbury-dijo el vigilante. Enfundó su pistola y continuó en voz baja:

-Está dentro. Le espera, señor Salisbury.

La pesada puerta se cerró tras los dos hombres. El vigilante abrió la marcha en dirección de la caja principal del banco. Reinaba una profunda oscuridad y el vigilante oprimió el brazo de Salisbury. Un hombre se aproximaba a través de las tinieblas.

-Déjenos aquí-dijo Salisbury-. Queremos echar un vistazo por el local y hablar a solas. ¿Comprende?

-Sí, señor-respondió el vigilante-. El señor Delmar me dijo eso.

Cuando el vigilante regresaba al pasillo que conducía a la puerta excusada, Huberto Salisbury avanzó al encuentro del hombre que se aproximaba.

Hablaron en cuchicheos; luego Salisbury condujo al otro a un despacho situado al costado. Allí, encendió la luz y se sentó en una mesa de escritorio, de cara a su compañero.

Huberto Salisbury era un joven de unos veinticinco años, aunque su pose y aire metódico le hacían aparecer como un hombre maduro.

El compañero de Salisbury, Wellington, era de bastante más edad. Parecía ser un individuo torpe y casi bobo, pero esto era fingido. Wellington era un experto investigador que conocía el valor del disfraz y sabía mantenerse en la oscuridad, sin sobresalir.

-¿Ha encontrado ago?-preguntó Salisbury.

-Sí-respondió Wellington-. A lo menos, así lo creo. He analizado cómo se ha realizado esto, señor Salisbury. Ese vigilante efectúa su vigilancia de una manera metódica. No sería difícil burlarle, conociendo sus costumbres. Hay un método para averiguarlo, y es permaneciendo aquí dentro, observándole.

-Parece lógico-asintió Salisbury.

-El dinero-dijo el detective-, fue robado durante la noche. El autor es muy ladino. Estudió las cámaras acorazadas y el local. No se trata de un ladrón vulgar.

"En consecuencia he estado vigilando. Más aún, he calculado cómo seria posible penetrar aquí. No puedo decir que he tenido suerte, excepto, que me parece haber descubierto el único lugar por donde podría realizarse. Abajo, en el lugar en que están todas las cámaras acorazadas. Allí es donde deseo investigar.

-¡Pero eso es imposible!-exclamó Salisbury-. Eso está en los mismos cimientos del edificio. Se equivoca, Wellington...

-No digo que he acertado-interrumpió el detective-. Tan sólo manifiesto que he registrado la casa de arriba abajo. No hay nadie, aparte del señor Delmar y usted que pueda conocer lo suficiente el lugar para entrar y salir. He eliminado a los empleados.

"Yo trabajo de esta manera: se está realizando una operación. ¿Cómo pudo ejecutarse? Pues bien, en este caso, el único sistema es salir y entrar mediante algún procedimiento muy hábil. Finalmente se me ocurrió que los lugares que parecen ser más débiles pueden ser los más sólidos; y los que parecen más fuertes, los más débiles.

El tono del detective era convincente. Aunque Salisbury parecía dudar, tuvo que convenir en que Wellington podría tener razón.

-¿Cree usted-empezó Salisbury-, que alguien entró aquí directamente...?

-Creo más aún -dijo Wellington-. Creo que este lugar tiene fácil acceso. Me imagino que algún malhechor-quizá más de uno-, está tan seguro de sí mismo que puede entrar y salir a voluntad, en cualquier momento. No extrañaría que un sujeto entrase en este momento y nos metiera una pistola en las narices.

Salisbury se movió intranquilo. La idea parecía fantástica; no obstante, era motivo de alarma. Miró hacia la puerta del despacho.

Con evidente aprensión, se levantó y abrió la puerta. Miró en la sala grande, que estaba sumida en oscuridad completa. Quizá Wellington tenía razón.

Hasta le pareció discernir una figura sigilosa moviéndose en las tinieblas.

-¿Qué se propone hacer?-preguntó.

-Practicar una investigación, juntos-repuso Wellington, prontamente-. No quiero realizarla solo. No puedo llamar al vigilante. Por este motivo quería que usted viniese esta noche. He tenido sospechas últimamente; he sospechado demasiado para investigar por donde yo quería. Acompañándome usted, que vigilaría, yo podría descubrir algo.

Salisbury, de pie junto a la puerta, hizo un gesto de asentimiento. Wellington se levantó y se le aproximó.

-Tengo un par de pistolas-dijo el detective, palpándose los bolsillos-. Dispararé si observo alguna cosa sospechosa. Supongamos que trabajamos de la siguiente forma. Yo bajaré la escalera solo. Tendré la luz encendida, y examinaré el lugar como lo he hecho antes.

"Usted bajará dentro de unos minutos. He estado aquí toda la noche y podría toparme con algo. Por eso descenderé primero. ¿Tiene usted un revólver?

-Tengo uno, cargado, en el cajón inferior-respondió Salisbury, señalando la mesa de escritorio.

-Bien-dijo el detective particular-. Iré delante. Recoja su revólver y venga a reunirse conmigo.

Wellington salió del despacho y avanzó con sigilo a través de la oscuridad.

Salisbury sacó una llave de su bolsillo, abrió el cajón inferior del escritorio.

Levantó un montón de papeles, abrió una caja de madera e introdujo la mano para sacar el revólver.

Ante su sorpresa, no estaba allí. Se acarició la barbilla. Estaba seguro de haber depositado el arma en aquel cajón, hacia más de un mes. Siempre tenia cerrado ese cajón.

¿Había sacado él el revólver? ¿Acaso lo había sustraído alguien? Recordaba lo que Wellington había dicho, respecto de que algunas personas estaban en el banco.

Esto era algo que el detective debía saberlo, pensó Salisbury. Podría ser una pista insignificante; no obstante, podría ser de valor.

Era hora de reunirse con Wellington. Alejándose del escritorio, empezó a cruzar el suelo de la sala. Estaba indeciso respecto de ir, desarmado, en busca de Wellington. Luego recordó que éste disponía de dos pistolas y probablemente le facilitaría una.

Al acercarse a la escalera, se detuvo en seco.

¡De abajo venia la detonación de un revólver! Wellington había dicho que dispararía a la menor sospecha. ¿Había encontrado a alguien?

Sin titubear, gritó y descendió, corriendo, la escalera. Olvidó que no llevaba un arma.

La habitación de abajo estaba alumbrada. Doblando al pie de la escalera, tropezó con el cuerpo de un hombre. Miró a su alrededor buscando a Wellington. La habitación estaba desierta, a excepción de la figura tendida en el suelo.

Consternado, se agachó y levantó la cara de la víctima. ¡Era Wellington... muerto!

El detective no empuñaba ningún revólver; pero, en el suelo, a un metro de distancia, había uno.

Huberto Salisbury, como un hombre en trance, saltó y lo recogió.

Miró en derredor suyo y escrutó a través de los enrejados donde estaban las cámaras acorazadas. ¿Partió el disparo de allí y le siguió el revólver?

Comprendiendo que se encontraba en una situación peligrosa, dio media vuelta y subió corriendo, la escalera. Al llegar a la parte superior se encontró frente a la luminosa linterna sorda del vigilante.

-¡Pida auxilio!-exclamó Salisbury. ¡Llame a la policía mientras yo espero aquí! ¡Alguien ha asesinado a Wellington!

El vigilante se marchó con premura, dejando a Salisbury escrutando el fondo de la escalera. El vigilante no oyó el disparo; fue Salisbury, al gritar, quien le hizo acudir allí.

Cautelosamente, Salisbury volvió a descender la escalera y se quedó de pie, escudriñando por el rincón, junto al cuerpo de Wellington. Volvióse con rapidez al oír pasos en lo alto de la escalera.

El vigilante se acercaba con un sargento de policía de Middleton. Exhalando un suspiro de alivio, Salisbury se aproximó al cadáver y se apoyó en la pared cuando los otros llegaron.

-Ignoro quién le mató-dijo, con voz tensa-. Oí la detonación y acudí corriendo...

Con rostro solemne, el sargento arrebató el revólver de la mano de Salisbury. Miró con sospecha el pálido semblante del joven. Luego examinó el arma.

-¿Es esta el arma que le mató?-preguntó.

-Sí-respondió Salisbury.

-¿Dónde la adquirió usted?

-La encontré aquí... en el suelo. La recogí-el joven empezó de pronto a darse cuenta de lo inusitado de su historia-, porque me pareció que debía haber alguien aquí dentro. El tiro debió ser disparado por alguien, a menos que Wellington se suicidase...

-¿Tiene usted un revolver propio, suyo?-inquirió el sargento.

-No-respondió el joven, débilmente-. Yo estaba desarmado...

-¿Sin embargo bajó usted corriendo?

-Sí.

El sargento contempló el arma que tenía en la mano. Salisbury miró el arma.

Sus labios exhalaron una exclamación de asombro. ¡Era su revólver desaparecido!

-Ese... ese es mi...

Se interrumpió mientras balbuceaba su descubrimiento. Poseído de súbita aprensión, no pudo continuar.

Mas el sargento, observando su tono, le instó.

-¿Qué decía usted?-interrogó.

Era inútil negar. Aunque comprendía que se colocaba en una posición comprometedora, se vió obligado a confiar en la verdad.

-Ese parece mi revólver-murmuró.

-¿Sí?

Los ojos del sargento tenían una expresión interrogante al mirar primero al joven y luego el arma.

-H. S.-murmuró, al observar las iniciales en la culata.

¡Examinó el arma y vió la cámara disparada¡ Dirigió una mirada en torno de la habitación. No vió más que una respuesta a la situación.

-Declara usted que estaba desarmado -anunció al joven-. Bajó aquí porque oyó un tiro. Recogió el arma y volvió a subir. ¿Dónde encontró al vigilante?

-En lo alto de la escalera -confesó Salisbury.

-¿Sí? No esperaba verle, ¿no es cierto?

-No.

-Hum-murmuró el sargento-. Tal vez se disponía usted a marcharse, joven. El vigilante declara que usted le indicó que nos avisase. Afortunadamente nos encontró delante de la puerta del banco... antes de que usted pudiera escapar.

-¿Escapar? -repitió Salisbury.

-Sí -repuso el sargento, con firmeza-. Ha contado usted su historia, Salisbury. No concuerda con lo que he visto aquí. Esas escaleras son el único medio de entrar y salir de este

lugar. Ahí está el muerto. Aquí está usted, con su propio revólver. Y no cabe duda... !Esta arma mató a Wellington!

El sargento señaló a los dos policías que le acompañaban. Estos avanzaron y cogieron a Salisbury, que se desmayaba en sus manos.

-¡Lo detengo por asesinato! -declaró el sargento.

Todo se puso negro ante los ojos de Huberto Salisbury. Los hechos le acusaban. ¡Aunque era inocente, conocía que le achacarían el crimen!

CAPÍTULO X
HURÓN DEMUESTRA SAGACIDAD

Hurón tocó a Carnicero cuando los dos avanzaron con sigilo por la calzada, que conducía a la aristocrática mansión de Rolando Delmar. El hombretón se detuvo.

-Está en esa habitación –cuchicheó el hombrecillo, indicando una ventana iluminada, en la planta baja-. Voy a echar un vistazo. Aguarda aquí.

La ventana estaba entornada. Aproximándose, Hurón se agazapó en la oscuridad; luego levantó poco a poco la cabeza y escudriñó el interior.

Rolando Delmar se hallaba sentado en una mesa de escritorio, el rostro flaco y macilento, mirando abstraído la pared.

Mientras Hurón vigilaba, el teléfono repiqueteó. Delmar se levantó vivamente y fue a responder a la llamada, a una mesa del rincón.

-Sí, sí -Hurón le oyó responder-. Ah, señor Traver. ¿Ha podido usted cambiar de determinación...? Comprendo...

Su voz terminó cansadamente, cuando el banquero escuchaba a su interlocutor.

Luego los ojos de Delmar centellearon en una llamarada de antagonismo.

-¡Ya veo su juego, Traver!-exclamó-. Quiere usted acorralarme. Se propone arruinar a mi banco...¡No...! ¡No le creo!

Su súbita indignación se extinguió y el anciano adoptó un acento suplicante.

-Quizá me equivoque, señor Traver-dijo-. Estoy muy nervioso, debe usted disculpar mi arrebato. ¿Pero que voy a hacer? Significa mi ruina...

Una expresión de sobresalto, apareció en su semblante al oír una sutil sugerencia.

-¿Quiere usted decir... -preguntó-... lo he entendido bien? No puede usted significar-casi cuchicheando-, no puede usted significar... más, quizá tenga usted razón...

Con un movimiento brusco, colgó el teléfono.

Hurón, vigilando el rostro del barquero, quedó atónito al observar el cambio y la oleada de emociones que se reflejaban en él. No acertaba a comprenderlo.

Primero Delmar parecía estar furioso y retador; luego, hablaba con expresión lastimosa. Hurón se preguntaba qué podría haber sucedido.

En uno de esos momentos de desesperación, Delmar se acercó al escritorio, abrió un cajón y sacó un revólver. Permaneció como aturdido mientras empuñaba el arma.

Contempló el cañón e hizo un gesto, como si fuera a levantarlo para apuntarse a la cabeza. Luego, con una fiera exclamación, dejó el revólver encima del escritorio. Murmurando para sí, empezó a pasar de un lado a otro del cuarto, presa de furia.

Luego se calmó, se sentó a la mesa, cogió una pluma, y empezó a escribir.

Hurón se retiró de la ventana y se aproximó a Carnicero. Cuchicheó las noticias al hombretón.

-Llama a Juez-dijo-. Dile lo que acabo de decirte, todo lo que Delmar ha hecho desde que telefoneó. Yo seguiré vigilando.

Sin más palabras, volvió a la ventana.

Delmar escribía lentamente, pero con firmeza. Terminó una hoja de papel y la puso a un lado. Llamaron a la puerta. Cuidadosamente, Delmar colocó varias hojas de papel sobre el revólver.

-Adelante-dijo.

Una muchacha entró en el aposento. Hurón observó que era Marta Delmar, la hija del anciano director del banco. La había visto a menudo en Middleton.

Alta elegante y atractiva, la joven tenía un marcado parecido con su padre.

Cuando entró en la habitación, la joven llevaba puestos un abrigo y un sombrero.

-¿Qué sucede, papá?-preguntó.

-¿Qué sucede?-Rolando Delmar rió nervioso-. Nada, querida. Nada.

Hurón atisbó por la ventana y observo que la muchacha miraba con aire preocupado a su padre.

-Iba a salir-dijo la joven-, pero si no te encuentras bien, me quedaré.

-Vete corriendo-dijo Delmar, con una débil sonrisa-. No te preocupes, Marta. Tu papaíto se encuentra bien.

La joven se aproximó al escritorio y besó a su padre. Luego volvióse hacia la puerta y dijo en despedida:

-Volveré temprano.

Cuando la muchacha salía del aposento, Hurón oyó un ruido a su lado. Era Carnicero. El hombretón había telefoneado desde un establecimiento cercano y regresaba con instrucciones. Alejó de la ventana a su compañero.

-Juez es listo -cuchicheó-. Intentó meter la idea del suicidio en la cabeza de Delmar. Por eso el viejo sacó su revólver.

-Comprendo -murmuró su compinche.

-Pero no llevó a cabo el suicidio-continuó Carnicero-. Ahora Juez está preocupado por lo que Delmar pueda estar escribiendo. Quiere apoderarse del escrito. Eso corre de tu cuenta, Hurón.

-Si. Déjalo de mi cuenta -dijo su compinche, resuelto.

-Lo mejor sería agujerear al viejo ahora-añadió Carnicero-. Pero no a menos que sea posible hacerlo aparecer como un suicidio. Eso es lo que Juez me dijo.

"Además. Juez espera saber cómo marcha la operación de Mayor y Diácono. En consecuencia me ha dado estas instrucciones: Si el teléfono repica, significa que todo marcha viento en ropa. Puedes despacharlo tranquilamente. Si antes de diez minutos, no ha sonado, procura apoderarte del escrito. ¿Entendidos?

-Si. Juez telefoneará al viejo cuando tenga noticias de los otros...

-Exacto.

Hurón volvió a la ventana. Vió a Delmar escribiendo aún, ahora una segunda página. El viejo terminó su trabajo y leyó cuidadosamente lo escrito.

Luego exhalando un suspiro puso los papeles a un lado.

Destapó el revólver y lo empuñó. Ya había desechado los pensamientos de suicidio. Contempló con desdén el arma.

El teléfono repicó. Rolando Delmar puso el revólver encima de la mesa. Fue a la mesita a responder a la llamada.

-Aló –dijo-. ¿Cómo...? No... Se ha equivocado de número...

Delmar estaba de espaldas a la ventana. Hurón reconoció la señal.

En cuanto oyó al banquero preguntar, supo que se trataba de una llamada falsa de Juez. Significaba que podía arriesgarse.

Los papeles estaban encima de la mesa de escritorio: Junto al revólver.

Hurón entró por la ventana.

Apenas había puesto los pies en el suelo del aposento, cuando el banquero se volvió. Viendo al intruso con los ojos clavados en el arma del escritorio, el anciano exhibió una sorprenderte agilidad. Dio un salto para coger el revólver, pero Hurón se le anticipó.

El banquero alargó una mano, mientras que con la otra intentó asir el brazo del intruso.

Los dos hombres casi estaban uno encima del otro. Cuando la cabeza de Delmar se inclinó hacia adelante, Hurón, con habilidad matemática, apretó el revólver sobre la sien del anciano y disparó.

La bala se alojó en el cerebro del banquero, quien se desplomó al suelo.

Reposadamente, el hombrecillo sacó un pañuelo de un bolsillo y limpió la culata del revólver. Acercóse al lugar donde el banquero yacía y le puso el arma en una mano extendida.

No olvidó la nota que Delmar había escrito. Mas, en lugar de cogerla y huir, el ladino hombrecillo echó los papeles a un lado y rápidamente leyó lo escrito.

En la primera página, leyó esta acusación:

"Al Inspector Provincial de Bancos:

“Los negocios del Banco County Nacional han llegado a su actual situación precaria en virtud de una conspiración urdida por un enemigo de nuestro establecimiento.

“Acuso a David Traver, director del Banco Regional de Middleton, de haber tramado este complot. Creo que la extraña substracción de fondos de nuestro establecimiento, está relacionada con el plan de arruinar al Banco County Nacional.

“Le mando esta carta con el objeto de que pueda tener en sus manos esta información por adelantado. Debido a la imposibilidad en que me veo de evitar, esta terrible crisis que es ahora inminente...

La carta continuaba en la segunda página. Hurón continuó la lectura del escrito que rezaba:

"...he pensado en el suicidio y aun no estoy seguro de que puedo resistir a mi deseo poner fin a mi vida. Mi orgullo me sostiene, pero puede debilitarse.

"Es posible que el robo pueda haber sido cometido por algún empleado en quien hemos depositado una confianza equivocada. No he olvidado mi deber a este respecto. Por medio del señor Wellington, nuestro detective particular, y del señor Salisbury, mi primer cajero, he tratado de averiguar la verdad del asunto.

"Rolando Delmar".

Carnicero silbaba desde la ventana. Era hora de partir. El hombretón no acertaba a comprender el motivo de la tardanza de Hurón. Había un sirviente en el tercer piso de la casa; y debieron oír el disparo.

-¡Vamos andando! -exclamó, en voz baja-. ¡Coge esos papeles!

Hurón cogió una hoja. Acercóse a la ventana y saltó al exterior. El y su compinche se alejaron por el lado del paseo y saltaron una valla.

-¿Qué esperabas? -rezongó Carnicero.

-Leía la carta del viejo -repuso Hurón.

-¿A santo de qué? La tienes, ¿no es cierto?

-Parte de ella.

Carnicero se detuvo en seco, profiriendo una exclamación.

-¡Cómo! ¡Has dejado...!

-Me he traído la primera página -explicó Hurón con voz calmosa-. Había dos páginas. Dejé la segunda.

-¡No podemos volver! -gruñó Carnicero, furioso-. ¡Sí que la has hecho buena!

-¡He dejado -replicó Hurón-, un papel con la firma de Delmar, diciendo que iba a suicidarse!

El gruñido de su compinche se convirtió en una exclamación de admiración.

-¿Hiciste eso, Hurón?

-Si -fue la respuesta-. Espera a que Juez vea la página que he cogido. ¡Espera a que oiga lo que había en la otra página!

El hombrecillo reía entre dientes cuando llegaron a un coche, que tenían estacionado a algunas manzanas de distancia de la casa de Rolando Delmar.

Había ejecutado esta la operación con la misma habilidad que Juez podría haberlo hecho.

Rolando Delmar estaba muerto; y la hoja, escrita que dejó encima del escritorio testimoniaba que el banquero se había suicidado.

¡Más aun, parecía achacar la situación del Banco County Nacional a algún miembro desconocido del propio establecimiento!

CAPÍTULO XI
LA QUIEBRA DEL BANCO

Los periódicos de Middleton aparecieron con grandes titulares. La situación sensacional del Banco County Nacional, era de enorme importancia para toda la región.

La misma noche que Rolando Delmar, el director del banco, se suicidó, Huberto Salisbury, el primer cajero, había asesinado al detective particular que investigaba la causa de la desaparición de ciertos fondos.

La conexión entre la conducta del director y del cajero fue descubierta en la nota de Delmar. Aquella. frase: "Es posible que el robo pueda haberse cometido por algún empleado en quien hemos depositado una confianza absoluta", era una verdadera acusación.

El hecho de que la declaración de Delmar añadía que Salisbury colaboraba con Wellington, fue interpretado como otra prueba de la culpabilidad de Salisbury.

Parecía evidente que el joven cajero asesinó a Wellington, porque el detective sabia demasiado. Las circunstancias mismas del crimen lo confirmaban. La historia de Salisbury era floja; sin embargo, insistía en ella.

La policía local le había sometido a un interrogatorio y trataba de hallar un punto débil en sus declaraciones.

Parecía dudoso que Salisbury hubiese premeditado el crimen. Era probable que Wellington hubiera mencionado alguna cosa, que indicase al joven que sus robos serian descubiertos si el detective hubiese vivido. En consecuencia mató a sangre fría al detective.

La sorprendente revelación de que el County Nacional había perdido una importante cantidad, provocó un pánico entre los depositantes que acudieron de todas partes a retirar sus fondos.

Los directores del banco declararon que el mismo gozaba de una posición sólida y podía hacer frente a sus obligaciones; pero, en las actuales circunstancias, no podían conseguir ninguna ayuda financiera para evitar la avalancha.

Tan importantes fueron las retiradas de depósitos, que se esperaba que el establecimiento cerrase las puertas. No obstante, durante un tiempo, el banco se sostuvo perfectamente. Pagó por entero a los depositantes.

Una esperanza consistía en el apoyo de Harvey Bronlon. Si el señor feudal de la región hubiese acudido en ayuda del banco, la retirada de depósitos podría haberse detenido. Pero Bronlon negó su ayuda.

Dos días después de iniciarse el desastre, el banco cerró las puertas. Sus sucursales quebraron también, arrastrando a los establecimientos que dependían del banco central. Fue preciso que la desconfianza fuese completa para que la quiebra se realizase, pues un gran porcentaje de los depositantes fueron pagados íntegramente antes de cerrar las puertas.

El Banco Regional de Middleton fue el único que quedó en toda la región.

Los que salvaron su dinero de la quiebra del County Nacional vacilaron al principio; pero, luego, se precipitaron a depositar su dinero en el Regional.

Al mismo tiempo, algunas personas recelosas, empezaron a retirar sus depósitos. El volumen de operaciones fue enorme. Hurón y Carnicero estaban agobiados de trabajo, en las ventanillas de los cajeros.

Mayor no descansaba en su trabajo: y, sobre todo, el benigno continente de Juez estaba presente para inspirar confianza.

El director de cabellos grises anunció, que el importe de los depósitos excedía al de las retiradas de fondos. Y a continuación, Harvey Bronlon declaró que tenía plena confianza en la estabilidad del establecimiento.

Esto calmó la situación. La gente que acudía al Banco Regional lo hacia para depositar dinero, no para sacarlo.

Pues Middleton era una región próspera y la quiebra del banco más antiguo fue imputada al hecho de que habían substraído muchos miles de dólares.

Huberto Salisbury fue denunciado como culpable. La policía trató de arrancarle una confesión.

Así entró Middleton en el periodo más emocionante de su historia, cuando su enorme expansión y desarrollo industrial se vieron amenazados con el colapso del antiguo y sólido Barco County Nacional.

Pero los fondos inagotables del Banco Regional, demostraron que este nuevo establecimiento era capaz de servir las necesidades del distrito.

Fue durante estos días de reajuste cuando un caballero llamada Enrique Arnaud, se alojó en el hotel Darthmore, el moderno y gigantesco establecimiento financiado por Harvey Bronlon.

Había muchos viajeros y visitantes en Middleton y este hombre era simplemente otro huésped del flamante hotel.

Sin embargo Enrique Arnaud tenia un aspecto extraordinario. Alto, de porte reposado, y acción deliberada, tenía un semblante que jamás cambiaba de expresión.

El día de su llegada a Middleton, podía habérsele visto contemplando a las gentes que acudían al Banco County Nacional, que estaba destinado a cerrar sus puertas poco después.

Dos días más tarde, Enrique Arnaud, apareció entre las gentes que realizaban operaciones en el Banco Regional. Presentó un cheque de viajero, de cien dólares.

Hurón estaba en la ventanilla y mientras comparaba las firmas del cheque, Enrique Arnaud observaba con ojos penetrantes.

Cuando el hombrecillo levantó la cabeza, la aguda mirada de Enrique Arnaud cambió de expresión. Hurón no vio nada sorprendente en su aspecto.

-Muy bien, señor Arnaud-dijo-. Me alegro de hacer efectivo este cheque. ¿Estará mucho tiempo en Middleton?

-Espero permanecer aquí varias semanas-respondió Arnaud.

-Me alegro de que esté entre nosotros una temporada-dijo el cajero, con amabilidad-. Venga por aquí cuando guste. Considere este su banco mientras esté aquí. ¿Cómo desea su dinero?

-Un billete de cincuenta, uno de veinte, y el resto de diez-sugirió Arnaud.

Hurón contó la cantidad. Arnaud se alejó de la ventanilla; luego se volvió.

Observó que Hurón estaba ocupado con otro cliente y que se había formado una cola junto a la ventanilla. En consecuencia se agregó a una cola más pequeña junto a la ventanilla de Carnicero.

-Cámbieme este billete de diez dólares-dijo al segundo cajero-. Deme uno de cinco y cinco de uno...

Carnicero accedió a la petición. Empezó a depositar el billete de diez dólares a la izquierda de la ventanilla; luego alargó la mano hacia la derecha y la dejó allí.

Embolsándose el dinero, Enrique Arnaud salió pausadamente del banco.

Echó a andar despacio a lo largo de la manzana, estudiando lo que le rodeaba. Llegó a la bocacalle de la parte Sur y dobló la esquina, deteniéndose a echar un vistazo por los diferentes escaparates.

Su paso lento e indolente le llevó eventualmente a la empresa de pompas fúnebres.

Al llegar allí, levantó la vista casualmente. Vió, en la ventana, a la alta y melancólica figura de Diacono, vestido, como de costumbre, de negro.

Diacono miraba hacía la calle. Cuando Enrique Arnaud miró al nuevo empresario, los ojos de los dos hombres se encontraron.

Ambos se estudiaron mutuamente, con rostro inexpresivo. Luego Enrique Arnaud continuó su paseo y el breve encuentro terminó. Fue apenas una mirada pasajera; sin embargo, ambos conservaron una impresión imborrable del rostro que vieran.

El semblante de Diácono se nubló. Se tornó más solemne que nunca. Sus ojos, mirando hacia la calle, reconstruyeron el semblante que había visto.

Instintivamente pensó en el forastero. ¿Qué propósito llevaba al inexpresivo visitante, a Middleton?

Un esbozo de sonrisa apareció en los labios delgados y rectos de Enrique Arnaud cuando se detuvo delante de otro escaparate. Se imaginaba el rostro de Diácono.

El encuentro casual fue de vital importancia para ambos hombres. No cambiaron ni una palabra; ni tampoco una señal. Sin embargo, dos poderosos cerebros funcionaban activamente.

Diacono parecía un perfecto empresario de pompas fúnebres. No obstante, Arnaud sospechó que alguna razón motivaba su presencia en Middleton.

Arnaud, a su vez, tenia todo el aspecto de un transeúnte casual; sin embargo, Diacono presintió un doble propósito en el hecho de acercarse,

Volviendo al hotel Darthmore, Enrique Arnaud compró algunos ejemplares de los periódicos de la noche. Se retiró a su habitación y miró desde la ventana, escrutando la calle principal de Middleton. Su mirada recorrió la ciudad, localizando, al parecer, ciertos lugares de interés para el futuro.

Sentándose, empezó a estudiar la prensa. Daba las últimas noticias relativas a la quiebra del Banco County Nacional.

Terminada la lectura, sacó un par de tijeritas y cuidadosamente, cortó los últimos artículos. Los agregó a un montoncito de otras noticias que sacó de un sobre que llevaba en un bolsillo.

La colección formaba una historia completa de los recientes acontecimientos de Middleton. Arnaud volvió a leer cuidadosamente el relato del asesinato del Banco.

Estudio la sensacional historia de la muerte de Rolando Delmar. La acompañaba un facsímil de la carta encontrada en la mesa del banquero.

La puso a un lado. Volvió a estudiarla; luego miró por la ventana. Sus agudos ojos parecían atravesar los edificios que había abajo, tratando de descubrir los secretos que encerraban aquellas paredes sólidas.

Sacó una cartera de un bolsillo. Extrajo un fajo de billetes. No era grueso, pero al separar los billetes, su valor se hizo evidente.

El primer billete del fajo era de diez mil dólares. Luego apareció un segundo billete; y un tercero. Siguieron otros de cinco mil; luego una docena de ciento y de cincuenta.

Extrajo unos cuantos de estos últimos y volvió a meter el resto en la cartera.

Contó la cantidad sacada: quinientos cincuenta dólares en conjunto. Metió estos billetes en un bolsillo del chaleco como si se tratase de cambio pequeño.

A continuación sacó la modesta suma que había cobrado en el Banco. Contó cuidadosamente el dinero: un billete de cincuenta, dos de diez, uno de cinco y cinco de uno.

Después de anotar los números de serie, enrolló los flamantes billetes y los guardó en otro bolsillo del chaleco.

De nuevo sus ojos escrutaron desde la ventana y, al atisbar, una suave risa surgió de sus labios. Era una risa extraña y sobrenatural.

La mano de Enrique Arnaud descansaba en el antepecho de la ventana. En un dedo fulguraba una gema, una piedra translúcida de colores cambiantes.

Era un girasol, sin par en el mundo entero.

Si Diácono hubiese oído aquella risa; si hubiese estado allí para observar aquella misteriosa joya, sus sospechas habrían quedado justificadas. Habría sabido con seguridad que Enrique Arnaud era, en verdad, un hombre cuya presencia debía temer con motivo.

¡Pues Enrique Arnaud era La Sombra!

CAPÍTULO XII
LA SOMBRA OYE

El Banco Regional de Middleton había demostrado su estabilidad. En reconocimiento de este hecho, se celebraba un gran banquete en el hotel Darthmore.

Entre los invitados de honor, hallábanse David Traver y Harvey Bronlon.

Estos dos personajes estaban sentados en el sitio de honor.

Durante el banquete, Juez, sonriente y seguro, estuvo hablando a Bronlon, cuyo semblante grave e imperioso había correspondido.

En este momento, mientras el orador presentaba a Juez con el nombre de David Traver, Harvey Bronlon movía la cabeza en señal afirmativa, elogiando algo que Juez había dicho.

De pie, Juez sonrió de una manera amable, cuando los invitados se levantaron saludándolo con una gran ovación.

Cuando la ola de entusiasmo hubo terminado, los invitados volvieron a sentarse. Juez, en voz reposada, empezó su discurso.

Al entrar en calor, el interés aumentó.

-Y ahora, señores-dijo en conclusión-, voy a mencionar dos incidentes para que dejen en ustedes una impresión duradera. Esta mañana, cierto caballero-hizo una pausa y dirigió una mirada a Bronlon-entró en mi despacho y me dijo que estaba dispuesto a depositar unos giros sobre Nueva York por valor de trescientos cincuenta mil dólares.

La noticia fue recibida con grandes aplausos.

Juez, sonriendo aún, señaló con la mano a Bronlon, y los aplausos volvieron a sonar ensordecedores.

La ovación terminó al fin, cuando Juez levantó la mano reclamando silencio.

-Luego-continuó-, el mismo caballero me comunicó que había cambiado sus planes respecto de la distribución de una bonificación a sus empleados. Manifestó que tenía el propósito de repartir la bonificación dentro de unas semanas. Pero que ahora había decidido esperar otro mes, a lo menos, con el objeto de poder retirar fondos de otra parte, y con ello dejar en Middleton tanto dinero como fuese posible.

Los aplausos se reanudaron, pero cesaron al instante, tan pronto como Juez levantó la mano pidiendo silencio.

-Quizá-siguió el hombre de cabellos grises-, tengan interés en conocer lo que contesté... al señor Bronlon. Dije exactamente lo que sigue: "El Banco Regional es un establecimiento que sirve a Middleton". Ha conquistado la confianza de los ciudadanos y la

conservará siempre. Nuestros recursos son de tal índole, señor Bronlon, que me permito sugerirle que pague esa bonificación ahora. Pague a los residentes de Middleton con dinero del Banco Regional.

Reinó un profundo silencio mientras Juez esperaba, que el efecto de sus palabras impresionase debidamente a sus oyentes.

-Como resultado-continuó-, tengo el gusto de manifestar que mañana, el dinero de la bonificación acompañará al importe de la nómina de pagos del señor Bronlon. Se trata de una bonificación anual, señores.

Tras una pausa, añadió:

-Permítanme agregar que si el señor Bronlon tuviese a bien retirar una cantidad diez veces mayor que el montante de la bonificación, el Banco Regional tendrá el honor de facilitársela.

Los invitados al banquete se pusieron en pie, gritando su aprobación. Juez permaneció de pie, agradeciendo la tempestad de aplausos.

El fabricante se levantó. Estallaron nuevos aplausos, y cuando Bronlon tendió la mano a Juez, los invitados, locos de entusiasmo, se subieron a las sillas en delirante aprobación.

Media hora más tarde, Juez logró por fin desembarazarse del último admirador. Manifestó que se encontraba cansado; que pasaría la noche en el hotel. Se dirigió al vestíbulo y luego hacia el ascensor.

En el camino se encontró con un hombre, Howard Best, el dueño del establecimiento de pompas fúnebres, estrechó la mano de David Traver, director del Banco Regional de Middleton. Diácono y Juez, se llamaban el uno al otro en ocasiones, pero no durante el cambio de saludos en público.

Cuando Juez entró en el ascensor, metió una mano en su bolsillo, la misma mano derecha que estrechara Diácono.

Antes de que la puerta del ascensor se cerrase, alguien surgió de un oscuro rincón del vestíbulo y penetró en el aparato también. Era Enrique Arnaud.

Juez salió del aparato en el cuarto piso. Enrique Arnaud continuó dentro.

Salió del ascensor y entró en su habitación. Una vez allí, abrió una maleta y luego apagó la luz.

El tenue resplandor de las luces de la calle no era suficiente para revelar su figura. Enrique Arnaud era invisible en las tinieblas; y no hubo ninguna señal audible de su presencia, a excepción de un leve rumor que duró unos segundos.

La puerta de la habitación se abrió en silencio. La luz del vestíbulo se extinguió. Luego la puerta se cerró. Quedó tan sólo una densa negrura.

Enrique Arnaud se había convertido en el misterioso personaje conocido por La Sombra.

En el cuarto piso, Juez entró en una habitación. Pero apenas hubo cerrado la puerta cuando se le reunieron otros hombres.

Mayor, Carnicero y Hurón le habían estado esperando. Empezaron una conversación a media voz y viva. No existía posibilidad de que les oyesen, pues esta habitación hallábase situada en el centro de un departamento compuesto de varias piezas, y Juez entró por un pasillo corto e interior.

-¡Estupendo, Juez! ¡Lo has hecho estupendamente!-le felicitó Mayor-. Era imposible hacerlo mejor.

-Sabía que los conquistaría desde un principio-respondió Juez-. Vi cómo lo juzgabais. ¿Os gustó el apretón de manos con Bronlon, al final?

-Fue soberbio.

-Lo mejor de todo-interpuso Carnicero-, fue tu explicación de Bronlon y sus giros sobre Nueva York. Si te interrogasen al respecto, podrías repetir tus manifestaciones. Bronlon ofreció colocar dinero; eso es todo lo que dijiste.

-Desde luego-declaró Juez-. Vosotros sabéis que esta bonificación es lo único que nos ha preocupado. El inspector provincial de Banca nos ha dejado en paz porque nos ha visto nadar en la prosperidad.

"Asistió al banquete-hablé con él después-, y cogió el cebo mejor que los otros. Salió de la ciudad después del banquete. Está convencido y satisfecho.

-¡Por lo tanto todo marcha viento en popa!-exclamó Hurón.

-La bonificación-declaró Juez-, explicará todo lo que podamos tomar. Habrá beneficios después de esto, pero vamos a trabajar en un circulo. Será cuestión de esfumarnos después.

-¿Cómo piensas hacerlo, Juez?-preguntó Carnicero.

-Creo -respondió Juez-, que no pasará mucho tiempo sin que David Traver reciba la oferta de asumir la dirección de un importante Banco del Este. La oferta será tan atractiva que se verá obligado a presentar la dimisión, contra su voluntad, del cargo que ocupa en Middleton.

-¿Crees que puedes realizarlo por medio de Bronlon?-preguntó Mayor.

-Ciertamente-repuso Juez-. Entretanto, la expansión del Banco Regional, junto con la apertura de algunas sucursales que substituyan a las del Banco County Nacional, implicarán un desplazamiento de cajeros. Su partida será desapercibida.

-Esto tendrá un fin algún día-murmuró Carnicero, preocupado-. Esos números...

-Ciertamente-asintió Juez-. Pero transcurrirá mucho tiempo antes de que se descubra. Cuando llegue ese día, el sucesor de David Traver será la víctima. Vosotros sabéis lo que sucede con esos descubrimientos. Siempre atribuyen el hecho, como ocurrido en un tiempo más próximo del que realmente se perpetró.

-Exacto-asintió Mayor.

Hurón se movió intranquilo en su asiento. Miraba en dirección del corto pasillo que conducía a la puerta exterior.

Carnicero observó su acción.

-¿Qué sucede, Hurón?-inquirió.

-Me pareció ver algo-respondió el interpelado-. Parecía que brillaba algo en el pasillo.

-Demasiado contar billetes-declaró Carnicero, seriamente-. Se me han puesto los ojos saltones esta semana. Me parece que le está sucediendo lo mismo a Hurón.

Este sonrió al oír las palabras de Carnicero.

-Bien-dijo Juez, con calma-. Escuchad. La situación parece normal. Por tanto iniciaremos el transporte el sábado por la noche. Nos ocuparemos de la mayor parte entonces, quizá algo de ello el domingo. El resto puede esperar una semana.

-En caso de que se necesite entretanto-observó Mayor.

-Si-contestó Juez, con un movimiento de cabeza-. Diácono está preparado. Ha estado usando los ataúdes por las noches, desembarazándose de los viejos que puso a la venta. Ha vendido unos cuantos, lo cual es un milagro, con los precios altos que pide.

-Sí-observó Mayor-. Es extraño cómo un pequeño detalle como ese puede ocasionar un disgusto. Hablé de ello a Diácono la otra noche. Ha tenido que esquivar a un par de clientes. Creo que le quedan media docena, sin contar los vendidos a Bronlon, que no ha entregado aún.

-El rey Bronlon-declaró Juez, con una leve sonrisa-, piensa en el bienestar de sus súbditos, hasta el extremo de comprar ataúdes a precio de ganga, de forma que puedan adquirirlos a precio de costo, cuando mueran. ¡Ciertamente es el amo de esta región!

-¡Lo cual nos viene de perilla!-apostilló Mayor.

-Ahora esto está resuelto-continuó Juez, con el aire de un presidente de una reunión.

-¿Hay algunos otros asuntos de que tratar?

-Sí-observó Carnicero-. Mirad esto. Salió en la última edición de esta noche. Espero que no aparezca en los periódicos de la mañana.

Cogió un diario de una mesa situada en un rincón y señaló una noticia cerca de fondo de la primera página.

-Hum-murmuró Mayor-. La muchacha trata de darnos un disgusto.

Cogió el periódico de manos de Carnicero lo dobló cuidadosamente y señaló el encabezamiento:

NOVIO INOCENTE -Declara la señorita Delmar.

-Léelo-,sugirió Juez.

Mayor leyó:

"Declarando que Huberto Salisbury detenido por el asesinato de H. J. Wellington, es inocente de todo crimen. Marta Delmar anuncia que luchará en su defensa hasta el final. La muchacha, que ahora vive sola en la casa donde su padre murió, manifestó su propósito esta tarde.

"Las pruebas contra Huberto son circunstanciales-dijo la señorita Delmar-. La policía no ha realizado ningún esfuerzo para averiguar la verdad de la muerte. Si buscaran más pistas, quizá encontrarían la prueba de que Huberto es inocente."

"La señorita Delmar añadió que no puede explicar el suicidio de su padre. Declaró que ella estaba presente, mientras él escribía la carta encontrada en su escritorio, al lado del cadáver. En aquel momento, tenia un aire fatigado, según la muchacha.

"Además de estas manifestaciones, la señorita Delmar afirma que la policía se negó a que ella llamase en su ayuda a algún detective particular, en relación con el asesinato de Wellington. Está indignada al respecto.

"Abrigo la intención-declaró finalmente-, de seguir adelante esta investigación. Quiero descubrir al verdadero asesino. He dirigido una llamada a La Sombra, con la esperanza de que me ayude en esta labor, pero no he podido averiguar su paradero."

-¿La Sombra?-interrogó Carnicero-. ¿Quién es?

-Un sujeto que se supone que vive en Nueva York-repuso Mayor, con una risa breve-. Aseguran que conoce las costumbres y métodos de los gangsters y los combate con sus propias armas. La muchacha está loca de remate eso es todo. Seré mejor que espere a Los Reyes Magos y les mande una carta.

Hurón y Carnicero se echaron a reír también.

No obstante, Juez permaneció serio. -No es cosa de risa-afirmó-. La muchacha no presenta ninguna prueba, pero sigue una buena pista. No lo olvidéis. No debemos despreciar nada, por pequeño que sea, que pueda significar un peligro.

-Pero esas manifestaciones acerca de La Sombra-... protestó Mayor.

-Pueden resultar una realidad-cortó Juez, en tono serio-. No me sorprende que no hayáis oído hablar de La Sombra. ¡Pero yo sí! Ha intervenido en muchos hechos sensacionales durante estos últimos años, mientras vosotros estabais ausentes. Opera principalmente en Nueva York, pero su nombre sonó en relación con una batida ocurrida en Chicago. No obstante Middleton está muy lejos de Nueva York. No creo que hayamos de preocuparnos aquí...

De repente recordó su encuentro con Diácono en el “hall”. Metiendo una mano en el bolsillo, sacó un papel doblado. Los otros le observaron mientras lo desdoblaba y leía.

-Diácono me pasó esto-anunció-. Miradlo.

Entregó el papel a Mayor, quien lo retuvo de forma de que Hurón y Carnicero pudiesen leer lo escrito.

-Vigilad alerta a un individuo llamado Enrique Arnaud-eran las palabras-. Está alojado en el hotel Darthmore. Parece sospechoso. Le he viso dos veces y averigüé su nombre esta noche.

Hurón estaba tan interesado en echar un vistazo al mensaje de Diácono, que olvidó el oscuro pasillo junto a la puerta. Había estado mirando en esa dirección de vez en cuando.

De haber escrutado hacía allí ahora, habría visto la puerta abrirse poco a poco y luego cerrarse de nuevo. Pero la acción fue realizada en silencio y pasó desapercibida.

-¿Qué haremos al respecto?-inquirió Carnicero.

-Lo dejaré de cuenta de Mayor-respondió Juez-.Vosotros tres saldréis dentro de poco. Telefonea al hotel desde un teléfono público, Mayor. Pide el número del cuarto de Enrique Arnaud.

-Perfectamente-murmuró Mayor-. Saldré dentro de unos minutos.

-Esto es más tangible que La Sombra-declaró-Juez-. Diácono es astuto. Ve mucho pero habla poco. No puede actuar con libertad en estos momentos. Seria imprudente que él intentase investigar la personalidad de este Arnaud, y lo sabe.

Veinte minutos más tarde. Mayor entró en un establecimiento cercano al hotel y llamó. Sonrió al oír la respuesta del dependiente. Un minuto mas tarde encontró a Hurón y Carnicero, delante del establecimiento.

-No hay que preocuparse de ese individuo Arnaud-dijo-. Partió hace cosa de media hora. Tomó el autobús para coger el expreso. Sacó el billete. El dependiente dice que podría encontrársele en Cleveland. Ese es su destino.

Los tres hombres se separaron, pensando lo mismo. Diácono y Juez, aunque astutos, eran demasiado aprensivos. Diácono estaba preocupado por Enrique Arnaud; Juez, por La Sombra.

¿A santo de qué preocupado? Arnaud se había marchado de Middleton. La Sombra no se había presentado. Así razonaban los tres.

Se equivocaban. ¡Ni por asomo sospechaba que Enrique Arnaud y La Sombra eran una misma persona... que estaba en Middleton aquella noche!

CAPÍTULO XIII
LA SOMBRA HABLA

Era medianoche. Marta Delmar se encontraba sola en su linda habitación.

Reclinada en una butaca, trataba de leer un libro. El esfuerzo fue infructuoso. Dejó el libro a un lado y sus ojos recorrieron la mesa, donde había dos retratos.

Uno, era una fotografía de su padre; el otro, de su prometido. Rolando Delmar estaba muerto. Huberto Salisbury, se encontraba preso, esperando la vista de la causa, acusado de robo y asesinato.

El rostro de Marta estaba triste; pero al contemplar llorosa las fotografías, una expresión de reto se pintó en cu semblante.

Había sufrido mucho desde aquella trágica noche. Sus amistades la habían abandonado. Hasta sus parientes, primos lejanos, la habían olvidado. Los ricos de Middleton sufrieron un golpe por la quiebra del Banco County Nacional. En represalia, la habían desterrado de la sociedad.

Dos razones retenían a esta valerosa muchacha en Middleton. Una era el recuerdo de su padre; la fe ciega de que era inocente. El otro motivo era la situación de su novio, pues Huberto Salisbury no tenia ningún amigo, excepto ella.

Unos pensamientos llenos de amargura embargaban el ánimo de la muchacha. El más poderoso de todos, pues era el más reciente, era el recuerdo de su imprudencia al conceder una "interview" aquella tarde.

Un reportero la había incitado a manifestar su amargura, con el resultado de que toda la ciudad lo leería.

¿Por qué reveló sus más íntimos pensamientos? Se recriminó a sí misma por su equivocación. Pensó en su frenética llamada, en su declaración de que estaba anhelosa por llamar en su ayuda a La Sombra.

¡La Sombra! En su último viaje a Nueva York, Marta oyó hablar de ese misterioso personaje. Había oído su voz, por radio; pero como la mayoría de los radioescuchas, había supuesto que escuchaba a un actor.

Sin embargo el recuerdo de la voz le perseguía; y cuando la gente hablaba de La Sombra, ella escuchaba. Referían historias asombrosas del hombre misterioso, un personaje vestido de negro, tan tenebroso como la noche misma, que a las pistolas de los gangsters, oponía la espada de la justicia; y siempre triunfaba de las hordas del crimen.

Recordó una pequeña aventura en Nueva York. En las afueras de Greenwich, un hombre se le acercó y trató de arrebatarle la cartera. Sus gritos atrajeron a otro hombre que la protegió.

¡Si La Sombra estuviese en Middleton! Marta exhaló un suspiro al pensar en la posibilidad de que ocurriera tal cosa. La Sombra no podía estar en todas partes, aunque fuese un superhombre.

¿Cómo era posible esperar que fuese a Middleton, aunque reinase el crimen?

La labor del hombre de las tinieblas se desarrollaba en Nueva York.

Quizá el misterioso personaje escuchase su súplica, si llegase a sus oídos.

Pero aquel solitario párrafo, impreso tan sólo hacía unas horas no saldría de la región de Middleton. No haría más que ponerla en ridículo, en lugar de facilitarle la ayuda que anhelaba.

Exhaló de nuevo un profundo suspiro. Estaba muy fatigada: mas no podía dormir, debido a sus preocupaciones. Extinguió la luz de la lámpara de lectura y el aposento quedó envuelto en una semi oscuridad, no habiendo más que la luz de una lámpara en un rincón lejano.

Reclinó la cabeza en el respaldo de la butaca y volvió sus ojos entornados hacia la abierta puerta.

Sus ojos se dilataron y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Sin embargo, en aquel súbito desfallecimiento, no hizo el menor movimiento ni profirió el más leve grito.

De pie en el umbral había una elevada figura vestida de negro. Su larga capa flotaba pendiente de sus hombros. Un pliegue revelaba un trozo de su forro carmesí. Tenia la cabeza inclinada y el rostro invisible; pues llevaba un sombrero de ala ancha, echado sobre los ojos.

Sin embargo, Marta se imaginó ver los ojos ardientes. La muchacha se estremeció.

¿Quién era la extraña aparición?

De pronto tuvo una asombrosa revelación. Un hombre surgió en la mente de la muchacha. Fuese real este personaje, o un producto de su imaginación, sólo uno podría ser.

!La Sombra!

Los labios de la joven formaron, inconscientemente, el nombre fabuloso.

Sus pensamientos no escaparon a los ojos penetrantes que la observaban.

Una voz cuchicheada respondió. Surgió de debajo del sombrero de anchas alas.

-Sí. Yo soy La Sombra.

Marta exhaló un suspiro de alivio. La fantástica situación se tornó real. No sintió ningún temor. La presencia del hombre de las tinieblas le inspiró confianza. Conocía que había encontrado un amigo.

-He intentado buscarle-dijo ella, quedamente-, pero ignoraba su paradero.

-Se me encuentra donde me necesitan -respondió la voz sibilante.

-Necesito su ayuda-declaró Marta, con acento suplicante-. Lo necesito mucho. Usted sabe lo que ha sucedido en Middleton.

-Lo sé.

-¡El hombre que yo quiero-la voz de la muchacha se quebró-, está detenido, acusado de asesinato!

-Es inocente-fueron las palabras de La Sombra.

-Mi padre-continuó la joven-. Está muerto. Se suicidó.

-¡Fue asesinado!

La voz sosegada y enfática irguió a la muchacha en su asiento. Con ojos huraños hoscos, miró interrogante, hacia la figura vestida de negro enmarcada en el umbral.

Pausadamente, el hombre de las tinieblas avanzó hasta el centro del aposento, alto e imponente, los brazos cruzados.

-No debe temer oír la verdad-declaró en tono bajo y monótono-. No puedo cambiar el pasado. Puedo controlar el presente. Puedo variar el futuro.

Marta Delmar hizo un gesto de asentimiento.

-Su padre escribió una carta antes de morir-dijo La Sombra.

-Sí-repuso la muchacha-. Aquí la tengo.

-Enséñemela.

La muchacha se incorporó, No sentía ningún temor. La presencia de La Sombra era una realización de sus esperanzas. Fue a la mesa tocador, abrió el cajón y sacó una hoja de papel.

Volvióse y se aproximó a La Sombra. Estaba cara a cara del misterioso personaje cuando se detuvo en seco. No podía ver el rostro invisible.

Una mano enguantada de negro se alargó poco a poco. Cogió el papel de la mano de la muchacha. Ella vió el brillo de los ojos del hombre misterioso. Él devolvió el papel.

-Tengo una copia-declaró La Sombra-. Concuerda con el original.

-Lo escribió mi padre-susurró la muchacha-. Dicen que prueba su suicidio...

-¡Prueba que fue asesinado!-declaró la voz sibilante.

Marta Delmar se sentó en la butaca y miró el papel.

La Sombra habló y sus palabras fueron una respuesta a la pregunta que la muchacha formulaba en su mente.

-El primer párrafo-declaró La Sombra-, no está punteado. El segundo, sí. Sin embargo, el escrito demuestra cierto cuidado y método. Prueba que es tan sólo una parte del mensaje de su padre. Es la última página. La primera frase es la continuación de un párrafo que empezó en la página anterior.

Marta leyó las palabras:

"He pensado en el suicidio...

Comprendió al instante que La Sombra había descubierto el punto vital.

-Había al menos otra página-continuó el hombre misterio-. No se encontró más que ésta. Alguien se apoderó del resto del mensaje. Quería que la muerte apareciese como un suicidio... para encubrir el asesinato.

Marta asintió con un movimiento de cabeza. Cosa extraña, se había recobrado rápidamente de la impresión, que recibiera al saber que su padre fue asesinado. El pensamiento del suicidio la había herido en lo más hondo.

El hecho de que su padre había desechado la idea de suicidarse, le produjo un alivio.

-Se han cometido dos crímenes en Middleton-continuó La Sombra-. Los autores de la muerte de su padre son los que también asesinaron a Wellington y echaron la culpa a Huberto Salisbury.

La voz hizo una pausa, pensativa.

-Pero estos no son los únicos crímenes. El asesinato fue una cosa incidental al complot que se ha fraguado y desarrollado en esta ciudad. Estos criminales no han terminado su siniestra labor. ¡Yo frustraré sus planes!

La voz tenía un timbre siniestro. Hizo estremecer a la muchacha. Sin embargo, a pesar de lo fantástico de la escena, ella comprendía que La Sombra era un amigo. Esto desechó sus temores.

-Desenmascararé a esos criminales-anunció La Sombra, acentuando las palabras con énfasis sibilantes-. ¡Se conocerá la verdad y los inocentes no sufrirán!

La muchacha vió los ojos ardientes. Conoció que el brillo amenazador de aquellos ojos, significaba una sentencia para los enemigos de la justicia. Para ella, brillaban con una cordial amistad.

-Tenga paciencia-continuó el misterioso personaje-. La justicia prevalecerá.

La muchacha comprendió que La Sombra iba a marcharse. Le asaltó un súbito pánico, un miedo de que perdería su influencia protectora.

-¿Se marcha?...

-Si.

-¿Volverá?

-Sí.

Lentamente, La Sombra, se quitó el guante negro de la mano izquierda, revelando unos dedos largos y blancos.

Marta contempló atónita la resplandeciente gema que vio. Sus maravillosos colores tornadizos se reflejaban con claridad, aun la macilenta luz.

-Este girasol-explicó la voz espectral-, es el símbolo de La Sombra. Pocas personas han conocido jamás su significado. Usted es una de ellas.

"El que lleva esta piedra, que no tiene par, es La Sombra. No importa cuál sea su disfraz: el portador es La Sombra. No diga a nadie lo que le acabo de decir.

-Comprendo-murmuró Marta, casi sin aliento-. Lo recordaré. Nadie más lo sabrá.

Mientras la muchacha contemplaba la piedra preciosa, perdió noción de cuanto la rodeaba. El efecto de la fulgurante joya era hipnótico.

La figura fantasmal se fundió en la oscuridad. La mano blanca desapareció.

Tan sólo el tornadizo girasol, con sus destellos ultramarinos y carmesí, fulguraron ante sus ojos.

La impresión iba desvaneciéndose. La magnífica gema iba desapareciendo.

La muchacha alargó la mano para cogerla. Sus manos se cerraron sobre el espacio.

Marta miró a su alrededor. Hallábase sola en el cuarto. Sus ojos retenían la impresión de los colores cambiables, e imaginóse que La Sombra permanecía aún allí.

Todo ello era un sueño. Tan sólo el papel que conservaba en la mano quedaba cómo prueba de la presencia de La Sombra. ¿Se imaginó, acaso, la singular conversación que había sostenido?

Era posible que tal fuese el caso; sin embargo, no podía desechar la impresión de realidad.

Estaba segura de la presencia de La Sombra en el cuarto. Creía que la auxiliaría. Estaba convencida de que el personaje misterioso volvería; que pronto tornaría a ver la mística gema que indicaba su identidad.

Los cuidados y preocupaciones parecieronle remotos. Por primera vez desde que sucedió la tragedia que tan rápidamente descargara sobre su vida, Marta Delmar sintióse tranquila.

Se sentía fatigada, demasiado cansada para pensar en nada hasta la mañana.

Apoderóse de ella un cansancio confortable cuando se dirigía a la cama.

Cinco minutos después dormía profundamente.

La Sombra, el misterioso personaje de las tinieblas, había hablado. Se había marchado. Su presencia infundió nuevas esperanzas en a la infeliz muchacha.

CAPÍTULO XIV
LA SOMBRA AVERIGUA

Aunque el Banco County Nacional había terminado su carrera como establecimiento bancario, todavía se trabajaba en las oficinas. En verdad, esta noche en particular, los empleados habían estado trabajando hasta cerca de medianoche.

Ahora no quedaba más que el vigilante, cumpliendo su habitual cometido.

Había pocas probabilidades de que alguien entrase en ese Banco difunto, y la manera lenta y metódica con que el vigilante ejecutaba su trabajo indicaba que era una pura rutina.

A regular altura había un balcón que se prolongaba alrededor del borde exterior de la sala principal. Allí trabajaban los empleados. Una hilera de máquinas calculadoras, testimoniaban la cantidad de personal que en un tiempo trabajara allí. Una puerta pesada y enrejada cerraba la parte superior de la escalera junto al balcón.

Apenas se había extinguido el rumor de las pisadas del vigilante, cuando pareció una lucecita sobre el balcón. La lucecilla brillaba cerca de un rincón e indicaba que alguien había penetrado por una de las ventanas del balcón, que daban a una estrecha callejuela situada en la parte lateral del banco.

El balcón entero estaba enrejado; y en la parte superior del enrejado había una serie de travesaños. La luz ascendía a lo largo del enrejado. Apagóse cuando una figura invisible se escurrió entre dos vigas travesaños.

Luego el invisible merodeador descendió por el enrejado, hasta quedar suspendido por encima del suelo de la sala del Banco.

Resonó un rumor sordo cuando la invisible figura descendió ligeramente del balcón. La luz reapareció un instante; luego, desvanecióse.

¡La Sombra estaba en el Banco County Nacional!

La única señal de la presencia del personaje misterioso, era el ocasional titilar de la luz que aparecía inesperadamente en diversos lugares. Ni los oídos más agudos habrían podido seguir los pasos del hombre de las tinieblas.

Su luz apareció en el despachito donde Huberto Salisbury hablara a Wellington. Se enfocó sobre todo el subterráneo y la mano enguantada de negro de La Sombra surgió delante de ella. Todo el suelo fue sometido a un minucioso examen.

El vigilante, continuando su ronda, no oyó nada que llamase su atención. Al acercarse, la luz se extinguió y la vasta sala quedó sumida en un silencio profundo.

Al fin, la luz reapareció escaleras abajo. Luego, describió una parábola y finalmente se posó sobre el lugar mismo, donde Wellington fue encontrado muerto. La luz recorrió las paredes.

Cuando reapareció de nuevo, estaba arriba otra vez, en el despacho de Salisbury. Allí, bajo un circulo diminuto de luz, una mano, ya sin guantes, surgió y empezó a escribir.

"Huberto Salisbury-historia verídica. "Wellington sospechaba la verdad, pero no la sabia aún. Unos ladrones muy prudentes entraron en el Banco. La cámara acorazada presenta señales de haberse abierto de una manera experta.

"El cajón del escritorio de Salisbury fue abierto con una llave especial. Evidentemente se substrajo el revólver como medida de precaución.

"La única posible salida es por la sala de abajo. El hombre entró, escuchó la conversación que sostenían S. y W. Cometió el asesinato. Dejó la pistola.

El papel desapareció. La luz se extinguió. Un leve rumor anunció que La Sombra salía del despachito. De nuevo su linterna sorda iluminó la sala del fondo de los sótanos. Allí, inició un detenido examen del suelo.

Tan claramente como si el cadáver de Wellington hubiese estado allí tendido, La Sombra se imaginó la escena cuando el detective murió. Su linterna eléctrica culebreó a lo largo del polvoriento suelo, buscando huellas invisibles.

Dirigió el haz luminoso por el costado de la sala, donde el enrejado del compartimiento de la cámara acorazada formaba ángulo con la pared misma.

Allí se posó sobre un entrepaño suave y sólido.

Era el lugar que La Sombra buscaba. Las otras porciones de la pared eran iguales; pero aquí, un ancho entrepaño estaba dividido en dos por la ultima barra vertical del enrejado.

La luz de La Sombra estaba en el suelo y a lo largo de la pared. La mano, enguantada ahora, dio unos golpecitos sobre el entrepaño. Buscaba algún mecanismo oculto. No encontró más que la superficie sólida.

La luz se extinguió. La Sombra meditaba en medio de una oscuridad densa.

Su intuición le decía que debía haber alguna entrada ahí.

Wellington lo insinuó, según declaró Salisbury, pero la policía ridiculizó la sugerencia. Los detectives examinaron los sótanos pero ni siquiera sospecharon que hubiese nada anormal.

La Sombra estaba seguro de que había algo al otro lado de aquella pared.

Estaba considerando una posibilidad. ¿Era posible qué la única manera de atravesar esta barrera, estuviera al otro lado?

Era una posibilidad plausible. No existiendo ningún medio de operar desde este cuarto, nadie podía descubrir la entrada secreta. Mas ello constituía una desventaja. Significaba que si alguien entrase y cerrase la entrada tras sí, no podría salir.

Una risa suave y sobrenatural resonó en la oscuridad. La luz de La Sombra se proyectó sobre el liso entrepaño; luego se volvió y se enfocó sobre los piquetes verticales de la barrera metálica. Estaban divididos por una barra horizontal en el centro.

La mano enguantada de negro asió ambos postes inferiores, empezando con la pared y tirando. Al cabo de un rato, retrocedió a lo largo de la fila superior.

Estas barras verticales eran de forma cuadrada. Una, en ángulo recto, se torció un poco bajo la potente presión. Unos ojos invisibles observaron que la porción inferior del poste, debajo de la barandilla horizontal, no respondía a la torsión.

¡La barra constaba de dos secciones!

Cuidadosamente, la mano de La Sombra probó la porción inferior. No se torció ni se movió hacia arriba ni hacia abajo. Entonces la mano volvió a la porción superior y la dobló de modo que cuadró exactamente con la inferior.

La mano asió el poste inferior y lo empujó hacia arriba. La porción inferior ascendió. La parte inferior del poste superior estaba hueco. Algo mayor, no lo suficiente para que el ojo lo observara, ¡permitía la recepción del poste inferior!

¡Lo que parecía una barra sólida era en realidad dos secciones!

La superior debía ajustarse para que la inferior funcionase. La Sombra había descubierto el secreto. Su acción, el breve golpe hacia, arriba, hizo funcionar un mecanismo de la barra gruesa y horizontal.

¡El entrepaño del lado cercano del enrejado osciló hacia dentro, desde el fondo!

Estaba suspendido de un gozne en la parte superior. Encajaba de manera tan perfecta que ni siquiera una finísima hoja, habría penetrado entre los bordes de la puerta secreta. La barrera se abrió ahora.

La Sombra colocó las manos encima y tiró hacia arriba. No era más que una delgada revestidura metálica.

Tras el entrepaño, La Sombra descubrió una sólida pared de piedra. Esta barrera no quería moverse. La luz de La Sombra escudriñó por todas partes.

Debajo de la capa, sacó una larga y finísima hoja de acero. Relució cuando la mano la introdujo en una rendija entre el entrepaño siguiente y la barrera de piedra. La hoja se dobló cuando la mano la utilizó para sondar el delgado espacio.

Sonó un chasquido. La barrera de piedra cedió a la presión. Retrocedió. La Sombra se encontró en un pequeño compartimiento. Halló una proyección en el lado interior del oscilante entrepaño y lo cerró.

Los centelleantes ojos observaron una barra metálica, que correspondía al poste especial del enrejado del cuarto exterior. La luz de La Sombra reveló un pasillo. Atravesó la barrera de piedra y, empujándola, la cerró.

Descubrió entonces la especie de picaporte que su hoja levantó. Ahora veíase claramente la forma de entrar.

El pasillo había sido construido en los cimientos del edificio. Su sólida pared de piedra tenia una sección movible, que podía ser echada hacia atrás en una especie de rail. En su sitio, puesta la barra del cierre, esta porción de la pared era inmovible.

Aunque hubiesen quitado los entrepaños metálicos de la habitación del Banco, no habrían descubierto ninguna prueba de la forma que funcionaba la pared de piedra.

Era un mecanismo ingenioso y sin embargo, sencillísimo, por haber sido construido en los cimientos.

¿Adónde conducía el pasillo?

La Sombra avanzó en línea recta a través de la oscuridad y penetró en una verdadera catacumba hueca, en la base misma del edificio que formaba esa moderna manzana de la ciudad.

El pasillo terminaba en una barrera de piedra, a muchos metros de la puerta secreta que conducía al Banco County Nacional.

Aquí, La Sombra, envuelto en una completa oscuridad, encontró una porción de la pared de piedra un poco hundida. Sus manos, palpando de un lado a otro, descubrieron un resorte que hacia funcionar a otra puerta secreta.

Cautelosamente se escurrió por la abertura. Aguardó en silencio unos minutos y luego proyectó los rayos luminosos de su linterna eléctrica.

Encontrábase en los sótanos del establecimiento de pompas fúnebres de Middleton, en una habitación que pudo servir de almacén o de depósito provisional. Junto a las paredes de la habitación veíanse montones de ataúdes.

Una puerta corrediza situada en la pared extrema, indicaba una entrada a otra habitación.

La figura fantasmal soltó una carcajada. El sonido que surgió de sus labios invisibles, llenó el aire de un estremecimiento convulsivo, que se ahogó entre las paredes pétreas de aquella sala.

La Sombra se marchó usando el mismo camino por donde había llegado.

Una vez más su luz escrutadora brilló a través del pasillo. Se detuvo a mitad del corredor. Allí encontró otra porción de la pared, que tenía todas las características de una salida secreta.

El hombre vestido de negro hizo que la pared retrocediera. Descubrió una puerta secreta similar, a la que usara en su primera entrada a la extraña catacumba. Oprimió una palanca y entró, cerrando cuidadosamente la abertura tras sí.

Su linterna sorda le reveló que había llegado a una habitación subterránea del Banco Regional. La habitación era similar a la del Banco County Nacional.

Mas aquí no había ningún enrejado. El costado de un umbral formaba el borde de una puerta secreta y la aguda inspección de La Sombra pronto descubrió que el marco superior del umbral se movía hacia la izquierda, permitiendo que la porción derecha ascendiese, descubriendo de este modo la puerta secreta.

Conociendo esto, La Sombra extinguió su lámpara eléctrica y ascendió silenciosamente la escalera. No había ningún vigilante rondando por la sala del Banco. Seguro de no ser interrumpido, sacó una bolsa de herramientas de su capa.

Empezó a trabajar en la cámara acorazada. Pronto le pareció descubrir ciertas peculiaridades de su construcción. No tardó mucho en terminar su labor. La cámara acorazada se abrió y La Sombra entró.

La diminuta lámpara de bolsillo, culebreando de un lado a otro, mostró claramente que Juez no exageró los recursos del Banco Regional.

Enormes cantidades de billetes de toda clase de valores, veíanse amontonados ordenadamente.

El hombre misterioso empezó un examen detallado. En ocasiones, su luz se extinguía y él permanecía inmóvil y silencioso en la caverna de paredes de acero. Luego reanudaba su inspección.

En un compartimiento de la cámara, descubrió unos montones de billetes flamantes. Cogió un paquete y se lo metió bajo la capa. Luego enfocó su atención sobre otro lugar, donde había billetes más viejos amontonados.

Descubrió allí unos cuantos billetes de mil dólares. Cogió algunos y agregó otros de quinientos. Completando la substracción con billetes de cien, formó un total de treinta mil dólares.

Sobre el resto del montón, depositó tres billetes que sacó de su bolsillo, de diez mil dólares cada uno.

Una carcajada áspera resonó dentro de la cámara y las paredes metálicas devolvieron el sonido, como si ellas también rieran. La figura espectral cerró con suavidad la puerta de la cámara.

Centenares de miles de dólares habían estado a su disposición, si el hombre misterioso hubiese querido robar la cámara. Tomó tan sólo una pequeña cantidad de billetes nuevos, una cantidad insignificante.

Pero había aprovechado la oportunidad, para proveerse de cambio de los treinta mil dólares que dejó en la cámara.

Quedaba por ejecutar otra operación. En el dorso de un impreso de depósito, escribió un breve mensaje, utilizando una pluma estilográfica. Colocó la hoja escrita en un sobre y acercándose a la ventanilla de un cajero, depositó el sobre en un lugar visible.

La risa suave de La Sombra resonó sibilante, cuando el misterioso personaje volvió la puerta secreta de la habitación de los sótanos. La abrió y de nuevo llegó al pasillo subterráneo.

Dirigió sus pasos hacia el establecimiento de pompas fúnebres.

Al llegar a los sótanos, cruzó la puerta exterior y ascendió con sigilo la escalera hasta encontrarse en la silenciosa oscuridad del establecimiento. Allí observó un pasillo que conducía a una puerta trasera.

Esta aparecía cerrada con llave, con dos cerraduras. La Sombra, con la ayuda de una llave de forma extraña, no sólo abrió, sino que cerró la puerta desde el exterior, después de haber salido a la callejuela.

Se encontró en un callejón sin salida donde podían cargar los camiones y los ataúdes. La callejuela estaba envuelta en las tinieblas y desierta. La figura de La Sombra era invisible cuando se dirigía hacia la calle.

La Sombra había descubierto esa noche los secretos de la extraña actuación de cinco hombres, de los Cinco Camaleones.

Actuó cautamente. Podía haberse marchado sin dejar rastro de su visita. Sin embargo, quiso dejar sus huellas. Había tomado un paquete de billetes, un paquete que tenía una etiqueta.

Había dejado billetes de mayor valor, en lugar de los menores. Había depositado un sobre sellado donde sabía que lo encontrarían.

¿Cuál era el propósito de estas acciones?

!Tan sólo La Sombra lo sabia!

CAPÍTULO XV
JUEZ DA ORDENES

Era sábado por la mañana. El trabajo se desarrollaba tranquilamente en el Banco Regional. Juez, en su lujosa oficina, leía reposadamente el relato de la prensa del gran banquete de la noche anterior.

Mayor entró en el despacho y Juez levantó la vista. Mauricio Exton, cajero sonrió a David Traver, director. Mayor cerró la puerta tras sí. Los dos hombres estaban donde nadie podía oír su conversación.

-Todavía estás leyendo los titulares ¿eh?-preguntó Mayor-. Magnífica operación.

-Estoy tan interesado en las noticias que no aparecen-repuso Juez-, como en las que se publican. No tenían más espacio que para reseñar el banquete. Las manifestaciones de Marta Delmar no han sido recogidas por la prensa de la mañana.

-Magnifico.

-Estabilidad-sonrió Juez-. Ha sido la nota característica hoy. He estado observando a los clientes. Has estado más atareado que Hurón o Carnicero.

-El negocio marcha viento en popa, Juez. El dinero sale y los valores entran.

-Si-murmuró Juez, pensativo-. Excelente. Has actuado a la perfección, Mayor.

-Todos han sido préstamos a corto plazo-declaró Mayor-. Les facilito más de lo que piden. La mayor, de los que solicitan dinero sufrieron con la quiebra del County Nacional. No podrán hacer frente a los vencimientos.

-Podremos disponer de una gran cantidad de valores -asintió Juez-. Creo que te mandaré a Chicago. Mayor, cuando llegue el momento. Convierte los valores, las obligaciones y acciones en billetes. Luego tráelos aquí.

-Recoger los viejos y darle salida a los nuevos -sonrió Mayor.

-Exacto-añadió Juez-. Así podremos pasar el periodo de espera... en la dirección de ese Banco de Nueva York.

-Es una verdad maravillosa-observó Mayor-. Un golpe maestro para crearse una reputación sólida. Una idea estupenda... que ha dado un gran resultado.

Juez movió la cabeza en señal afirmativa al tiempo que miraba por la valla de cristal. Vió a cuatro hombres que entraban en el Banco. Eran individuos robustos, armados de revólveres que llevaban enfundados, al cinto.

-La policía especial de Bronlon-observó Juez-. Viene a buscar el dinero del pago semanal y el de la bonificación. El coche blindado está afuera. Es trabajo tuyo, Mayor.

Esta operación, realizada en un sábado, era de enorme volumen. La nomina de los salarios semanales de Bronlon era cosa de unos cien mil dólares, incluyendo salarios de establecimientos menores dependientes del gran financiero.

El coche blindado había ido la semana anterior y llevándose el dinero para el pago de los jornales. Ahora se llevaba el dinero de la bonificación, también.

En conjunto, cerca de medio millón de dólares saldría custodiado por aquellos hombres fornidos.

Sin embargo, esta operación era una simple cuestión de rutina. Montones de billetes flamantes estaban preparados en la cámara acorazada. Sólo faltaba un recuento final. Juez volvió a la lectura de su periódico.

Cuando los hombres de Bronlon se hubieren marchado, Mayor reapareció en la oficina de Juez. Tenia un aire preocupado.

Juez dirigió una mirada interrogante a su subordinado.

-¿Que sucede? -le preguntó.

-Faltan quinientos dólares-comunicó su compinche, en tono serio-. No acierto a comprenderlo. Lo completé con otro paquete de billetes. Me tiene preocupado.

-Probablemente hubo alguna equivocación ayer.

-No es posible. Yo no me equivoco. El dinero de Bronlon estaba preparado; tenía los paquetes ordenados por números. ¡Falta uno del medio!

Juez se encogió de hombros.

-Puedes arreglarlo, Mayor- dijo-. Lo has llevado perfectamente hasta ahora.

-Lo sé-repuso Mayor-. Por eso no me gusta. En cuanto cerremos, voy a repasarlo todo. Si encuentro ese paquete mezclado con el otro dinero, puedo corregir las cifras. Pero vuelvo a repetirte que no me agrada ni pizca esto.

-Una pequeña alteración no nos perjudicará mucho -sonrió Juez.

-Desde luego-declaró Mayor-. Pero no me gusta. No me preocupa la cantidad; es el hecho lo que me molesta. Cinco dólares, quinientos o cinco mil, es igual.

-Repasaré los paquetes contigo-dijo Juez-. Este es el recuento final. Esta noche y mañana por la noche cambiaran las cosas. Desde entonces en adelante, tu trabajo será fácil.

-Sí, el lunes nos encontraremos donde queremos estar.

Mayor salió y Juez se ocupó de otros asuntos. Dieron las doce. El Banco se cerró. Juez esperó un rato en su despacho; luego se levantó y fue en busca de Mayor.

Lo encontró en la puerta y Mayor lo hizo entrar en la oficina.

-¡Mira esto! -exclamó en voz baja-. ¡Mira, Juez, mira!

Puso tres billetes en la mano de su compañero.

Este los contempló pasmado de asombro.

¡Eran tres billetes de diez mil dólares!

-¿Dónde los has encontrado? -inquirió juez, inquieto.

-Con los billetes grandes-declaró Mayor-. Estaba revisando ese error de quinientos dólares. Busqué entre los billetes mayores, primero, para asegurarme de que el paquete no estaba allí. ¡Por poco me desmayé al ver estos billetes!

-¿Hay déficit o un sobrante?

-No. La cuenta sale bien. Pero ignoraba que hubiese un billete de estos en Middleton, a menos que lo tuviese Bronlon. Treinta mil dólares, en tres billetes legítimos. ¡Tres, Juez! Esto es lo que asombra. Un billete de diez mil dólares que entrase recibido por Hurón o Carnicero, llegaría a nuestro conocimiento inmediatamente. Dime ¿cómo entraron estos billetes con los otros?

Juez movió la cabeza en señal de perplejidad.

-Podemos usarlos -dijo-. Pero estoy de acuerdo contigo en que tiene un cariz sospechoso. Calma, Mayor. Sal y trae a Hurón y a Carnicero. Celebraremos una pequeña conferencia. El Banco ha cerrado las puertas y los empleados no verán nada extraño en ello.

Mayor asintió con la cabeza y salió. Habló a Carnicero quien se preparó a visitar la oficina del director. Luego Hurón recibió las mismas instrucciones.

Hurón asintió y esperó tranquilamente en su puesto, sin prisa en obedecer la orden.

Mientras estaba allí, el hombrecillo observó un sobre en el suelo, junto a su taburete. Lo recogió y vio que estaba sellado. Empezó a abrir el sobre cuando se dirigía al despacho de Juez.

Entró y se reunió con las otros tres compañeros. Se detuvo en seco al observar los tres billetes encima de la mesa de juez.

-¡De diez mil dólares!-exclamó-. ¿De donde han venido, Juez?

-Por la ventanilla de un cajero-respondió su compañero, en tono serio-. Carnicero no sabe nada de ellos. Es evidente que tú tampoco los has visto antes.

-¡Caray! -murmuró Hurón-. Si me hubiesen entregado uno de éstos...

Sacudió la cabeza y señaló a Mayor, indicando que un cajero se habría enterado al instante.

-No lo entiendo-declaró Mayor-. La única explicación que se me ocurre es que alguien entró en la cámara acorazada... anoche...

-¡No seas absurdo!-repuso Juez-. Si alguien hubiese entrado, habrían desaparecido más de quinientos dólares. Los ladrones no suelen violentar las cámaras para dejar billetes de diez mil dólares.

Los tres hombres permanecieron silenciosos, desconcertados.

Juez sonrió de una manera tranquilizadora.

-No os preocupéis-dijo-. Esto significa que no seria prudente esperar más. Esta noche vendréis todos. Terminaremos la operación. No esperemos al domingo. Todo ha de salir. Tú te encuentras con Diácono, Mayor. Explícale lo sucedido. Hurón y Carnicero llegarán más tarde.

-Hay que sacarlo todo -murmuró Mayor.

-Todo, menos los valores-corrigió Juez-. Estos esperarán. Todavía nos queda un sobrante respetable-agregó, sonriendo, Juez.

Hurón, perdiendo interés en el giro de la conversación, miró el sobre que tenía en la mano. Lo abrió y sacó el papel doblado. Lo desdobló y miró lo escrito. En una letra clara, el mensaje decía:

"Empezaste demasiado pronto. Deberías haber olvidado a Daniel Antrim. Tu error no tiene arreglo. Los planes están destinados al fracaso. La Sombra está informado".

Una exclamación de sobresalto se escapó de los labios de Hurón.

Comprendió al instante su error. Los otros le miraban con fijeza.

El hombrecillo, alarmado, hizo un movimiento para romper el papel. Mas, al apartarse, Mayor alargó una mano y se lo arrebató. Su compinche retuvo un momento el papel en la mano; luego se lo pasó á Juez, mientras seguía observando a Hurón.

-Escucha, Juez-empezó Hurón, desviando el rostro de la mirada penetrante de Mayor-. Permíteme decirte...

Se inclinó para señalar el papel, con el objeto de dar una explicación de los hechos mencionados por escrito. Las palabras que Hurón se ahogaron de repente en sus labios. La hoja que Juez contemplaba estaba en blanco.

-¿Qué significa esto? -interrogó el jefe, con aspereza-. Mira esto, Mayor; tú también, Carnicero. No hay nada escrito. Confiesa, Hurón. ¿Qué te sucede?

La astucia le sirvió al hombrecillo en esta ocasión. No comprendía por qué había desaparecido lo escrito. Pero el hecho le vino de perilla.

-Había algo escrito en él, Juez-declaró-. Había algunas palabras en ese pedazo de papel...

-¿Qué decían? -instó Juez, en tono severo.

-Algo así como esto-repuso Hurón, como si recordase las palabras-:¡Todos tus planes fracasarán, La Sombra está informado!" ¡Eso es lo que decía, Juez!

La sinceridad del tono de Hurón era evidente.

El ceño de Mayor desapareció. Los cuatro hablaron de La Sombra la noche anterior. Sin embargo Hurón no podía haber mencionado ese nombre espoleado por la situación.

Juez, Mayor y Carnicero pensaron lo mismo. Sabían que los tres se habrían sobresaltado, si hubiesen leído las palabras que Hurón había repetido en voz alta.

Juez miraba el papel a la luz. El hombrecillo se alarmó momentáneamente.

Pero la inspección de Juez no dio ningún resultado. No quedaba ningún vestigio de lo escrito. Juez puso el papel encima del escritorio y miró a sus compañeros.

-Existe la posibilidad-declaró-, de que alguno de nuestro grupo tenga el plan de traicionar al resto de nosotros. Existe siempre esa posibilidad pero no lo creo probable. Todos vosotros os arriesgáis a perderlo todo y a no ganar nada. Hay empresas en las cuales uno puede beneficiarse a costa de los demás. Esta partida no es de esa clase. Hay Cinco Camaleones... ¡y bastantes beneficios para cincuenta!

Todos asintieron con un gesto.

-¿Dónde encontraste ese papel, Hurón?

-En este sobre -fue la respuesta-. En el suelo, junto a mi taburete.

Juez examinó cuidadosamente el sobre. Lo colocó junto al papel en blanco.

-A menos que te hayas vuelto loco, Hurón-dijo-, esta nota es significativa. Anuncia que nos ronda una amenaza. Significa que alguien ha entrado aquí.

-¿Crees que sabe mucho?-inquirió Mayor, con ansiedad.

-Muy poco-repuso Juez, con prudencia-. Si supiese demasiado, no se revelaría a sí mismo. Quiere hacer aparecer que está más enterado. Ha intentado sondear a Hurón. Tiene mucho que averiguar.

"No obstante-continuó-, podemos esperar algún peligro esta noche. Estad preparados. Aseguraos, cuando vengáis, de que no hay nadie oculto aquí. Tomad todas las precauciones. Advierte a Diácono, Mayor.

Tras una pausa, siguió:

-Estaré en casa de Bronlon. Confío en vosotros tres y en Diácono. Si alguno de vosotros sospecha algo, avisadme antes de que sea tarde. Me parece adivinar el objetivo de esa nota. Alguien-el que se llama La Sombra-quiere molestarnos.

-Me ha preocupado a mí-declaró Mayor-. Me ha hecho pensar. Voy a hablar con franqueza. No acuso a Hurón de traidor. Pienso que sólo ha cometido alguna pifia. !Si es así, que hable ahora!

En los ojos del hombrecillo apareció una expresión de astucia.

-Escucha, Juez-dijo-, yo lo veo diferente. No hay más que cinco de nosotros que conocen nuestra empresa. Perfectamente. Recibo una nota extraña. Me sorprendió. Lo visteis cuando la leí. Juro que leí lo que os he dicho.

Hizo una pausa y continuó:

-¿Quién mandó esa nota? Pues bien, si queréis saber lo que opino, os lo diré. Hay cuatro personas que podrían haberla dejado donde la encontré. No acuso a nadie. Simplemente expongo lo que podría ser.

Juez, sentado con las manos cruzadas, hizo un gesto de asentimiento.

Estudió a Hurón atentamente; luego clavó la vista en Mayor. Finalmente dirigió una mirada a Carnicero. Después enarcó las cejas y todos sabían que pensaba en Diácono. Al fin habló:

-Veo el objetivo. Ha dado resultado. En consecuencia terminemos. Ya Mayor sospecha de Hurón. A su vez, Hurón sospecha de algún otro, quizá de Mayor. Carnicero y yo no hemos dicho nada. Pero también nosotros formulamos preguntas.

Tras una pausa momentánea, prosiguió:

-Ya veis el peligro que se ha creado. Somos Cinco Camaleones, que han trabajado como uno. Nadie puede frustrar nuestros planes, excepto nosotros mismos. La disensión y la desconfianza pueden llevarnos a la ruina. ¿Vamos a permitir que suceda semejante cosa?

-¡De ninguna manera!-exclamó Mayor-. Has expuesto con acierto la situación. ¡Chócala, Hurón!

Mayor tendió su firme mano por encima de la mesa y Hurón la aceptó con una sonrisa.

Carnicero aprobaba con la cabeza. Todas las sospechas se habían desvanecido. Juez sonreía en aprobación.

-Venid temprano esta noche-les dijo-. Depende de vosotros tres... y de Diácono. Olvidad todo lo demás. Trabajad juntos.

Los tres movieron la cabeza en señal de asentimiento.

Juez los despidió con un gesto. La tensión había terminado. Podía existir algún peligro para alguna persona desconocida, pero ellos estaban preparados para cualquier contingencia.

Una vez que hubieron salido los tres compañeros, Juez se sentó y se puso a pensar, con las manos cruzadas, en la labor de la noche.

Pensaba en La Sombra. Pues Juez, el más astuto de los Cinco Camaleones, que se había adaptado a unas circunstancias extraordinarias, reconocía que el misterioso personaje era un enemigo real.

Sentado en su despacho particular, la imagen perfecta de un director de Banco, Juez analizaba con la inteligencia de un super criminal.

¿Qué sabia La Sombra? No importaba cuánto conocía. Si su conocimiento era suficiente para utilizarlo aquella noche, no podía hacer más que una cosa.

Los ojos de Juez recorrieron el suelo de la sala del Banco. Estudió la puerta, las ventanas, las oficinas y la cámara acorazada. Su rostro se iluminó y sus delgados labios dibujaron una sonrisa.

Había oído hablar de La Sombra, el as que trabajaba solo. Juez, también, era un hombre que trabajaba solo. Los otros cuatro eran sus instrumentos.

La Sombra estaba dispuesto a probar su habilidad contra cinco. ¡Que lo probara esta noche!

Pues estos Cinco Camaleones no eran cinco de la misma categoría. En realidad, eran cuatro y uno.

Los otros eran los cuatro. Juez era el uno.

La Sombra y Juez. ¡Uno contra uno!

¡Pero Juez tendría cuatro ayudantes!

CAPÍTULO XVI
LOS CUATRO SE PREPARAN

Mayor y Diácono estaban juntos. De pie en la melancólica habitación que servia de deposito de ataúdes y de almacén, conversaban a media voz discutiendo los planes de la noche.

Eran una pareja singular. Verdaderos Camaleones los dos. Mayor tenía el porte de un oficial del ejército. Desempeñaba el papel de cajero de Banco a la perfección. Podía conducirse con distinción en cualquier sociedad.

Diacono poseía un espíritu de adaptación distinto. Su habitual aire solemne era una parte de él. Su aire de pastor protestante, su sombría personalidad, le permitían quedar inmune de toda sospecha.

Representaba su actual papel a la perfección. Era el mejor empresario de pompas fúnebres que había tenido la ciudad de Middleton.

Aunque la aguda inteligencia y personalidad de Juez se destacaba por encima de estos hombres, Diácono y Mayor, en combinación, eran virtualmente el igual de su jefe. Lo que le faltaba a uno, lo poseía el otro.

Si Carnicero dependía de la bravata y el valor y Hurón de la intuición, Diácono y Mayor sobresalían en cuanto a recursos y fría deliberación. Eran los que proyectaron el perfecto asesinato achacado a Huberto Salisbury.

Hurón y Carnicero habían eliminado eficientemente a Rolando Delmar; pero Hurón tuvo suerte y habría logrado realizar el crimen sin la colaboración de Carnicero.

Al comparar ambas operaciones, Mayor y Diácono pensaron que poseían una evidente superioridad sobre los dos Camaleones menores.

Hallábanse alumbrados por una luz macilenta en los sótanos del establecimiento funerario. Diacono, cruzado de brazos; Mayor, de espaldas a un montón de ataúdes nuevos.

Diacono escuchaba atento la versión de su compañero mayor sobre la cuestión de la nota recibida por su compañero.

-Hurón es de confianza-declaró Mayor-. La cuestión es: ¿nos dijo todo lo que leyó en la nota? Es inútil volver a discutir el asunto. Pero me gustaría conocer tu opinión, Diacono.

Este quedó pensativo unos momentos. Luego habló en un tono monótono.

-Juez tiene razón-respondió-. La Sombra-quienquiera que sea-escogió a Hurón por considerarlo el más susceptible del equipo. Pero Juez olvidó un punto importante; y esto me hace coincidir contigo: que Hurón leyó algo que no ha mencionado.

-Oigamos lo que piensas, Diácono.

-Me parece que está muy claro. Esa nota fue colocada en el puesto de Hurón. La Sombra esperaba que la encontrara ahí, y abriese el sobre cuando estuviese solo. Cuando el mensaje se desvaneció, Hurón estaría perplejo.

Tras una pausa, prosiguió:

-Entonces no diría nada, pero actuaría a deseos de La Sombra. Se formaría la opinión que, él mismo confesó. Sospecharía que uno de nosotros-probablemente tú- había puesto el mensaje allí. Eso significaría que uno de nosotros -Hurón estaría alerta, desconfiando y temiendo una traición.

-Esa explicación me parece razonable, Diácono.

-Pero es evidente que La Sombra quería que Hurón se lo callase. Esto confirma tu idea, Mayor. Había algo en aquel mensaje que Hurón se ha callado.

-¿Crees que sería capaz de traicionarnos?-...

-Calma, Mayor-cortó Diácono, untuoso-. Estás cayendo en el lazo de La Sombra. Hurón no sería capaz de traicionarnos. No podría hacerlo. Pero seguramente ha hecho algo... y por eso sospechó de ti.

-Te dijo...

-No me dijo nada. Pero recuerdo el día que llegamos a Nueva York. Dijiste que no tuvo en cuenta tu consejo.

-¡Comprendo!-exclamó Mayor, admirado-. Cree que yo estoy enterado y trato de sonsacarlo.

-La verdad es que con toda probabilidad, hizo alguna operación en Nueva York, la noche que estuvo allí. La Sombra recogió la pista. Encontró que trabajaba en el Banco y en consecuencia le vigila.

-¿Quién vigila a Hurón?

-Posiblemente. Quizá vigila al Banco. Debe haber entrado anoche. Quizá logró introducirse en la cámara acorazada.

-¡Ah!-murmuró Mayor-. Ahí es donde está trabajando en contra mía... Me indispone contra Hurón. Trata de sembrar la desconfianza entre nosotros. Lo comprendo. Diácono. Yo entro y hablo a Juez. Expongo que ha sucedido alguna cosa sospechosa. Hurón llega. Ha leído la nota y lo calla. Cuando oye lo que yo digo, cree que trato de colgarle el muerto...

-Creo que esa fue la intención -dijo Diácono.

-Hurón es muy amigo de Carnicero-observó Mayor, pensativo.

-Y tú y yo estamos muy unidos-repuso Diácono.

-Lo cual ofrece-anunció Mayor-, una buena probabilidad de dividir la fuerza y el cerebro de los Cinco Camaleones en dos fracciones. Hurón comunica sus cosas a Carnicero. Yo a ti.

-Exacto.

-Pues bien, ese juego ha fracasado-declaró Mayor, en tono satisfecho-. Pero lo que no acierto a comprender es por qué dejaron aquellos billetes de diez mil. Comprendo la idea de la desaparición de los quinientos dólares: esto puede armar un cisco más adelante. Pero los billetes de diez mil...

-Simplemente para dar que pensar-sugirió Diácono-. Si no hubieses sido tan cuidadoso en tus cuentas, no habrías notado la desaparición de los quinientos dólares, si hubieses visto primero los billetes de diez mil...

-Creo que tienes razón. Diácono.

-Lo sé -declaró Diácono-. Al mismo tiempo, creo que este personaje llamado La Sombra está a oscuras. Entró en el Banco, pero no veo cómo pudo descubrir nuestro pasillo subterráneo. Si tropezamos con algún peligro esta noche, será en el Banco.

-Entonces será mejor que tú y yo estemos juntos.

-No-repuso Diácono en tono enfático-. Tendré que estar aquí. Tengo que preparar la remesa. Será cuestión tuya y de Hurón.

-Hurón-murmuró Mayor-. Ese favorecería sus planes-. ¿Crees que debo llevarme a Hurón?

-Sí. Carnicero es un payaso. Él será un buen guardián, aquí. Pero yo no le dejaría entrar en el Banco. No está a la altura. Hurón trabaja con limpieza.

-Tienes razón. Diácono. Bien, en cuanto a mí, creo que es de confianza. No me importa lo que hiciera en Nueva York. Ya no tiene remedio y tendremos que seguir adelante. En cuanto a Hurón, sé que está calmado. Habló y nos estrechamos las manos. En consecuencia no hay más que hablar al respecto.

Decidido el plan de campaña, los dos compañeros cambiaron la conversación.

-Juez estará en casa de Bronlon -advirtió Mayor-. Desde luego, remitirás esos ataúdes esta noche.

-Si. Te dije que vendría el camión. Mando algo en el ataúd.

-Estupendo. Puesto que vamos a hacer el trabajo de dos noches en una, tendremos que ponernos en marcha en seguida. Hurón y yo nos cuidaremos de coger el dinero. Tú y Carnicero podéis cargarlo. Luego nos separaremos. Veré a Hurón y a Carnicero el lunes: a Juez, también.

-Y podéis todos vosotros alejaros de aquí, gracias-respondió Diácono-. Me alegraré de que esto se termine. El negocio de pompas fúnebres está resultando demasiado bueno para que me convenga.

-Tú eres como yo, Diácono-rió su compinche-. Cualquiera de nosotros triunfaría en un negocio honesto. Más ¿a santo de qué intentarlo, cuando hay cien mil dólares para cada uno en este golpe?

-Quizá más-observó Diácono.

-Sí-asintió su compañero-. Juez no nos engañará. Es listo, además. Se encontrara bien ubicado después de esto. Dispuesto a ocupar el cargo de director de un Banco de verdad.- Diácono alzó la mano reclamando silencio.

Alguien se aproximaba por la habitación contigua. Un momento después, Carnicero y Hurón entraron en el depósito de ataúdes.

-¿Va todo bien? -inquirió Mayor.

-Seguramente-respondió Carnicero-. Cerramos la puerta con llave. Hurón vigilaba. A él no se le escapa nada.

-Ya está arreglado el equipo-declaró Mayor-. Tú y yo trabajamos en el Banco, Hurón.

Una sonrisa se extendió por el rostro del hombrecillo. No sentía ninguna animosidad contra Mayor. En realidad, era evidente que deseaba congraciarse con su compañero. Le gustaban todas las operaciones en que se requería sigilo e inteligencia.

-Tú estarás de vigilancia, Carnicero -continuó Mayor-. En este extremo, Diácono te acompañará.

-¿Yo me quedaré aquí?

-No-repuso Diácono-. Arriba. Yo estaré contigo al principio. Hurón puede avisarnos cuando él y Mayor vuelvan. Entonces podemos turnarnos en la carga de género. Alguien debe vigilar arriba. Creo que es mejor que yo embale. Tú vigilas, y me avisas en cuanto lleguen los camiones. Luego podrás substituirme mientras yo cargo con ellos.

-Muy bien -asintió Carnicero.

-En marcha, pues-dijo Mayor, vivamente. Consultó su reloj de pulsera-. Son las ocho. Es hora de partir.

-Los camiones llegarán poco antes de las nueve -advirtió Diácono.

-A la hora conveniente -comentó Mayor-. ¿Está todo dispuesto?

-Los ataúdes primero -observó Diácono.

-Muy bien -dijo Mayor-. Vamos. Empecemos a alinearlos.

Carnicero se dirigió hacia una doble pila de ataúdes en un lado del cuarto.

Empezó a levantar un extremo del que estaba encima.

-Esos no-cuchicheó Diácono-. Esos son los nuevos. Ya han hecho su trabajo. Los viejos son para esta noche.

Señaló una pila de cajas mortuorias polvorientas que había en el otro lado del cuarto.

-Mejor -dijo, riendo-. Son menos pesados. Aquellos otros son pesados.

Cogió un extremo de un ataúd y Mayor el otro. Diácono y Hurón se pusieron a trabajar también. Pronto una hilera de cajas mortuorias quedaron extendidas por el suelo y Diácono señaló que el trabajo había terminado.

-Vamos -dijo Mayor a Hurón.

El hombre de porte militar abrió la puerta secreta del extremo del cuarto. El y Hurón entraron en el pasillo. Mayor alumbraba el camino con una lámpara de bolsillo. La puerta secreta se cerró tras ellos.

-Perfectamente-dijo Diácono.

Carnicero atravesó la puerta en dirección de la escalera.

Diácono miró cauteloso a su alrededor. Se aseguró de que todo estaba como él deseaba. Luego, con un aire de satisfacción, siguió el camino que Carnicero había tomado.

Transcurrió un minuto; luego otro. Algo se movió en un lado del cuarto.

La parte superior de un ataúd se levantó poco a poco. Era la caja mortuoria que Carnicero empezó a levantar cuando Diácono le contuvo.

La tapa estaba levantada y una figura emergía del ataúd. Apenas se diferenciaba de un negro espectro. Salió suavemente de su escondite.

Una elevada figura espectral apareció de pie junto a la pila de ataúdes nuevos, y suavemente bajó la levantada tapa.

Luego la negra silueta se dirigió hacia el centro del cuarto. Semejaba un fantasma en aquel depósito de féretros débilmente iluminado. La flotante capa y el sombrero de ala ancha impedían reconocerle.

!Era La Sombra!

Silenciosamente la negra aparición se dirigió hacia la puerta secreta, que bloqueaba el pasillo por donde Mayor y Hurón se habían ido. Abrió la entrada secreta, y permaneció inmóvil, escuchando.

Luego sus labios invisibles emitieron una risa vaga y misteriosa. Era un sonido melancólico y peculiar que se extendía en ecos, sin salir de aquellos sótanos.

La figura fantasmal atravesó la puerta secreta. Esta se cerró tras él. Su linterna sorda titiló un momento; luego se apagó y el personaje misterioso avanzó a tientas por el corredor.

Oculto en el ataúd, había previsto este encuentro. Por el pequeño resquicio entre el ataúd y su tapa, había visto y oído. Había averiguado los planes para esa noche; y su clara inteligencia había trazado un plan que frustraría las operaciones, que empezaban a ejecutarse en aquellos momentos.

Oculto mucho antes de que Diácono y Mayor se hubieran encontrado, no sospecharon su presencia. Surgió de la oscuridad del ataúd. Penetró en las tinieblas del corredor secreto.

Unos minutos después que la puerta secreta se hubiese cerrado tras La Sombra, Diácono volvió con el objeto de esperar el regreso de sus compañeros. Había apostado a Carnicero y decidió permanecer en los sótanos.

Todo marcha bien, pensó Diácono, mirando solemnemente en torno del cuarto. Mayor y Hurón harían su trabajo. Él estaba preparado allí. Por una vez, Diácono permitió que una leve sonrisa se dibujara en sus labios.

No presentía ningún peligro. No lo había. La amenaza de La Sombra no se cernía ya sobre ese depósito de ataúdes.

Había desaparecido para seguir a Mayor y a Hurón.

¡La Sombra actuaba!

CAPÍTULO XVII
JUEZ NO FALTA A UNA CITA

En la sala débilmente iluminada del Banco Regional de Middleton, Mayor y Hurón trabajaban. Juntos, sacaban paquetes de billetes de banco de la cámara acorazada.

La porción del cuarto junto a la cámara acorazada era la única que estaba alumbrada. Los dos hombres sabían que estaban seguros de que nadie les observaba.

Las ventanas inferiores del banco estaban cerradas con postigos metálicos.

Cualquier destello de luz que pudiese ser visto desde arriba, no despertaría ninguna sospecha, pues el trabajo nocturno no era inusitado en el Banco.

Había un vigilante de servicio, pero estaba estacionado junto a la puerta exterior y no había empezado aun sus rondas. Había un motivo. Juez escogió a ese vigilante y gradualmente le había inculcado ciertos hábitos.

Hurón cuchicheaba unas palabras a Mayor, mientras seguían su trabajo.

-El viejo Jaime, el vigilante-dijo, en tono de mofa-, está sentado ahí fuera. Es sordo como una tapia. Juez, ciertamente eligió a un estupendo guardián.

-Hace guardia un par de noches a la semana nada más-replicó Mayor-. Es un relevo. Lo que dices puede referirse a dos cosas distintas. Significa que debemos estar ojo alerta. En una noche como ésta, alguien podría intentar entrar.

Hurón no contestó. Comprendió el significado de la observación. Mayor se refería a La Sombra. La sugerencia produjo cierto recelo al hombrecillo.

-¿Estás seguro de haber mirado por todas partes?-preguntó Mayor, con cautela.

-Sí-respondió su compañero-. Tan pronto como llegamos. Tú también echaste un vistazo a las oficinas. Si alguien está en este lugar, debe ser un gnomo. No miré en los cestos de papeles viejos.

-Guárdate tus chistes -replicó Mayor. Empecemos a cargar abajo. Luego tú continuas. Yo te iré pasando los bultos. Esto me permitirá estar aquí continuamente.

La escalera estaba a unos diez metros de distancia. Ardía una lucecita en el cuarto de abajo, pero la escalera estaba sumida en la oscuridad, sin reflejar ninguna luz de arriba ni de abajo.

Mientras Hurón y Mayor terminaban su trabajo preliminar, una masa de negrura emergió lentamente de la escalera. Una larga silueta apareció en la pared de mármol. Se fundió en las tinieblas fuera del radio de la luz que había junto a la cámara acorazada, sin ser vista por los dos Camaleones.

Ambos hombres cogieron un bulto de billetes. Las cargas fueron echadas a los hombros. Mayor fue el primero; luego, Hurón. Cuando este último llegó al lado de su compinche, este señaló la puerta secreta.

-En marcha, Hurón -le dijo, acercándose a la escalera-. Toma tu bulto y vuelve por el mío. Bajaré otros.

-Bien -murmuró el hombrecillo-.

-Cuando no quede más que uno por bajar, te esperaré arriba. Quiero que estés presente cuando yo cierre la cámara. La revisaremos y ordenaremos lo que queda.

-Bien.

El tono de Mayor, inconscientemente algo más alto de lo que debería haber sido, fue audible en lo alto de la escalera, así como en el cuarto de abajo.

Volviendo a la cámara, Mayor continuó arreglando los paquetes. No tocó ciertos bultos. El robo se limitaba a una porción de la cámara. Montones de billetes flamantes que había a la derecha fueron respetados.

Mayor no se dio prisa en su trabajo. Comprobaba los números de los billetes. De vez en cuando se echaba un bulto al hombro y lo bajaba al sótano.

Al fin se detuvo y giró la vista en derredor de la cámara. Se frotó las manos lleno de satisfacción, subió a lo alto de la escalera y escuchó. Percibió un leve ruido y avanzó de puntillas unos cuantos pasos.

-Hurón -cuchicheó.

-¿Qué hay? -fue la respuesta.

-El último bulto ya está abajo.

-O. K. Lo llevaré.

-Dile a Diácono que puede largarse.

-Bien.

-Luego ven aquí.

Varios minutos más tarde, Hurón se reunió con su compañero en la puerta de la cámara. Empezaron una conversación en voz baja. Miraban la cámara mientras hablaban.

Ninguno de los dos observó la elevada y deslizante sombra fantasmal que avanzaba hacia la parte superior de la inclinada escalera. Se disolvió en las tinieblas, debajo mismo de la sólida barandilla en lo alto de la escalera. Desde allí se oía claramente la voz de Mayor que hablaba con su compinche.

-¿Qué hace Diácono? -preguntó.

-Está cargando-respondió su compañero-. Carnicero está al pie de la escalera, junto al depósito de ataúdes. Puede oír cualquier ruido desde arriba y está lo bastante cerca para hablar con Diácono.

-¿Han llegado los camiones?

-No. Telefonearon diciendo que se retrasarían algo.

-¿Dijiste a Diácono que estaríamos aquí?

-Sí. Dijo que procediéramos con cautela. Tan pronto como lleguen los camiones, esconderá a Carnicero. Luego los chóferes subirán los ataúdes. Diácono se irá con ellos, para cuidarse de que los entregan en buen estado. Tenemos que andar con cuidado para que no metamos ruido, mientras los hombres sacan los ataúdes.

-Está bien.

-Diácono dice que advirtió a Carnicero, que nos avisase en cuanto los camiones se hayan marchado. Podemos quedarnos aquí o en el pasillo. Luego los tres podemos largarnos del establecimiento de pompas fúnebres, uno a uno.

Mayor aprobó con la cabeza. Diácono se cuidaba del otro extremo. Estaba de acuerdo con lo convenido. Diácono y Mayor, cuando trabajaban juntos, trazaban planes y tomaban decisiones finales, sobre la marcha, en el momento necesario.

-Tenemos que hacer algún trabajo antes de que llegue Carnicero-anunció Mayor-. Extiende esas pilas. La cámara parece estar algo vacía, porque hemos estado congestionándola. Lo que ha salido, está olvidado. Estamos empezando de nuevo.

Hurón asintió con la cabeza. Los dos compañeros empezaron su trabajo. Salían y entraban. Finalmente Mayor retrocedió unos pasos y Hurón se quedó apoyado en la parte exterior de la cámara.

-Un trabajo perfecto -declaró Mayor. Chócala. Hurón. Estamos libres de toda sospecha.

Mientras los dos compinches se estrechaban las manos en silencio, una risa suave surgió a corta distancia...

Ambos dieren media vuelta, alarmados. Se quedaren petrificados. Luego levantaron las manos lenta y mecánicamente.

Apoyado en la balaustrada, había una figura vestida de negro. Semejaba una proyección de la oscuridad de la escalera. Descansaba los codos en la barandilla y sus manos-enguantadas de negro-empuñaban dos pistolas automáticas. Tenia encañonados a sus enemigos.

La identidad de este inesperado adversario no fue dudosa para Mayor y Hurón. Conocían que este hombre era La Sombra.

Miraron ceñudos a su aprehensor y trataron de horadar la máscara de negrura que había bajo el ala de su sombrero. Pero el esfuerzo fue infructuoso.

-Mauricio Exton y Joel Hawkins-dijo una voz burlona y sibilante-. Conocidos por los nombres de Mayor y Hurón.

Los hombres miraron furiosos al oír mencionar sus nombres secretos. El rostro de Mayor era retador; el de Hurón, venenoso. Ninguno se movió.

Estaban acorralados.

-Falta otro-declaró La Sombra, sarcástico-. Jorge Ellsworth, más conocido por el nombre de Carnicero-llegará pronto. Entonces tendremos al trío. El cajero y sus dos ayudantes.

Tras una pausa momentánea, el hombre de las tinieblas continuó:

-La cámara acorazada necesita que la llenen algo más. Se aumentará su contenido. Pero tres será menor que dos.

Mayor y Hurón comprendieron. Aquellas pistolas amenazadoras les tenían reducidos a la impotencia. Les obligarían a entrar en la cámara que acababan de saquear... y Carnicero les acompañaría en la trampa. ¿Qué sucedería entonces?

Ambos se imaginaron el resultado. Una alarma, quizá. La policía, llamada al Banco, encontraría a tres hombres prisioneros. Presintieron la amenaza que constituía este misterioso personaje.

¡Este hombre estaba enterado de todo! ¡La partida había terminado!

Habría terminado, a menos que pudiesen contar con la ayuda de Carnicero.

Si llegase a tiempo, podría entretener lo suficiente a La Sombra para que intentasen escapar. Pero esa esperanza se desvaneció al instante.

La Sombra llegaba a lo alto de la escalera, desde donde podía avanzar y estar libre del peligro procedente de abajo. Las pistolas amenazadoras no se apartaban del blanco. Un movimiento de parte de Mayor o Hurón significaría la muerte.

¡Si Diácono viniese con Carnicero! Eso podría ofrecer alguna ayuda. Pero Diácono lo había dispuesto de otra manera. Se marcharía con los camiones, sin conocer el apuro de sus camaradas. Carnicero, solo, no podría ser útil.

Caería en esta trampa como un toro ciego.

La Sombra hizo una pausa en lo alto de la escalera. No quedaba ninguna posibilidad de escape a los dos hombres a quienes encañonaba. Mayor gimió y Hurón emitió un gruñido.

La Sombra rió. Una risa burlona que repercutió en ecos por la habitación de techo alto. Mayor se estremeció y Hurón se encogió. Aunque ambos malhechores eran audaces, temblaron de espanto al oír la risa triunfal de La Sombra.

Mientras los ecos fantasmales se desvanecían, sonó una detonación. El eco del tiro se extendió por la amplia sala.

La figura de La Sombra se tambaleó y desplomándose de costado, cayó de cabeza, escalera abajo.

Desconcertados, los hombres que había junto a la cámara acorazada oyeron el ruido sordo, final de la caída; luego el de una pistola al rebotar de escalón en escalón.

Sucedió un silencio sepulcral y en el silencio, un hombre avanzó desde una valla situada en mitad de la habitación.

Mayor y Hurón bajaron los brazos, mudos de asombro, al reconocer el rostro familiar de Juez.

Su jefe les había salvado. No pensaron ni remotamente que iría allí; sin embargo había estado cerca para presenciar el aprieto en que se encontraban y rescatarlos.

El semblante del hombre de cabellos grises estaba tranquilo y apenas sonreía. En la mano, empuñaba el revólver con que disparó el oportuno tiro.

¡Juez había terminado con La Sombra!

Ahora el jefe señaló hacia la escalera. Pistola en mano, los tres Camaleones se dirigieron a la habitación de abajo. En el suelo yacía una figura con una capa negra.

El sombrero de ala ancha todavía tocaba la cabeza del misterioso personaje.

Inmóvil, el hombre de la noche yacía boca abajo en el suelo.

Mayor se inclinó sobre la inmóvil figura. De un tirón rasgó la parte superior de la capa negra. Apareció a la vista un hilo de sangre, que manaba de una herida en el hombro.

Mayor sacudió a la figura, medio levantándola del suelo. Luego la soltó, al volverse con una sonrisa hacia sus compañeros.

-Parece que está muerto-anunció-. O le falta poco.

Salvajemente, Hurón apuntó su revólver sobre el indefenso cuerpo, dispuesto a rematarlo a balazos. Su muñeca fue cogida en la presa férrea de Juez.

-Detente-advirtióle-. ¿Qué quieres hacer? ¿Llamar a la policía? El tiro que yo disparé fue ya imprudente. Suerte que el viejo Jaime es sordo. Recoge sus pistolas, que están en los escalones.

Hurón se volvió con premura a recoger las dos pistolas automáticas de La Sombra.

-Cachéalo, Mayor-ordenó Juez.

Mayor obedeció. No encontró ninguna otra arma.

Juez se volvió hacia Hurón.

-Sube y cierra la cámara acorazada-le ordenó-. Avísame, si oyes algo. Apaga la luz y escucha junto a la puerta.

Mayor se disponía a levantar la cabeza de La Sombra, después de alejarse Hurón.

Juez le indicó que lo dejara. Quería que su compañero le escuchase.

-Me lo figuré -dijo en tono calmoso-. Entré por la puerta lateral, con mi llavín. Estabas en la cámara, solo. Esperé junto a la valla.

"Ignoro cómo pudo entrar este hombre; pero es el pájaro que buscamos. Llévatelo. Asegúrate de que está muerto, cuando lo metas en el pasillo. Métele unos cuantos balazos en el cuerpo, si es necesario.

Mayor asintió con la cabeza.

-Luego-continuó Juez, fríamente-, escoge el ataúd más bonito de los nuevos. Puede salir mañana... con este sujeto dentro.

Señaló a la figura de negro. Los ojos de Juez centelleaban al contemplar a su víctima.

-La Sombra -murmuró, con una risita insidiosa-. Salió de su territorio, Mayor. Estoy perfectamente enterado de quién es La Sombra. Un luchador invencible, enemigo de los bajos fondos sociales, el lobo solitario que combate a las hordas del crimen.

Con gesto reposado, Juez se guardó el revólver y tarareó unas cuantas notas de la marcha fúnebre.

Mayor sonrió al oír la burla feroz. Admiraba las sencillas instrucciones de Juez relativas a la manera de deshacerse del cadáver. La Sombra viajaría en un ataúd de caoba, llevado por el coche de Diácono.

Hurón reapareció sonriente y moviendo la cabeza afirmativamente.

-Todo está en orden –anunció-, y el disparo no atrajo a nadie.

-Sin embargo, terminó a alguien -apostilló Mayor, mirando a La Sombra.

-Mayor te dirá lo que hay que hacer, Hurón -dijo Juez, con calma-. Me marcho. Tengo una cita. Saldré por la misma puerta por donde entré. Creo que David Traver, director del Banco Regional, tiene el privilegio de visitar su propio Banco.

Mayor señaló el cuerpo. Lo cogió por los hombros. Hurón, por los pies.

Juntos, arrastraron a La Sombra, boca abajo, hacia un rincón, cayendo la flotante capa al suelo.

Metieron su carga por una puerta secreta. Luego se alejaron y Juez oyó el ahogado cerrarse de una barrera.

Juez sonrió. Su disparo certero hirió en un ángulo el hombro de La Sombra.

Con toda probabilidad interesó el corazón del misterioso personaje.

¡Uno contra cinco! No. Había sido uno contra cuatro... con uno aparte.

El jefe había cumplido su cometido. Que sus mercenarios realizasen la tarea de desembarazarse del cadáver. Juez extinguió la luz y subió suavemente la escalera. Llegó a la puerta excusada y salió.

Diez minutos más tarde, David Traver, director del Banco Regional de Middleton, estaba parado en la esquina. Tenía su rostro una expresión de enfado.

Eran las nueve y cinco. Tenía una cita con Harvey Bronlon, en la casa del multimillonario. Llegaría tarde.

Le pareció que su retraso era inexplicable, aunque las circunstancias lo hubiesen hecho forzoso.

No obstante, sonreía cuando llamó a un taxi que pasaba y ordenó al chofer que le llevase a la residencia de Harvey Bronlon.

Pues Juez, en realidad, tenía dos citas aquella noche.

Ahora acudía a la segunda. Aunque Harvey Bronlon era importante, no le dio preferencia esa noche.

Pues la primera cita de Juez había sido con La Sombra. Había acudido, como lo esperara, con puntualidad.

CAPÍTULO XVIII
LA SALIDA DE LA SOMBRA

Mayor estaba de pie, con Hurón a su lado, dentro de aquellas paredes pétreas del pasillo secreto.

Los rayos de la linterna eléctrica de Mayor, se enfocaban sobre el cuerpo que habían llevado a aquel lugar.

La figura inerte de La Sombra yacía tendida donde la tiraron.

Hurón penetró en la luz. Su cara brillaba de triunfo. Empuñaba un revólver.

Estaba dispuesto a ejecutar la acción que Juez impidiera, de acribillar a balazos aquel cuerpo indefenso, fuera necesario o no.

-Aguarda un momento-rezongó Mayor-. Si eres tan rápido con la pistola, ¿por qué no la sacaste cuando este pájaro nos tenia encañonados?

-Quizá esté vivo ahora-gruñó su compinche.

-No es probable. Pero no importa si lo está. No puede hacer nada.

-Un poco más de plomo no le hará daño.

-Pero puedo perjudicarnos. Escucha. Estas paredes pétreas son bastante gruesas, pero no hay seguridad de que ahoguen el sonido.

-No hay nadie en el Banco que pueda oír los tiros.

-No pienso en el Banco. No olvides que Diácono está en el otro extremo, cargando ataúdes. Probablemente ha terminado ya. Si esos chóferes están abajo, podrían oírlo. No nos interesa.

-No pueden oír un disparo, a través de esa pared.

-¿Para qué arriesgarnos? Podemos esperar unos minutos. Carnicero vendrá pronto. Entonces sabremos que el terreno está libre.

Hurón cedió a la lógica de su compañero. Pero estaba resentido y miró ceñudo a la postrada figura de negro.

Recordó-demasiado vivamente-, cómo aquel hombre le tuvo acorralado.

Quería vengarse, tener la satisfacción de agujerear a su enemigo, vivo o muerto.

Pero Mayor decidió esperar. Imponiendo su autoridad, explicó el plan, tal como lo sugirió Juez, mientras Hurón estaba arriba rondando por el Banco, comprobando si el disparo había sido oído.

-Cuando Carnicero venga-declaró Mayor-, te dejaré meterle unos cuantos balazos en el cuerpo a este pájaro, si está vivo. Luego llevaremos el cadáver al depósito y lo meteremos en una de las cajas mortuorias. El resto correrá por cuenta de Diácono.

-Perfectamente-refunfuñó Hurón-. Le vigilaré. Si veo alguna señal de vida en él, lo acribillaré.

Sus ojos centelleaban mientras observaba al indefenso enemigo. Aunque no quería reconocerlo, no tenía más remedio que convenir en que la bala de Juez había sido certera. La Sombra se desplomó como un pájaro herido de muerte cuando Juez disparó.

Hurón hizo un gesto de impaciencia con su revólver. Su dedo vacilaba sobre el gatillo al levantar la pistola hacia la figura de La Sombra.

Furioso, Mayor le asió la muñeca.

-Te dije que esperases, Hurón –gruñó-. Espera. ¿Me entiendes?

El hombrecillo dirigió una mirada burlona a su superior.

-Eres la mar de delicado ¿no es cierto, Mayor?-preguntó en tono desagradable e insinuante-. La verdad, me das que pensar. ¿Cómo entró este pájaro?

-¿Cómo entró en el Banco?-interrogó Mayor, con frialdad.

-Sí-replicó su compañero, mirándole y luego al cuerpo tendido en el suelo-. No puede ser que tuviese un amigo por aquí ¿no es verdad?

-¿Quieres decir...?- El tono de Mayor era desabrido.

-¡Me refiero a ti!-exclamó Hurón-. Parece que estás protegiéndole, ¿no es cierto? Algo así como ansioso de que no le achicharre, ¿no es verdad? Pues bien, ahora mismo...

La mano de Mayor asió la muñeca de Hurón. La luz enfocaba hacia arriba, mostró un brillo acerado en los ojos de Mauricio Exton.

Hurón trató de esquivar la mirada. Comprendió que había hablado demasiado.

-¡So rata!-rugió Mayor-. Comprendo tu juego ahora. Tú eres el que nos estás traicionando. Ahora que La Sombra está muerto, quieres aparentar que le odias. Quizá te figuras que si se oyeran unos cuantos disparos, sería magnífico. Quieres hacer fracasar el golpe, ¿eh?

-Te juro, Mayor-protestó Hurón-, te juro que no me has comprendido. Yo no debiera haber hablado como lo he hecho. !Tienes razón!

Temblaba ante la mirada indignada de su compañero. Había llegado el momento de la verdad, y Mayor demostraba su superioridad. Estas bruscas acusaciones eran resultado de la habilidad de La Sombra. Hurón tuvo que ceder.

-No abras la boca más-gruñó Mayor.

-Muy bien -suplicó el hombrecillo-. Lo siento. Olvídalo, por favor.

Mayor, tenia la linterna en la mano izquierda y sacó con la derecha su revólver. Apuntó el arma sobre el cuerpo del suelo e hizo un gesto significativo.

-Yo seré quien dispare y lo remate-declaró, con frialdad-. Si es necesario, le meteré a este pájaro todas las balas que necesite. Tú harás lo que te mando. Estoy esperando a Carnicero. ¿Me entiendes?

Hurón asintió con la cabeza.

-Guárdate la pistola -ordenó Mayor.

Hurón obedeció y se cruzó de brazos. Había perdido su aire fanfarrón. No pensaba más que en esquivar la mirada de Mayor.

Este rió al observar que los ojos furtivos se desviaban. Había demostrado e impuesto su autoridad. Toda idea de rebelión había sido aplastada.

Mayor bajó su pistola. La escena tenía el aspecto de un cuadro. Hurón, con la cabeza vuelta hacia un lado, estaba de espaldas a la pared, con los brazos cruzados.

Mayor semejaba una estatua de la venganza. La linterna que tenía en la mano izquierda y la pistola que empuñaba con la derecha, permanecían inmóviles. El cuerpo inerte yacía en el suelo, tendido a los pies de Mayor. La mano que empuñaba la pistola estaba encima de la víctima.

Reinó un silencio sepulcral. Mayor vigilaba a Hurón, que, miraba nervioso de un lado a otro.

Entonces se produjo un movimiento que pasó desapercibido.

¡Lentamente, en virtud de un extraño esfuerzo, la mano derecha de La Sombra se movió!

La mano ascendió, como si estuviese dotada de vida. Lentamente, arrastrándose como un ser desprendido del cuerpo que había a su lado, fue levantándose hasta que sus dedos enguantados, estuvieron a una pulgada de distancia del revólver de Mayor. La mano hizo entonces una pausa como si buscase fuerza para realizar un poderoso esfuerzo.

Luego, cuando Mayor empezó a aliviar la tensión alejándose de Hurón, la mano enguantada de negro actuó.

Los dedos asieron el revólver cuando la mano descendió. El súbito movimiento pilló desprevenido a Mayor. El revólver le fue arrebatado de la mano.

Con un grito de sobresalto, Mauricio Exton se volvió y la luz de su linterna reveló la acción que se desarrollaba en el suelo. La Sombra, tendido en el suelo, se volvía, asiendo su mano el reluciente revólver por el cañón. Su cuerpo se estremeció cuando el peso cayó sobre el hombro izquierdo herido.

¡Era una asombrosa tentativa para salvarse la vida! Pero ofrecía escasas esperanzas de éxito.

El rostro de La Sombra estaba vuelto hacía arriba, pero el sombrero de ala ancha, echado sobre los ojos, ocultaba aún las facciones. Su brazo izquierdo, totalmente imposibilitado, estaba doblado debajo de su cuerpo. Su mano derecha empuñaba su revólver... por la culata.

Mayor, aunque estaba desarmado, dominaba la situación y lo comprendió.

La Sombra, postrado y herido, no era contrincante temible para él.

El hombre de las tinieblas había rodado a un metro de distancia, pero el espacio era demasiado corto y Mayor alargaba la mano para coger su arma, al tiempo que saltaba hacia delante.

Lo tenía todo a su favor, de haberse enfrentado con otro enemigo, que no hubiese sido el hombre de la noche. Pues, a pesar de su estado y de no poder incorporarse ni usar ambas manos, La Sombra estuvo a la altura de las circunstancias.

Coincidiendo con el brinco de Mayor, la mano derecha de La Sombra hizo un rápido movimiento de torsión. La pistola saltó hacía atrás. El cañón ascendió apuntando a Mayor y la mano de La Sombra cogió la culata. Su dedo estaba dispuesto a apretar el gatillo.

¡Fue un verdadero alarde de prestidigitación, ejecutado en la fracción de un segundo!

Cuando la pistola quedó segura en la mano del hombre misterioso, llegaron los dedos de Mayor. Se cerraron sobre el cañón del revólver, cuando La Sombra oprimió el gatillo.

El cuerpo de Mayor continuó avanzando, desplomándose sobre el suelo, por encima y al otro lado de la figura de su adversario.

La lámpara de bolsillo cayó de las manos de Mayor. Rodó por el suelo y se quedó alumbrando el corredor, en dirección contraria de la asombrosa escena que acababa de desarrollarse.

La caída del cuerpo aprisionó el brazo de La Sombra, pero ese brazo estaba zafándose. Sostenía una carrera con Hurón.

En el momento en que el hombrecillo cargado de espaldas oyó el disparo, comprendió lo sucedido. Tenía los brazos cruzados y el revólver en un bolsillo. Pero, retrocediendo a lo largo del corredor, sacó con rapidez el arma.

Fue el primero que disparó.

Entonces se inició un rápido y fantástico duelo en la oscuridad; los ladridos de los revólveres resonaron como el rugido del cañón.

Hurón disparaba bajo, hacía el suelo, a una silueta que no podía ver.

La Sombra, aplanada, tenía la protección parcial del cadáver de Mayor.

Hurón permanecía agazapado en las tinieblas y tan sólo las llamaradas de su revólver delataban su posición.

Disparos rápidos y alternados, con las balas rebotando por todas partes.

Hurón, frenético y excitado; La Sombra, luchando con fuerzas que se le iban agotando, desde una posición que dificultaba su puntería.

El fuerte estruendo terminó con un tremendo estallido, cuando ambos revólveres ladraron al mismo tiempo. Luego solamente unos ecos resonaron por el lado del pasillo y

terminaron con un sonido fantasmal procedente de la pared distante: un diminuto reflejo de los dos disparos.

Reinó un silencio de muerte. No se movió nadie en aquel corredor de la muerte. La linterna eléctrica arrojaba largos destellos por el suelo y sobre las paredes.

No habló nadie; ni siquiera el más leve cuchicheo rompió el silencio sepulcral.

Luego se oyó un rumor de algo que se arrastraba por el suelo. Alguien se aproximaba a la linterna sorda. Unos dedos se cerraron sobre la lámpara.

Una figura fantasmal, levantándose contra la pared, proyectó una enorme y vacilante silueta.

¡La Sombra había vuelto a la vida!

Juez y Mayor le creyeron muerto. Tan sólo Hurón dudó. El disparo de Juez había producido una grave herida; pero no había matado.

La caída de cabeza, escaleras abajo, aturdió a La Sombra. El sombrero de ala ancha amortiguó el golpe final, cuando la cabeza chocó contra el suelo al pie de la escalera.

La Sombra recobró los sentidos en el suelo del pasillo. Inmóvil y silencioso, aguardó una ocasión. Luego, en una lucha rápida, venció a sus enemigos.

Hurón acertó en un punto. El espesor de las barreras de piedra era suficiente para ahogar todo ruido, evitando que trascendiera al exterior.

Fue una suerte para La Sombra. Si Carnicero hubiese entrado en respuesta a los disparos, quizá La Sombra no hubiese podido hacer frente a su tercer adversario.

Aun ahora, triunfante, se encontraba en una situación grave.

Los tiros de Hurón no le tocaron, pero el disparo de Juez le infirió una grave herida.

Debilitado por la pérdida de sangre y el esfuerzo sobrehumano realizado, sus piernas flaquearon al dirigirse al corredor. Cayó de rodillas.

La linterna eléctrica se apagó. Arrastrándose débilmente en la oscuridad, se esforzó en llegar al extremo del pasillo. Avanzó palmo a palmo, descansando de vez en cuando antes de reanudar su lenta marcha.

Incorporóse al fin y avanzó con paso vacilante. El esfuerzo agotó sus energías. Haciendo una última tentativa, acercóse a la pared del extremo del corredor y perdió el equilibrio.

Cayó al suelo y permaneció inmóvil. El pasillo estaba sumido en una oscuridad y silencio completos.

El hombre misterioso permaneció tendido en el suelo, inmóvil como los dos hombres muertos. Había buscado la salida de este corredor abovedado y había fracasado.

¿Vivía La Sombra, o estaba muerto?

CAPÍTULO XIX
CARNICERO ENTRA

Diácono, de pie junto a la abierta puerta que conducía a la callejuela, dirigía la carga de los ataúdes en uno de los camiones de Harvey Bronlon.

Cuatro hombres trabajaban. Habían subido las cajas mortuorias y las amontonaban en la callejuela. Estaban a punto de terminar el trabajo.

Quedaban dos largas cajas solamente.

-Ponedlas en el coche mortuorio-ordenó Diácono-. Ya me parecía que no cabrían todos en el camión.

Los hombres obedecieron.

Mientras los trabajadores estaban ocupados, Diácono se alejó de la puerta principal y penetró en el establecimiento.

-Carnicero-cuchicheó.

El hombretón avanzó a través de la oscura habitación.

-Voy a casa de Bronlon-anunció Diácono, a media voz-. Sigo al camión, con el coche mortuorio. Tan pronto como nos hayamos marchado, avisa a Mayor y a Hurón.

-Bien -respondió el hombretón-. Lo único que no me agrada, Diácono, es que te marchas solo. Supón...

-No seas tonto, Carnicero. Este viaje no ofrece ningún peligro. Hay que dar la sensación de ser una cosa normal. ¿No parecería extraño verte subido a un coche mortuorio? Sabes perfectamente que no puede suceder nada. Estos hombres no saben lo que llevan. Las tapas de los ataúdes están tan bien cerradas, que se necesitaría palanca para abrirlas.

Hizo una pausa y prosiguió:

-No te preocupes. Juez las recibirá dentro de media hora. Tu faena ahora no es más que largarte con los otros: Asegúrate de que la puerta está cerrada con llave. Voy a cerrarla.

-O. K. Nos veremos pronto.

-No. No te conozco. Continúa en tu ventanilla de cajero y yo seguiré en mi establecimiento de pompas fúnebres.

Tras estas palabras, Diácono se marchó.

Carnicero oyó la puerta cerrarse tras él. Escuchando, el hombretón percibió el ruido del camión alejándose; luego el coche mortuorio. Se dirigió hacia la escalera.

Se detuvo un instante en el depósito de féretros. Sonrió al observar las diminutas pilas de ataúdes. La remesa de esta noche era una idea brillante.

Juez, Diácono y Mayor eran listos.

Se le ocurrió que él y Hurón tuvieron suerte al alistarse con este equipo. El nunca llegó a actuar por su propia iniciativa.

Estaba satisfecho con seguir y hacer lo que le mandaban.

Dándose cuenta de que Mayor y Hurón estarían esperando, abrió precipitadamente la puerta secreta y empujó hacia atrás la corrediza barrera de piedra. Tenía su lámpara eléctrica en la mano; el revólver, en el bolsillo.

La linterna era necesaria, pues el corredor estaba envuelto en la oscuridad.

Mas, antes de oprimir el botón, hizo una pausa y olisqueó en las tinieblas. Su nariz percibió el olor de la pólvora.

Al avanzar en la oscuridad, tropezó con un cuerpo. Encendió rápidamente la linterna y sus rayos revelaron una figura vestida de negro, tendida en el suelo del corredor.

El descubrimiento le dejó atónito. Era una cosa inesperada, que no acertaba a comprender. Se le ocurrió la idea de que debía ser Mayor o Hurón.

Inclinóse sobre la postrada figura y decidió que era un cadáver. ¿Debería seguir adelante o detenerse aquí? Pensó que esto último sería preferible.

Cogió el cuerpo y, arrastrándolo a través de la puerta secreta, lo dejó caer suavemente al suelo del depósito de ataúdes. Cuidadosamente dio vuelta al cuerpo. Le quitó el sombrero de ala ancha.

No era Mayor ni Hurón. Este desconocido tenía un rostro grave y severo, propio de la muerte.

Enfocó la linterna sobre el cuerpo. Observó que el rostro parecía una máscara, qué estaba disfrazado mediante un maquillaje.

Se le veía blanco y encerado.

Carnicero estaba seguro de que el individuo estaba muerto. Aproximó la luz a los párpados.

No comprendía cómo llegó al pasillo secreto este desconocido. Deseó que Diácono estuviese a su lado para decirle lo que debía hacer. Más no importaba, Mayor se lo indicaría. Tenía que encontrar en seguida a Mayor.

Entró en el pasillo, pero vaciló si avanzar o no. Aunque estaba seguro de que el cuerpo del depósito estaba muerto, no era conveniente dejarlo solo, si podía evitarse.

Llamó suavemente a lo largo del silencioso corredor. Le respondió un eco cuchicheado.

Paso a una pulgada de distancia de un revólver que estaba tirado en el suelo.

No lo observó antes, pues había permanecido debajo del cuerpo que encontrara. Tampoco lo vio ahora, pues fijaba su atención hacia el otro extremo del corredor.

Avanzó, revolver en mano. Se aproximó al extremo del pasillo. Se topó con las figuras de los hombres, uno tendido de costado, el otro boca arriba.

Exhaló una exclamación de asombro. ¡Mayor y Hurón...! ¡Muertos!

Completamente aturdido por el hallazgo, se agachó y examinó los dos cadáveres. Habían sido muertos. También el otro hombre. No había nadie más en el pasillo.

Una batalla entre tres, a tiros, en la que todos murieron. Era la explicación que se le ocurrió. Poco a poco se recobró de su pasmo y comprendió que seria conveniente volver a examinar el tercer cuerpo.

En el deposito, la cara exangüe estaba aun vuelta hacia el techo, como Carnicero la dejara. Los párpados se abrieron lentamente ahora. Los ojos de La Sombra miraron hacia arriba. La cabeza empezó a volverse.

Cuando le arrastraron hacia el depósito, empezó a recobrar los sentidos. La luz brillante que Carnicero pasó delante de sus párpados, también contribuyó a ello.

Reconoció el lugar donde se encontraba. Movió el cuerpo hacia la izquierda e hizo una pausa, sin expresión, cuando su cuerpo se volvió sobre su costado herido y hombro imposibilitado.

Tras un esfuerzo, se movió hacia la derecha. Logró apoyarse sobre su brazo derecho; luego consiguió ponerse de rodillas. Clavó la mirada en la entornada puerta secreta.

Alguien había entrado en el pasillo y le había llevado allí. Ese enemigo se hallaba en el corredor ahora. Debilitado y sin armas, La Sombra no podía efectuar una retirada.

Arrastrándose penosamente, se dirigió hacía la puerta secreta, con el propósito de cerrarla. Al llegar, titubeó, escuchando, luego atisbó por la abertura.

Distinguió, a lo lejos, el brillo de una luz y comprendió que el hombre que se hallaba en el pasillo estaba en el otro extremo.

La luz del depósito arrojaba un largo y tenue rayo al extremo cercano del corredor, y en la orilla de aquel destelo relucía algo, apenas visible, pero lo suficiente para llamar la atención de los ojos penetrantes de La Sombra.

¡Un revolver! El que arrebatara a Mayor, que luego cayó al suelo cuando él se desplomó privado de conocimiento. La visión del arma provocó una chispa en los ojos de La Sombra.

Este audaz personaje terminaba el peligro afrontándolo. Aunque se encontraba débil, adoptó esa medida en esta ocasión. Se arrastró a través de la puerta secreta y se tendió en el corredor.

Carnicero regresaba. Las fuertes pisadas del hombretón esparcían sus ecos por el pasillo. Su linterna sorda alumbrada en esta dirección. Estaba a bastantes metros de distancia, pero iba aproximándose.

Haciendo un nuevo esfuerzo, La Sombra continuó arrastrándose en dirección de aquel revolver, que se hallaba tan cerca y sin embargo tan lejos.

La luz de Carnicero le descubrió. Un juramento resolló en el pasillo. Las fuertes pisadas se aceleraron y una detonación rompió el silencio.

El hombretón avanzaba con rapidez hacia La Sombra, disparando al mismo tiempo. La distancia era grande. El tiró erró.

Carnicero se detuvo para disparar de nuevo. Esta vez la bala se aplastó en el suelo junto al cuerpo de La Sombra, y rebotó contra la puerta secreta.

La Sombra continuó impávido. Avanzando a rastras, se tendió cuando su enemigo, corriendo una vez más, disparó un tercer tiro.

La bala pasó alta. La Sombra se salvó al tenderse en el suelo. La bala pasó silbando, casi rozando la cabeza.

Mas no era el temor a las balas de su adversario, lo que impulsó a La Sombra a tenderse en el suelo. Fue su último esfuerzo para recoger el revólver. Tuvo éxito. Su mano alargada asió la culata del arma.

Carnicero vió la mano al posarse sobre el revolver. Avanzó precipitadamente, desde unos quince metros de distancia, con su linterna brillando como el faro gigantesco de una locomotora y su revólver poniéndose en posición para disparar un tiro seguro a boca de jarro.

La mano de La Sombra ascendió de repente, recobrando su fuerza de una manera asombrosa. El dedo negro apretó el gatillo.

Resonó una detonación. El disparo fue apuntado a la deslumbrante luz.

Carnicero cayó hacia delante y se desplomó en el corredor, rodando su linterna delante de él.

El dedo de La Sombra oprimió de nuevo el gatillo. Sonó un chasquido. No quedaba más que una bala de aquella lucha sostenida con Mayor y Hurón.

¡El último tiro había sido disparado!

Además, las fuerzas de La Sombra estaban agotadas. Su mano cayó a lo largo de su cuerpo.

El rufián mugía como un toro herido. Disparó tres veces en la oscuridad. No hubo respuesta. Poseído de un frenético deseo de matar a este enemigo que le había herido, olvidando el dolor de la herida que tenía en el costado.

Carnicero estaba arrimado a la pared, de rodillas sobre el suelo.

El hombretón se detuvo. No le quedaba más que un cartucho. Lo emplearía bien.

Arrimado a la pared, se acercó con paso vacilante hacía su indefenso enemigo. Llegó al lugar donde estaba su linterna. Se agachó para recogerla y tropezó. Cayó al suelo, rodando de dolor. Resuelto, logró incorporarse sobre sus rodillas, aunque no pudo ponerse en pie.

Tenía los labios ensangrentados. Tosía al enfocar la luz sobre la postrada figura de negro, que se encontraba a unos siete metros de distancia, moviendo débilmente su mano extendida.

La Sombra hacia un esfuerzo para levantarse. Había dejado caer el revólver al suelo.

Carnicero avanzó arrastrándose. No quería dejarlo al azar. Sabia que la herida era mortal. Quería aproximarse, para tirar de cerca y terminar con la vida de su enemigo. La furia se debatía con el dolor, cuando se acercaba a La Sombra.

Levantó su arma para disparar. Se afirmó sobre sus rodillas con la linterna en la mano izquierda y el dedo de su derecha sobre el gatillo, dispuesto a disparar ese último tiro seguro.

Los dos hombres se encontraban a unos tres metros de distancia el uno del otro. La Sombra se incorporaba penosamente. Carnicero oscilaba inseguro.

Tosió de una manera convulsiva y horripilante. Una bocanada de sangre le ahogó. Con un último jadeo, se desplomó lateralmente, muerto.

El último tiro de La Sombra cumplió su misión. Mortalmente herido, Carnicero no se dio cuenta de la gravedad de su lesión. Había avanzado unos cuantos metros, sostenido por el furioso deseo de venganza.

Ahora estaba muerto, como Mayor y Hurón. No vivió para disparar su restante bala.

La linterna que yacía en el suelo, prolongó un lamo y deforme destello hacia la puerta secreta situada en el extremo del pasillo.

Esa luz reveló a La Sombra apoyada la pared, con su mano derecha ilesa.

Había conseguido atravesar la puerta secreta y había penetrado en el depósito de féretros. Se enderezó junto a una pita de ataúdes.

Con extraño e incierto paso, la figura fantasmal avanzó penosamente hacia la escalera, sostenido por su espíritu indomable.

¡Desarmado dos veces y abandonado por muerto, La Sombra, el super enemigo de las hordas del crimen, había aniquilado a los que pretendieron arrebatarle la vida!

CAPÍTULO XX
DIÁCONO RECIBE UNA ORDEN

Cuatro hombres estaban sentados en un cómodo salón de fumar, saboreando unos habanos.

Harvey Bronlon había convidado a David Traver, director del Banco Regional, al alcalde de la ciudad y a un alto funcionario del Estado.

La situación financiera de Middleton fue el tema de la discusión.

Juez, en sus tonos más convincentes, explicó la gran labor de su Banco. Los otros le escucharon con aprobación.

Middleton tenia plena confianza en el Banco Regional, declaró el alcalde. El alto funcionario del Estado acentuó la necesidad de salvar las ruinas del Banco County Nacional, en lo concerniente a los pueblos del distrito.

-Supongamos-sugirió Juez, con calma-, que empezamos inmediatamente abriendo sucursales. De momento, necesitan servir únicamente a nuestros depositantes que residan fuera de la ciudad. Estoy dispuesto a realizarlo.

-Excelente-observó el alto funcionario.

-Puede usted anunciarlo entonces-indicó Juez-. Abrigo la intención de aumentar el número de nuestros empleados. No obstante, prefiero prescindir de los empleados del County Nacional. Aunque Huberto Salisbury es, sin duda, el autor de las substracciones, seria preferible tomar un personal completamente nuevo, en lugar de admitir a los que hayan trabajado en el desaparecido Banco.

-Estoy de acuerdo con usted, señor Traver -declaró Bronlon.

-¿Cómo lo arreglará usted?-inquirió el alcalde.

-Mi cajero y mis dos contables son hombres capacitados y de confianza -repuso Juez-. Los relevaré de sus actuales obligaciones y los mandaré a un viaje de estudio por el distrito. Pienso arremangarme bien, señores, y hacer yo mismo el trabajo de cajero. He escogido a ciertos empleados que pueden ocupar el cargo de contables.

-Depositamos nuestra confianza en usted, señor Traver-declaró el alto funcionario-. Su servicio en esta crisis ha sido maravilloso. Los recursos del Banco Regional al parecer inagotables-han sostenido la confianza. El distrito ha contraído con usted una deuda de gratitud...

El locutor se interrumpió al entrar un criado. Este avanzó hacia Bronlon, quien le preguntó lo que deseaba.

-El señor Best ha llegado con el camión-anunció el sirviente-, y se ha efectuado la descarga, de acuerdo con sus órdenes. El señor Best me preguntó si usted deseaba verle...

-¿Best? -rió Bronlon-. Dígale que pase.

Volvióse hacia los otros para dar una explicación.

-Best es el enterrador-dijo-. Un individuo muy emprendedor. Compró una cantidad de ataúdes nuevos y ha puesto a la venta de viejos a precio de costo. He comprado una partida. Tenemos un establecimiento de pompas fúnebres propio, en la colonia de los obreros. Tengo el propósito de mandar ataúdes al encargado. Es una de las muchas provisiones que suelo hacer. Los entierros son lamentables, pero no es cosa que podamos evitar.

Diácono, con rostro solemne, apareció en ala puerta y reposadamente hizo una reverencia a Bronlon.

-Pase, señor Best-invitó el magnate.

Sin levantarse, lo presentó a los invitados.

Diácono estrechó las manos de los reunidos. Al llegar a Juez, le saludó con la mayor cortesía.

-Ah, señor Traver-dijo-. Tuve el honor de estrecharle la mano en el banquete. Me alegro de volverle a ver. Encantado. Ha hecho usted mucho por Middleton.

Juez hizo una señal al esbozar una sonrisa indulgente. Diácono la vió. Sabia que significaba que debía esperar fuera.

Cuando se hubo marchado, sucedió un breve silencio. Juez recordó entonces que había olvidado una conferencia telefónica. Se excusó y marchó.

-¿Observaron ustedes a ese señor Best?-interrogó el alcalde-. ¿Vieron la expresión de su rostro al estrechar las manos con Traver? Nadie hubiese esperado que un enterrador tuviese emociones. Pero se ha contagiado del espíritu de admiración que todos sentimos por David Traver. Es un hombre maravilloso, señores, un hombre maravilloso. Una gran suerte para Middleton.

Diácono esperaba afuera, en el pórtico. El camión se había marchado. El coche mortuorio estaba en el fondo de la calzada.

Juez penetró en la oscuridad y oprimió el bravo de Diácono.

-¿Viste a Mayor o a Hurón-preguntó en voz baja-, antes de venir?

-No -respondió su compañero-. Dejé allí a Carnicero.

-Muy bien-dijo Juez-. Tuvieron un percance esta noche. La Sombra los acorraló.

Diácono no pudo reprimir una exclamación de sobresalto.

-Yo me encontraba allí-continuó Juez, con voz apenas audible-. Terminé al pájaro de un tiro. Afortunadamente no se oyó nada. Mayor y Hurón llevaron el cadáver al pasillo.

-No vinieron a...

-Porque les ordené que esperasen a Carnicero.

-Eso lo explica.

-¿Qué instrucciones diste a Carnicero?

-Le dije que se marchase con Mayor y Hurón.

-Bien. Mayor se cuidará de todo. Meterá el cadáver en uno de los ataúdes. Tú te encargarás de sacarlo.

-El lunes-respondió Diácono-. Mañana le echaré un vistazo. No quiero volver allí esta noche. Déjalo de mi cuenta. Tengo un plan para el lunes por la mañana.

-Mañana por la noche recibirás noticias mías-indicó Juez-. Saldré de viaje por la mañana, con Bronlon. Tú o yo, uno de los dos, recibirá noticias de Mayor.

-Echaré un vistazo fuera, cuando hayamos dejado el coche en el garaje-anunció Diácono-. Pero sería imprudente ir allí ahora, especialmente cuando no tengo nada que hacer allí esta noche.

-Pasa por delante del Banco, también -sugirió Juez-. Mira si todo está tranquilo. Llámame si observas alguna cosa sospechosa.

Palmoteó a Diácono en la espalda y regresó quedamente a la casa. Cuando llegó al salón de fumar, Bronlon y sus invitados esperaban su regreso.

-¿Dónde estábamos?-preguntó el alcalde, deseoso de continuar la interrumpida conversación.

-Hablando de ataúdes-sonrió Juez.

Harvey Bronlon soltó una risa.

-Antes de que se marche, señor Traver-dijo-, quiero enseñarle el almacén que tengo debajo del garaje, donde ponen esos ataúdes. Le sorprenderá. Parece la cámara acorazada de un Banco.

-Me gustaría verlo-declaró Juez.

La conversación derivó hacia asuntos bancarios. Juez demostró cierto interés, pero sus pensamientos se dirigían a otra parte. Sabia que Diácono le telefonearía en caso necesario.

A medida que transcurría el tiempo, Juez se sentía más satisfecho.

Con sus cuatro subordinados trabajando, si no recibía ninguna noticia, era una buena señal. No repicó el teléfono en el vestíbulo exterior.

Convencido de que había muerto La Sombra, consideraba que el resto de la operación era de menor importancia.

Podía confiar en Mayor. En consecuencia, deshacerse del cadáver de La Sombra no era más que una simple rutina. El único posible peligro-remoto- era la posibilidad de que el disparo hubiese producido alguna alarma.

Pero esa posibilidad iba desapareciendo. Diácono se encontraba cerca del Banco y él era el hombre ideal para comprobar la situación.

Mayor, Hurón y Carnicero, recibieron instrucciones de retirarse a sus casas.

Pero Diácono podía pasear por las calles de Middleton, a su antojo.

Por consiguiente, la ausencia de noticias era tranquilizadora. Juez olvidó sus pequeñas preocupaciones y dedicó todos sus pensamientos al tema de discusión.

El falso Traver se había imaginado a Diácono, metódico y discreto, paseando por la manzana del Banco. En esto, acertaba.

Diácono regresaba del garaje, donde dejó al conductor del coche mortuorio.

Pasó por la esquina donde el Banco Cunty Nacional se destacaba triste y abandonado. Se detuvo a encender un puro delante del Banco Regional.

Sus ojos sagaces miraron a través de la oscuridad hacia la entrada principal.

Su mirada penetrante, se levantó hacia las ventanas superiores de la sala del establecimiento bancario.

Todo estaba quieto y silencioso. No se veía ni un destello de luz.

Continuó su paseo. Llegó delante de su establecimiento y observó que todo iba bien. Sin nadie a la vista, se aproximó a la puerta excusada, por la cual indicó a los otros que salieran. La puerta estaba cerrada con llave.

Había pensado en comunicarse con Mayor; pero esta prueba era lo bastante satisfactoria. Una regla de los Cinco Camaleones era evitar comunicaciones innecesarias. Esa noche, sobre todas las noches, esa norma era prudente.

De vuelta a la calle, dirigió otra mirada hacia el silencioso edificio. Luego se alejó, en dirección de su residencia.

Se imaginó los acontecimientos del día. Mayor le habló de la amenaza desconocida, del llamado La Sombra. Mientras ellos hablaban, Juez había actuado. Estuvo presente para enfrentarse con La Sombra, y terminar con la amenaza de un solo tiro certero.

¡La Sombra estaba muerta! ¡El golpe estaba terminado! ¡Los trabajos de los Cinco Camaleones habían llegado a su deseado fin! La inspección de Diácono demostraba que todo marchaba viento en popa. El hombre de rostro solemne se felicitaba.

Pero no había observado más que los edificios. Sus ojos agudos no se fijaron en el suelo que pisaba.

En la acera, delante del establecimiento funerario, había un rastro que él pasó por alto.

Una mancha de sangre, otra más adelante, una tercera mancha, bajo la luz de un farol. Una cuarta, una quinta, una sexta .... luego el rastro desaparecía.

Esas huellas señalaban las primeras etapas del camino que La Sombra había seguido.

CAPÍTULO XXI
EL SÍMBOLO DE LA SOMBRA

Marta Delmar se encontraba sola esa noche. Se había acostumbrado a la soledad. Desde que su vida fue amargada por las penas, había rehuido instintivamente la compañía.

Tan sólo en una ocasión desahogó sus sentimientos, habló a La Sombra y había recobrado nuevas esperanzas.

El personaje misterioso se marchó: pero su partida dejó a la muchacha confiada en que su nuevo amigo, lograría desenmascarar el misterio que rodeaba la muerte su padre y la detención de Huberto Salisbury.

La Sombra dijo que volvería. ¿La visitaría esa noche?

No era aun medianoche y, sin saber por qué, Marta relacionaba esa hora mística con la figura espectral de su misterioso colaborador.

Estaba resuelta a esperar hasta después de las doce, con la esperanza de que él vendría.

Su intuición le decía que en Middleton se había desarrollado una conspiración Una banda peligrosa actuaba. Contra esta pandilla luchaba un hombre solitario. La Sombra, el implacable enemigo del mundo del crimen.

Aunque la muchacha, no tenía la menor idea de quiénes podan ser sus enemigos, comprendió que sus recursos debían ser enormes. Hasta ahora habían triunfado en sus planes.

Sabia que solamente observando el mayor secreto podría derrotarse a esos peligrosos y traidores criminales. La Sombra no podía esperar ninguna ayuda de nadie en Middleton, excepto de ella. Una vez que él descubriera sus cartas, el enemigo lucharía con ventaja.

¿Quiénes eran los enemigos? Solamente lo sabia La Sombra. Todo el mundo miraba con hostilidad a Marta, pero ella sabia que sus antiguas amistades se guiaban por la opinión pública. Por mucho que lo intentaba, no podía señalar a los responsables de sus penas. Tontamente había recurrido a una vaga condenación de sus desconocidos enemigos. Ello la puso en ridículo

Pero trajo a La Sombra. Desde aquel extraño encuentro con la figura de negro, había sentido confianza: y en su mente se quedaron grabados todos los detalles de aquella entrevista, a la vez fantástica y real.

Era extraño, pensó la muchacha, cómo llegó y salió La Sombra anoche, abriendo y cerrando la pesada puerta principal, a pesar de las fuertes cerraduras y cerrojos. El pensar sólo en aquella misteriosa visita lo producía un profundo temor.

Miró hacia la puerta casi esperando ver a La Sombra de pie en el umbral.

Mientras la muchacha miraba fijamente en el oscuro vestíbulo, tenia los nervios tensos y los oídos alerta como los ojos.

Se imaginó oír un leve rumor procedente del piso inferior. Escuchó atenta y finalmente pensó que era pura imaginación.

Luego llegó a sus oídos otro ruido, que la convenció de que la primera suposición fue acertada. Era el sonido de algo que caía sordamente sobre el suelo. Parecía provenir de la escalera.

Audazmente, la muchacha se levantó y entró en el vestíbulo del piso superior. Latíale el corazón aceleradamente al acercarse a la escalera. Miró hacia abajo y permaneció momentáneamente petrificada de espanto.

Una figura yacía en la escalera, a pocos escalones del suelo. Estaba tendida boca abajo. Tenia el brazo extendido como si la blanca mano, hubiese intentado agarrarse a la barandilla para evitar una caída.

La muchacha comprendió que el desconocido había perdido el conocimiento y estaba indefenso. Permanecía inmóvil corno la muerte. No llevaba capa ni sombrero; el traje oscuro le daba el aspecto de una masa amontonada. Los cabellos grises formaban el único contraste con su sombrío aspecto.

La muchacha descendió la escalera. Contempló compasiva al intruso. Al llegar a su lado, vio que estaba desvanecido. Posó sus manos encima del cuerpo del desconocido e inmediatamente observó la herida.

La negra chaqueta del hombre estaba empapada de sangre.

Movió el cuerpo ligeramente. El brazo izquierdo quedó libre y pendió sobre la escalera. La muchacha oyó un leve ruido cuando la mano inerte cayó encima del peldaño.

Tocó la mano y sus ojos se dilataron. Lenta y pensativamente, la levantó a la luz.

En un dedo brillaba la fulgurante gema que se quedó grabada en su memoria. Aun a la luz macilenta, los vivos colores del girasol lucieron con reflejos fantásticos y tornadizos.

¡El símbolo de La Sombra!

¡Ese hombre era La Sombra!

Había sido herido y parecía próximo a morir. Había acudido en su auxilio.

¿Qué podía hacer ella?

Le asaltó una idea. Comprendió que La Sombra tuvo la intención de ir a verla, con el objeto de enseñarle la piedra preciosa que ella recordaba y decirle cómo podría prestarle ayuda. Había venido, no como una figura misteriosa, sino en el carácter de un hombre de cabellos grises.

La Sombra representaba un papel y era probable que tuviese algún signo de identificación. La muchacha metió una mano en los bolsillos de la chaqueta del hombre. Sacó unas tarjetas. La superior llevaba un nombre:

ENRIQUE ARNAUD

La imaginación de la muchacha funcionó febrilmente. La doncella estaba en la casa, en el tercer piso. Podía llamarla más tarde. El chofer se había marchado. Esa mañana, terminaba sus servicios. Hoy era su último día en la casa.

Marta sabia que podía confiar en la sirvienta. Mas era necesario llamar a un médico.

Pensó en el doctor Merritt, el médico de la familia. Había estado ausente de Middleton cuando la muerte de su padre.

Era una de las pocas personas que la visitaron para darle el pésame. Eso fue después de su regreso de viaje, cuando Marta sufría los primeros periodos de su ostracismo social.

Dio las gracias al viejo doctor por su bondad al telefonear; pero su orgullo y amargura le impidieron que invitara al viejo amigo de la casa, a que la visitase. No obstante, en esta ocasión, creyó que podía contar con él en este terrible apuro.

Se dirigió presurosa al teléfono y llamó a la casa del doctor Merritt.

Contestó él mismo. Marta le preguntó si podía ir en seguida.

El acento de angustia de la muchacha debió ser observado por el doctor, pues no pidió ninguna explicación, respondió que llegaría al instante.

Marta llamó a la criada, que se había acostado. Le dijo que se vistiera y bajase. Luego fue a la puerta principal. Estaba cerrada, pero no con llave.

Comprendió que La Sombra la abrió, pero se encontraba demasiado débil para intentar cerrarla tras sí. Un motor ronroneó fuera. Unas pisadas hollaron la arenilla de la calzada.

Marta abrió la puerta. El doctor entró y miró perplejo a la muchacha.

Ella le asió del brazo y le condujo al vestíbulo, y luego a la escalera.

El doctor se detuvo en seco al ver el cuerpo.

-¿Quién... quién...? -empezó.

-Es un antiguo amigo de papá-explicó la muchacha, en voz baja-. El señor Arnaud. Está herido. Ya se lo explicaré después, doctor. Pero, por favor, cuídelo.

El médico hizo un gesto de asentimiento al depositar su maletín en el suelo.

Se inclinó sobre el hombre desvanecido. Luego hizo una seña a la muchacha.

-Venga-dijo-. Tenemos que llevarlo a una cama, arriba.

El doctor era un hombre de fuerza extraordinaria para su edad. Tenía a lo menos sesenta años, pero sus facciones mostraban un aire juvenil. Tomó la mayor parte de la carga, mientras Marta le ayudaba con sorprendente vigor.

El cuerpo de Enrique Arnaud descansó finalmente, sobre un costado en una cama de una habitación sobrante. La muchacha pudo verle el rostro.

Era un continente firme y bien modelado. Estaba pálido. Marta contempló los cerrados párpados, esperando con frenesí que La Sombra viviese aún.

La sirvienta llegó. Ella y Marta obedecieron las instrucciones del doctor. El doctor Merritt era un médico de larga experiencia. Curó la herida con la mayor habilidad.

Marta, observando el rostro de La Sombra, vió que los ojos se abrieron y chispearon momentáneamente. Luego los párpados se cerraron.

Era pasada la medianoche cuando el doctor y la joven se encontraban juntos en el vestíbulo de la entrada. El doctor Merritt se mostraba grave y pensativo.

Marta Delmar aparecía expectante.

-Se encuentra bien-dijo el doctor-. La herida no es grave. Ha perdido mucha sangre. Debe permanecer quieto unos cuantos días, mientras recobra las fuerzas. Está demasiado débil para hablar ahora. En consecuencia, puede usted decirme cómo ha sucedido esto.

-Lo ignoro, doctor Merritt-declaró la joven, con franqueza-. Sólo conozco que al señor Arnaud es un amigo, un verdadero amigo... y que llegó aquí herido.

-Debo denunciar el caso-advirtió al médico.

-Por favor, doctor-suplicó la joven-. No me convierta en víctima de más publicidad. He sufrido de una manera terrible desde la muerte de mi padre. La gente, se ha confabulado contra mí, doctor Merritt, y el señor Arnaud es el único que se ha mantenido fiel. Es tanto lo que hay en la balanza, doctor...

El tono patético de la muchacha triunfó.

-Esperaré unos días-dijo el doctor-. Puede confiar en mi, señorita Delmar. Puesto que no sabe nada del accidente, esperaré hasta que pueda interrogar al señor Arnaud.

Hizo una pausa y prosiguió:

-Creo que sería preferible que no viniese durante un tiempo, a menos que usted me llame. No veo ninguna complicación. Llámeme, en caso contrario. Pero no diga nada.

-Nadie lo sabrá-prometió Marta-. Puedo confiar en mi criada. Gracias, doctor. Esto significa mucho para mí.

Una vez arriba, la joven entró en el cuarto donde Enrique Arnaud yacía quieto y débil. Sus ojos se abrieron al oír acercarse a Marta. La sirvienta había salido a preparar una medicina.

Los labios de Enrique Arnaud se movieron. Cuchichearon unas palabras.

La joven escuchó atenta y asintió con la cabeza al comprender su significado. Cogió un papel y un lápiz y escribió un mensaje que La Sombra le dictó.

Después, cuando pareció que Enrique Arnaud dormía confortablemente, llevó el papel abajo. Descolgó el teléfono, llamó y mandó un telegrama a Rutledge Mann, un agente de Bolsa de Nueva York.

No parecía que el mensaje fuese importante. Solicitaba una entrega inmediata de todos los valores que el señor Mann había comprado, siguiendo instrucciones. Debía remitirlos por avión. El telegrama incluía las señas y Marta firmó con su nombre.

¿Qué significaba aquel mensaje? Parecía el producto de un cerebro turbado.

¿Cuál sería su finalidad? Lo ignoraba, pero obedeció.

¡Pues Enrique Arnaud llevaba el símbolo de La Sombra y sus dictados eran la única esperanza que la quedaba a Marta Delmar!

CAPÍTULO XXII
LA NOCHE DEL DOMINGO

La lujosa limousine de Harvey Bronlon penetró en la oscura calzada, sus faros brillantes arrojando un enorme resplandor, sobre el pórtico de la residencia del millonario.

Bronlon se apeó del coche. Le siguió Juez.

Los dos hombres entraron en la casa. Fueron recibidos por un criado, que habló respetuosamente a Bronlon.

-Han telefoneado varias veces preguntando por el señor Traver, señor -dijo el sirviente-. Dejaron un número.

Bronlon pasó el papel a Juez, quien lo miró atentamente. Fue al teléfono y llamó. Habló con monosílabos, y en voz baja. Luego colgó el receptor y entró en el salón de fumar de Bronlon, donde el magnate le esperaba.

-Es Diácono-cuchicheó Juez-. Ha sucedido algo. Le dije que viniese inmediatamente. No podía explicármelo por teléfono.

Bronlon asintió. Tocó el timbre y apareció un sirviente.

-¿Llamó el señor Best hoy? -le preguntó.

-No, señor.

-Le dije que viniese-dijo el señor Bronlon-. Quizá venga esta noche. Si viene, hágalo pasar aquí.

Los dos hombres se contemplaron mutuamente en silencio. Bronlon, ceñudo. Juez estaba serio. Hablaron nerviosos a media voz. Al fin, Juez se encogió de hombros.

-Es inútil preocuparse hasta que llegue Diácono -dijo.

Bronlon emitió un gruñido de asentimiento.

Un cuarto de hora más tarde, el señor Best fue anunciado. Diácono entró al instante. Permaneció de pie, solemnemente, hasta que el criado se hubo marchado.

Luego, cuando Bronlon cerró la puerta, se hundió en una butaca, su rostro grave mostrando cierta excitación.

-¡Estamos en una situación difícil, Juez-dijo-. Todo fue mal anoche. Aquel individuo que tú creíste haber matado, debe haber resucitado. Se escapó... ¡y somos tres Camaleones menos!

-Quieres decir...

-Quiero decir que nuestros compañeros están muertos. Mayor, Hurón y Carnicero. Están tendidos en el pasillo.

En el semblante de Juez se reflejó una expresión de asombro, que se convirtió en furia. Se levantó de su butaca y crispó los puños.

Miró a Bronlon. El millonario tenia la expresión de un hombre acorralado.

-Cuéntame los detalles-dijo a Diácono.

-Pasé por allí anoche-empezó éste. Todo estaba tranquilo. Hoy esperé hasta después de mediodía. No había recibido ningún recado de Mayor.

Tras una pausa, continuó:

-Pensé que podría haberte telefoneado; pero sabia que tú no estabas en la ciudad. Entonces decidí que seria preferible echar un vistazo al depósito, con el objeto de ver el cadáver que se suponía estaba en el ataúd.

"Bajé -prosiguió-. Los ataúdes estaban vacíos. Observé un pequeño charco de sangre en el suelo. Gotas que iban a parar a la puerta secreta de la pared. Vi otras gotas en dirección de la escalera.

"Entré en el pasillo. Allí los encontré. Carnicero... con él tropecé primero. Mayor y Hurtan se encontraban en el otro extremo del pasillo.

-¿Qué hiciste? -preguntó Juez, con calma.

-Los dejé allí -respondió Diácono. Es el mejor lugar, por ahora. Nadie los encontrará nunca. Podemos desembarazarnos de los cadáveres más adelante. Pero ¿cómo vas a explicar mañana su ausencia, cuando no se presenten en el Banco?

Juez reflexionó un momento; luego sonrió ferozmente.

-¿Recuerdas lo que dije aquí, anoche?-preguntó-. ¿Respecto de mandar a mis tres principales empleados a estudiar el distrito? Pues bien, ya entró en efecto. El anuncio fue a los periódicos. Esto nos da un respiro, en cuanto al primer problema.

-Pero ¿y el dinero?

Bronlon formuló la pregunta, con evidente ansiedad.

-Saldrá esta noche-repuso Juez, con firmeza-. Diácono está aquí. Ha venido a examinar los ataúdes y tratar de adquirir algunos más.

-¿Los expediremos de nuevo?

-Si. Será una transferencia. No tardaremos mucho, ¿verdad, Diácono?

-No mucho -repuso éste.

-El dinero irá en esas cajas de embalaje-continuó Juez, con calma-. El camión puede llevárselas mañana por la mañana, temprano. Después, ya ha sido planeado lo que debe hacerse.

-Perfectamente -asintió Bronlon, más tranquilizado.

-Existe un peligro-advirtió Juez, con frialdad-. La Sombra vive aún. Conoce nuestros planes. Hemos de darle caza. No puede estar muy lejos.

-Creo conocer dónde se encuentra-observó Diácono, con acento reposado.

-¿Si? -preguntó Juez, vivamente.

-Si-repuso Diácono-. Tengo un presentimiento. ¿Recuerdas aquella muchacha, la hija de Delmar-que dio una "interview", en la cual mencionaba a La Sombra?

-Sí.

-Recordé esto. Me hizo pensar que si él trabajaba con alguien en Middleton, seria con Marta Delmar. Por consiguiente, pasé por delante de su casa, hoy. Miré donde no lo hice anoche: por la acera.

-Viste...

-Una mancha de sangre, cerca de la esquina. Como si un hombre se hubiese detenido allí, apoyándose en el poste del telégrafo. Esto me convenció. ¡La Sombra está en casa de Delmar!

-Si hubieses ideado algún plan para cazarlo...

-Habría sido inútil, Juez. Lo que pueda decir, ya lo ha dicho. Esta noche es el momento de despacharlo allí dentro. !Pero tú no puedes hacerlo! ¡Ni yo tampoco!

-Tienes razón, Diácono. Es una situación apurada. Si La Sombra se encuentra allí, tendremos que despacharle a él y a la muchacha, también. No podemos suprimir a La Sombra y dejar a la muchacha...

Hizo una pausa, lleno de perplejidad. Tampoco su compañero podía ofrecer ninguna sugerencia. Bronlon facilitó la inspiración.

-¡Ya lo tengo!-exclamó, dando un puñetazo en la mesa-. ¡Ya lo tengo! ¡Los vigilantes!

Juez dirigió una mirada interrogante a Bronlon.

-Tú conoces esta región, Juez-dijo el millonario-. Se han ejecutado algunos linchamientos en el pasado. Examinemos la situación. Existe un movimiento de indignación popular contra Huberto Salisbury. Corrieron rumores de que existía el proyecto de asaltar la cárcel y lincharlo por la muerte de Wellington. Aquello pasó.

Tras una pausa, prosiguió;

-Pero todo el mundo está furioso con la muchacha Delmar, porque defendió a Salisbury. Se ha hablado de expulsarla de la ciudad. Ahora supongamos que se sabe que está ocultando a un hombre en su casa. ¿Cuál es la respuesta? ¿Quién puede ser?

-Algún cómplice de Salisbury-declaró Juez-. Eso es lo que pensaría la gente.

-Exacto-exclamó Bronlon-. Si la noticia se esparciese, no tardaría mucho en llegar allí alguna gente indignada, especialmente en domingo por la noche. Matarían al hombre: se llevarían a la muchacha. Quizá la suprimirían también.

-Pero no podemos correr ese riesgo. Bronlon-dijo Juez-. Un tumulto de la plebe es demasiado peligroso. Podría arruinarnos.

-No la plebe que yo me figuro-rió el magnate.

Diácono y Juez escucharon atentos mientras Bronlon exponía su plan.

-Mi empleado Critz-dijo-. Lo conocéis; el encargado de recoger la bonificación y el dinero de los jornales. Tiene treinta hombres bajo sus órdenes, pero no necesitamos tantos. Seis serán bastantes. Critz tiene sus favoritos: hombres que harán lo que yo les diga.

"Los lanzaré esta noche. Actuarán como vigilantes, enmascarados. Entrarán en casa de la muchacha y despacharán a ese individuo. Lo sacarán y lo matarán delante de la puerta. Se llevarán a la muchacha. La ciudad se volverá loca. A causa de los vigilantes desconocidos...

-Estupendo-aprobó Juez-. Nadie lo sabrá nunca. Hazlo con cuidado. Bronlon.

El millonario se levantó y salió pesadamente del aposento. Volvió sonriendo.

-Telefoneé a Critz-explicó-. Le dije que viniese al instante y que no dijese nada al respecto. Llegará dentro de diez minutos.

"Vosotros estaréis escuchando, en el otro cuarto. Esperad y oiréis cómo arreglo esto. Diré a Critz que reúna a sus hombres y les diga que esta faena es cosa que ha salido de su magin. Puede decir que la gente ha estado hablando de ello, que la gente de Middleton es cobarde y no tiene valor de hacerlo.

"Jamás se descubrirá que yo lo inicié, Juez. No sabré nada de ello, aunque se mencione el nombre de Critz. Se lo advertiré a Critz. Él comprenderá. Pero recibirá una bonita cantidad si ejecuta esta operación.

-Exacto-sonrió Juez.

El semblante de Diácono se iluminó.

Los dos compinches de Bronlon se levantaron y entraron en un cuarto, desde donde podían escuchar sin ser vistos.

Jake Critz, jefe de los esbirros de Bronlon, llegaría dentro de diez minutos.

El tiempo pasó rápidamente.

Juez y Diácono oyeron la conversación entre Bronlon y su esbirro.

Critz era un sujeto endurecido que ostentaba las cicatrices de muchas batallas contra los huelguistas en los tiempos tumultuosos del pasado.

Escuchó las instrucciones de su jefe y gruñó su asentimiento.

Luego se marchó, para reunir la patrulla de los supuestos vigilantes.

Silenciosamente, Juez y Diácono estrecharon las manos de Bronlon.

-Iremos al almacén pronto -sugirió el millonario-. Podemos realizar nuestro trabajo aquí, mientras Critz ejecuta el suyo en casa de Delmar.

Los tres hombres astutos estaban jubilosos. Habían dispuesto el fin de La Sombra. El hombre misterioso había logrado escapar antes, pero, esta vez, no tendría salvación.

Siete rufianes endurecidos se dirigían a atacar a un hombre herido y a una muchacha indefensa. El hombre seria asesinado; la muchacha secuestrada.

¡Esta vez significaba la muerte de La Sombra!

CAPÍTULO XXIII
LA PATRULLA DE VIGILANTES

Marta Delmar buscaba un paraguas en el armario, debajo de la escalera principal.

Había empezado a llover y se disponía a salir para comprar algunos géneros en un establecimiento, situado a varias manzanas de distancia. La muchacha encontró el paraguas y, con él, descubrió otros dos objetos.

Uno era una prenda arrugada: el otro, un sombrero de ala ancha. Levantó la prenda y la expendió. Era una capa negra, con forro color carmesí.

Cuidadosamente, la joven dobló la prenda y la colocó, junto con el sombrero, en el rincón donde los encontrara. Comprendió que La Sombra, al llegar la noche anterior, se despojó de la capa y del sombrero antes de presentarse bajo el disfraz de Enrique Arnaud.

La mano de la muchacha rozó algo en el suelo, donde la capa había estado.

Resultó ser una pistola. No tocó el arma.

En el vestíbulo hizo una pausa. Oyó un ruido procedente de arriba.

Levantando la vista, observó a Enrique Arnaud, completamente vestido, de pie en lo alto de la escalera. Su elevada figura estaba erguida: pero su mano derecha descansaba en la barandilla.

Tenia el rostro pálido y contraído; mas sus ojos eran dos pedernales.

La muchacha le miró el brazo izquierdo. Descansaba suelto a su costado y en los dedos Marta observó el brillo del ópalo de fuego.

-¡Debe usted volver a la cama! -exclamó la joven, con voz de zozobra-. No está usted bien. Debe usted descansar...

Enrique Arnaud sonrió al descender los escalones, asiendo con firmeza la barandilla.

-¿Ha olvidado usted la respuesta a mi telegrama?-inquirió con calma-. Son las nueve.

La muchacha recordó. Llegó un telegrama de Nueva York, aquella mañana.

Manifestaba que mandaban los valores; que serian entregados a las nueve.

Contenía dos letras en clave: M y V. Evidentemente se referían a los valores encargados.

Enrique Arnaud había llegado al final de la escalera.

-Afrontamos un peligro-dijo-. Un peligro grave. Puede descargar en cualquier momento. Puedo ahora hacerle frente, pero debo actuar solo. En consecuencia he previsto su protección. Va usted a marcharse a un lugar seguro, hasta que la amenaza haya desaparecido.

Marta Delmar no respondió. No comprendía.

-Por avión de Nueva York-murmuró Enrique Arnaud-. Luego por automóvil. Aquí, a las nueve. Son las nueve ya.

Arnaud se interrumpió. Miraba hacia la puerta.

Marta observó el brillo acerado de sus ojos; el resplandor que viera en los ojos de La Sombra. Miró en la misma dirección... hacia la puerta principal.

La puerta se había abierto y tres hombres enmascarados avanzaban. Eran individuos de tipo siniestro, mal encarados y peor vestidos. Empuñaban cada uno de ellos un reluciente revólver y sus armas encañonaban a Enrique Arnaud y a Marta Delmar.

La muchacha contuvo el aliento. Conocía las historias de antiguos hechos acaecidos en Middleton. Estos hombres eran vigilantes, organizados para efectuar linchamientos. Por lo visto, habían averiguado que Enrique Arnaud estaba en su casa.

Valerosamente, la muchacha se puso delante de Enrique Arnaud. Este hombre estaba herido. Era un huésped suyo. Con aire de reto, se encaró con los invasores.

El jefe de los vigilantes soltó una carcajada. Echó de un empellón a la muchacha a un lado.

Enrique Arnaud no ofreció resistencia. Un aire de perplejidad se reflejó en su semblante. Esperó con calma las órdenes de sus aprehensores.

-Te buscamos-dijo el jefe, bruscamente-.Ven sin armar escándalo. Tú y la muchacha. No os pasará nada, si os portáis bien.

Enrique Arnaud avanzó tranquilamente. El jefe caminaba a su lado, apoyándole el revólver en los riñones.

Marta Delmar protestaba. Los otros dos malhechores la arrastraban a pesar de sus esfuerzos.

Una mano fue puesta en la boca de la muchacha, para impedir que gritase.

Pues la joven trataba de pedir socorro. Conocía las costumbres de los vigilantes.

Fuera, delante de la puerta, otros hombres estarían esperando. Asesinarían a Enrique Arnaud en cuanto cruzase el umbral. Se encontraba entre dos fuegos.

El jefe del trío tenía a Enrique Arnaud a su merced. Los otros malhechores empuñaban sus pistolas, pero la muchacha, con su resistencia, los tenia ocupados.

Arnaud, de haber resistido, habría sido muerto al instante. El caso de Marta era distinto. No tenían el propósito de matarla. La muerte brutal de una muchacha provocaría la hostilidad contra los vigilantes.

Arnaud y el jefe de la banda se acercaban a la puerta que estaba entornada.

El jefe empujó hacia un lado al herido. Quería que sacasen primero a la muchacha. Dirigió una mirada rápida y cautelosa para ver si venían.

Fue el movimiento que Enrique Arnaud había estado esperando pacientemente. En un instante, la figura calma y reposada de Enrique Arnaud se convirtió en el veloz y activo personaje conocido por La Sombra.

Su puño derecho ascendió. Descargó sobre el mentón del sobresaltado jefe de la pandilla. El vigilante se desplomó hacia atrás. La Sombra se lanzó sobre él. Con un rápido movimiento, le arrebató la pistola de la mano.

Los otros malhechores soltaron a la muchacha, para hacer frente a la amenaza. Uno levantó la mano para disparar. Marta se abalanzó sobre él, arañándole con fiereza y le desvió el brazo.

El segundo individuo fue más lento. Su brazo oscilaba hacia La Sombra, que estaba arrodillado en el suelo.

De la pistola de La Sombra partió un tiro. El vigilante se desplomó. El hombre a quien la joven atacara descendía el antebrazo, apuntando su pistola.

Marta le había asido del hombro, pero la muñeca libre del hombre trataba de golpearla con el arma.

La cabeza y el cuerpo del individuo estaban tapados por la figura de Marta; tan sólo la mano, con su reluciente revólver, aparecía visible por encima de la cabeza de la joven.

Hacia esa mano disparó La Sombra su segundo tiro. Su certera puntería dio en el blanco. La muñeca que descendía bajó inerte y la pistola cayó sobre el hombro de la muchacha y luego rodó por el suelo.

Este momento llegó el nuevo peligro. Disparaban desde fuera. De los lugares donde estaban escondidos, cuatro hombres avanzaban veloces. Uno divisó la elevada figura de Enrique Arnaud a través de la puerta. Disparó pero el tiro erró.

Los atacantes avanzaban hacia el pórtico. Con un movimiento instintivo y rápido, La Sombra avanzó para arrastrar a Marta a un lugar seguro, pues la joven permanecía estupefacta al lado de su ex-aprehensor que se retorcía en el suelo, en los estertores de la agonía.

Al tomar a la muchacha. La Sombra utilizó su brazo izquierdo. El súbito dolor que le atravesó el hombro le hizo vacilar.

El resultado pendía de su decisión. Cuatro hombres, envueltos en la oscuridad, se apostaron tras la barandilla exterior del pórtico. Sus figuras eran visibles desde la calle, mas no desde la casa iluminada.

¿Podría La Sombra llevar a lugar seguro a la aterrorizada muchacha?

Solo, podría haber rechazado el ataque, solo, podría haberse puesto a cubierto. Si la muchacha hubiese conservado su presencia de ánimo, podría haber ayudado, escapando. Pero la terrible tensión había debilitado sus nervios.

Era una carrera contra la muerte y La Sombra, debilitado como estaba, consiguió su objetivo. Con el brazo derecho lanzó a la muchacha a un rincón de la habitación, lejos de la puerta abierta. Luego, dando un salto prodigioso se lanzó a la escalera, buscando su protección.

Las balas silbaban por su lado, pero llegaban tarde. La Sombra había llegado a su objetivo-la pistola- y apuntó a través de los postes de la barandilla. El tiro hirió la mano de uno de los atacantes del porche.

La Sombra se hallaba en un lugar seguro. Allí podría resistir contra sus enemigos. Pero le quedaban tan sólo tres cartuchos. Vióse obligado a economizar sus tiros, pues sus adversarios se mantenían bajo cubierto, disparando con rapidez para mantenerle acorralado.

La Sombra no actuó. Parecía aguardar algo. Sus ojos penetrantes atisbaban la calle. Vió que un sedán se detenía junto al bordillo de la acera.

Disparó dos tiros rápidos; luego hizo una pausa y disparó un tercero. Las balas no encontraron ningún blanco, pues los vigilantes estaban a cubierto.

Ellos vieron que La Sombra se levantaba, como si se dispusiera a huir.

Conocían que había agotado sus municiones. ¡Ignoraban que estos disparos fútiles fueron una señal!

Los cuatro hombres se levantaron juntos. El herido en la mano derecha blandía un revólver con la izquierda. Avanzaron hacia los peldaños, resueltos a impedir la horda de su enemigo.

Cuando sus figuras surgieron delante de la luz de la puerta abierta, unos revólveres empezaron a escupir llamaradas desde el coche junto al bordillo.

Cayó un atacante, luego un segundo y un tercero. El cuarto avanzó con paso incierto. Levantó la mano para disparar, pero La Sombra fue a su encuentro.

El brazo de La Sombra descargó su revólver sobre la muñeca del último hombre. Luego, cuando el individuo se tambaleó, le asestó un formidable golpe en la nuca.

El último de los cuatro se desplomó.

La habitación quedó sumida en un silencio profundo. Los disparos del automóvil habían cesado. Llegaban a través del aire unos gritos lejanos.

La Sombra se volvió hacia Marta y su rostro adoptó el aire grave y sereno del continente de Enrique Arnaud.

La muchacha le miró llena de asombro.

-Son las nueve y siete minutos-la voz de Enrique Arnaud hablaba, mientras el hombre miraba con calma su reloj-, y mis hombres están aquí más tarde de lo que yo esperaba. La aguardan en el coche. Harry Vincent y Clifford Marsland. Han venido de Nueva York. Váyase con ellos. No debe usted permanecer aquí.

Marta Delmar asintió con la cabeza. Comprendió el propósito de La Sombra.

La gente creería que habían llegado otros vigilantes, que había sido secuestrada y su compañero asesinado. Los ojos centelleantes le ordenaban que se marchase.

La muchacha echó a correr hacia la puerta, salió a la calle y se acercó al coche. Mirando por encima de su hombro, vio la figura de Enrique Arnaud silueteada en el umbral; su mano derecha daba una señal.

La portezuela del automóvil estaba abierta. Marta ayudada a subir. El coche salió disparado a lo largo de la calle.

Los gritos se oían más cerca. Llegaban corriendo por la calle muchos hombres. La Sombra cerró quedamente la puerta. Cogió tranquilamente un revólver, que uno de los heridos trataba de recoger con la mano izquierda.

Luego escogió otra arma. Se guardó ambas pistolas y se dirigió con rapidez hacia el hueco debajo de la escalera.

El jefe de los vigilantes se movió. Se sentó erguido en el suelo y se frotó las mandíbulas. Oyó un fuerte martilleo en la puerta. Se incorporó y corrió hacia la parte posterior de la casa, ansioso por escapar antes de la llegada de la policía.

La puerta cedía. Alguien rompía el cristal de una ventana, De detrás de la escalera surgió una figura negra: La Sombra, vestida con su capa y su sombrero.

Permaneció inmóvil. Era una figura extraña e imponente. Luego, de sus labios invisibles partió una risa larga y sardónica. Era el júbilo de la justicia, anunciando su triunfo sobre las hordas del crimen.

Volviéndose con rapidez, cruzó una puerta que conducía a otra habitación.

Los hombres que entraron hallaron solamente a unos cuantos rufianes enmascarados, tendidos en el suelo: algunos muertos, los otros gravemente heridos. No vieron ninguna señal del negro vengador.

¡Pues La Sombra, encaminándose a otra acción, había desaparecido en la negrura de la noche!

CAPÍTULO XXIV
CRIMEN FRUSTRADO

-Esto pone fin a la operación.

Fue Juez quien pronunció las palabras de satisfacción, dirigiéndose a Harvey Bronlon.

Diácono se agachó cerca de la pared y cerró la tapa de una caja de embalaje, en la que había metido paquetes de billetes de Banco.

Los tres hombres estaban en la cámara acorazada subterránea bajo el garaje de Harvey Bronlon. La puerta de hierro se cerró.

Estaban seguros allí.

Las grandes cajas formaban una hilera, junto a otra de ataúdes abiertos. La transferencia de una enorme cantidad de dinero había sido efectuada.

-Vámonos-dijo Bronlon.

Abrió la marcha. Cerró la puerta de hierro tras sí. Los tres hombres atravesaron un largo y oscuro pasillo, luego ascendieron unos escalones y al fin llegaron al salón de fumar de Bronlon.

-Cuando Critz efectúe la visita, estaremos seguros-declaró con una sonrisa insidiosa-. Ahora que se cuidan de La Sombra, no debemos preocuparnos.

-No obstante, es mejor apresurarnos-observó Juez-. Con más de dos millones embalados, creo que sería preferible dejar correr el negocio de los valores.

-Opino que tienes razón -apoyó Bronlon-. Puedo conseguirte esa dirección del Banco en Nueva York. Que el nuevo director cargue con el muerto.

-Habrá dinero legítimo-observó Diácono.

-Si-asintió Juez-, pero hemos distribuido tanto falso que en los pagos y depósitos nos entregarán demasiado de él. No queda mucho dinero legítimo en esta región.

-Tardará tiempo en descubrirse-dijo Diácono-. Ejecutamos un trabajo impecable, Juez. Es imposible mejorar el trabajo de grabado. Parece haber salido de la Casa de Moneda. A excepción de los números. Son duplicados de billetes legítimos. Mayor conocía su trabajo. Es perfecto. Carnicero realizó también un gran trabajo en las prensas...

Hizo una pausa y luego añadió:

-Me dolió ver aquellas planchas lanzadas por la borda en el mar Caribe. Parecía un entierro en el mar. Las trabajé con cariño... con cariño...

Juez asintió con una sonrisa. Disponíase a hablar cuando hubo una interrupción, tan súbita que ni él ni Diácono tuvieron la ocasión de moverse de la habitación.

Jake Critz, jefe de los vigilantes, entró precipitadamente en el salón de fumar. Con ojos desencajados se detuvo delante de Harvey Bronlon. Mas, al ver a los otros, titubeó, jadeando.

-¿Qué sucedió, Critz? -gruñó Bronlon-. No importa quién está aquí. ¡Habla, pronto!

-¡Se escapó!-dijo Critz-. ¡El y la muchacha! Lo atrapamos pero logró tumbarme; y los otros cayeron en la operación. ¡Están tendidos allí, . . en casa de Delmar... muertos la mitad de ellos!

La corpulenta figura de Bronlon se desplomó en la butaca. Juez quedó aturdido. El rostro de Diácono se puso largo y melancólico.

-Me descubrirán-gimió Critz-. Cuando vean quiénes son, la policía me buscará.

Bronlon asentía con la cabeza, pero Juez interrumpió:

-Esto no sucederá hasta pasado algún tiempo-dijo, con calma-. No hay motivo para que busquen a Critz en seguida. Los vigilantes son ilegales; pero tienen que ocuparse de tantos, que pasará algún tiempo antes de que piensen en otros. Critz debe salir esta noche.

Bronlon asintió con la cabeza.

-Puede marcharse en uno de nuestros camiones-continuó Juez, quedamente-. Que se lleve la remesa de cajas de la cámara acorazada, de forma que parezca que trabaja contigo. El señor Best -señaló a Diácono-, puede ayudarle. Eso le facilitará la huida.

Bronlon vió la sagacidad del plan. Al parecer, Critz habría huido con un camión robado. Al mismo tiempo, trasladarían el dinero. Estará seguro en su escondite mucho tiempo antes de que la policía empezase a buscar a Critz.

La huida del hombre disiparía toda sospecha respecto a Harvey Bronlon.

-Te ayudaremos a escapar de este apuro Critz-declaró el magnate-. Al mismo tiempo, recibirás dinero. Lo suficiente para que puedas marcharte a donde quieras. Baja y coge el camión grande. Llévalo al garaje. No hables a nadie.

Critz, moviendo la cabeza en señal afirmativa, salió con premura del cuarto.

Juez se levantó e hizo una seña a sus compañeros.

-Abajo en el garaje-dijo-. Allí debemos estar.

Los tres hombres descendieron. Atravesaron el corredor y entraron en la cámara acorazada.

Diácono abrió la puerta que conducía a la calzada. Sentados en las cajas, los hombres discutieron en tono bajo el extraño giro de los acontecimientos.

-Nos hemos desembarazado de La Sombra, por ahora-declaró Juez, con acento enfático-. Tuvo suerte de escapar. No puede intentar nada ahora. El peligro está en el Banco... y en el establecimiento de pompas fúnebres. Será mejor dejar que Diácono se ausente. Que se descubra todo. Mi nombre y el tuyo están seguros, Bronlon. El dinero falso pasará por legítimo...

-¿Y si La Sombra entra y saquea la cámara?-indicó Diácono.

-Bajaré tan pronto como hayamos terminado aquí-murmuró Juez, pensativo-. Si ha sucedido eso tendré que esfumarme también. En cuanto a Bronlon...

Se interrumpió. Critz entraba. El hombre venia por un pasillo que conducía a la puerta de la cámara acorazada.

Los tres hombres se pusieron en pie. Diácono se preparó al instante a ayudar a Critz a levantar la primera caja.

Una risa suave surgió de la puerta interior de la habitación.

Los cuatro hombres se volvieron al mismo tiempo. Se encontraron mirando a los cañones de dos revólveres. Empuñábalos un hombre vestido de negro.

-¡La Sombra! -gritó Juez.

Las manos de los hombres acorralados se levantaron en alto. No había posibilidad de escapar.

La Sombra bajó su brazo izquierdo con un ligero signo de cansancio; pero la mano derecha era suficiente como amenaza.

-¡El primero que se mueva será el primero que muera!-advirtió.

Su voz ominosa resonó como un cuchicheo repetido, en aquella habitación subterránea.

-Tu partida ha terminado, Bronlon-declaró La Sombra, con frialdad-. Eras un hombre poseedor de una gran fortuna, pero derrochaste gran parte de tus ganancias. Necesitabas un medio de rehacer tus pérdidas y pescar unos millones además.

"En consecuencia, escogiste un grupo de hábiles malhechores. Se llamaban los Cinco Camaleones. Como el camaleón, cambiaban de apariencia y de manera para adaptarse a las necesidades.

"Tres de los Cinco Camaleones están muertos. Los dos restantes están acorralados contigo. Son los supervivientes de una banda de bribones.

Todos, menos Jake Critz, comprendieron la amenaza del tono. Critz estaba desconcertado y estupefacto. No reconocía a este asombroso personaje, por el capturado temporalmente en casa de Delmar.

-Un proyecto hábil-continuó el hombre de las tinieblas-. Fruto de muchos años de trabajo, para ser destruido en una breve semana. Conozco los nombres de vuestros Cinco Camaleones. Conozco sus nombres.

Tras una pausa, añadió:

-Juez y Diácono, estos dos están aquí. Mayor, Hurón y Carnicero, esos tres están muertos. Cuatro eran presidiarios. Tu influencia logró sacarlos de la prisión antes de terminar su condena.

"Mandaste de viaje, hace diez años, a cuatro de los más hábiles falsificadores del país. Pasaron una vida de placer, viajando por países tropicales, recogidos a veces por el yate que pusiste a su disposición.

"Mientras se divertían, trabajaban. Prepararon planchas e imprimieron millones de dólares falsificados de la manera más perfecta que jamás se ha hecho. Los billetes fueron introducidos por avión, supongo. Los billetes falsos fueron enviados a Middleton, dentro de una partida de ataúdes.

-¡Yo no sé nada de esto!-gruñó Bronlon. La Sombra profirió una carcajada.

-Edificaste la manzana de casas para alojar los Bancos de Middleton, con un pasillo subterráneo que se comunica con el establecimiento de pompas fúnebres. Sirvió de perilla a los Camaleones.

"Uno, este individuo que se llama Juez, no tenía antecedentes criminales. Gozaba de buena posición. Conocía el negocio de bancos. Estaba familiarizado con la cámara acorazada del Banco County Nacional, así como con el de su propio establecimiento.

"Su campaña empezó arruinando al otro Banco. Miles de dólares fueron substraídos del County y guardados en la cámara del Regional. Dos asesinatos se necesitaron para ello. Wellington fue asesinado. Achacaron la culpa a Huberto Salisbury. La muerte de Rolando Delmar fue ejecutada de forma que pareciera suicidio. El pánico empezó. El County Nacional quebró.

"Luego, en vuestras cajas, se vertieron todos los recursos de este distrito. Por cada dólar de papel bueno, los Camaleones dabais un dólar falso. Dinero falso a cambio de dinero legítimo.

"La cámara acorazada del Banco Regional, contiene más dinero de lo que aparece en sus libros. Pero el dinero es ilegítimo. Los millones robados al público estén preparados para una expedición que no se llevará a cabo.

Bronlon gimió. Los otros permanecieron silenciosos.

-La bonificación, los salarios que pagaste, Bronlon, se han hecho con billetes falsos. Habéis recogido el dinero legítimo. Tú y tus compinches esperabais recoger una espléndida cosecha.

La Sombra hizo una pausa. Una risa tornó a brotar de sus labios.

Continuó, lenta y enfáticamente:

-Espero que no os he cansado, pues lo que sé no es ninguna noticia para vosotros. Me he visto obligado a entretenerme con vosotros. Estamos esperando a la policía que he llamado a esta casa.

La voz de La Sombra se tornaba cada vez más lenta. Sus esfuerzos fueron grandes aquella noche. Estaba herido aún. Una sensación de desmayo iba apoderándose de él. Su cuerpo se tambaleó y casi se desplomó.

Juez, sin perder la serenidad frente al peligro, comprendió el motivo. Era su oportunidad. Como un tigre, saltó a atacar a su enemigo.

El súbito asalto hizo recobrar las fuerzas menguantes a La Sombra, quien levantó el abrazo derecho cuando Juez se lanzó sobre él. El revólver ladró.

El cuerpo de Juez cayó de espaldas. El disparo de La Sombra le atravesó el corazón.

Bronlon saltó hacia delante. Critz se le unió. Diácono sacaba su pistola.

Si Bronlon y su sicario no hubiesen atacado impetuosamente, Diácono podría haber matado a su adversario.

Pero La Sombra estaba ahora debajo de sus enemigos. Su revólver disparó unos tiros sordos. Los hombres se retorcían en el suelo, cuando Diácono fue en su ayuda.

Una porción de aquella figura negra era todo lo que el quinto Camaleón deseaba. Apareció a la vista cuando el corpachón de Bronlon rodó a un lado.

Pero cuando vió la oportunidad, la mano de La Sombra se levantó con su reluciente revólver.

El dedo apretó dos veces el gatillo antes de que Diácono pudiese disparar.

Y, entonces, el quinto Camaleón se desplomó al suelo.

La Sombra empujó lentamente a un lado el cuerpo de Jake Critz. Con la mano derecha, la figura de la justicia se puso en pie.

Una vez incorporado, permaneció inmóvil como una estatua.

En el suelo yacían Juez y Diácono, muertos. Bronlon gemía, moviéndose débilmente. Critz jadeaba convulsivamente, con las manos en un costado.

Lenta y penosamente, La Sombra se dirigió a la cámara acorazada. Su figura cubierta por una capa negra estaba, envuelta en columnas de humo de revólver. Luego salió a la oscuridad. La escena de muerte esperaba la llegada de las fuerzas de la ley.

El último de los Cinco Camaleones había perecido, a manos de La Sombra.

Solo, había terminado las carreras del quinteto de criminales.

Junto a los cadáveres de Juez y Diácono, yacía, retorciéndose en los estertores de la agonía, el corpachón de Harvey Bronlon, el multimillonario, financiero de la gigantesca falsificación.

CAPÍTULO XXV
LA VICTORIA DE LA JUSTICIA

Todo Middleton quedó asombrado, por las revelaciones que siguieron al sangriento final de los Cinco Camaleones.

La primera noticia de su obra criminal fue el hallazgo de los vigilantes muertos o heridos en la casa de Marta Delmar.

Luego una llamada telefónica condujo a la policía a la cámara acorazada de Harvey Bronlon. Encontraron los cadáveres de Juez y Diácono. Jake Critz estaba agonizando. Harvey Bronlon sufrió unas heridas de las cuales murió a los pocos días.

¿Acaso la mano de La Sombra dejó adrede que este hombre viviese un poco? Quizá fue ese el propósito del sin par luchador. Pues Harvey Bronlon, cogido con las cajas de billetes, fue débil ante el interrogatorio de la policía.

Fue él quien confesó el crimen, virtualmente la misma historia que La Sombra relatara cuando tenia acorralados a sus últimos enemigos. Bronlon, aterrorizado por la muerte inminente, dio explicaciones del pasillo secreto de la manzana de casas que él había edificado.

La policía encontró los cadáveres de Hurón, Mayor y Carnicero. Fueron trasladados al Depósito y con ellos fueron colocados los de Juez y Diácono.

Los Cinco Camaleones unidos, en la habitación que utilizaran como base de operaciones. Unidos en vida y unidos en la muerte.

El dinero encontrado en casa de Bronlon fue trasladado a la cámara acorazada del Banco County Nacional. Llegaron unos funcionarios del Estado para hacerse cargo del dinero. También llegaron a Middleton unos inspectores federales con el objeto de investigar el dinero falso, que había inundado el distrito entero.

Mientras los cadáveres de los Cinco Camaleones yacían en sus cajas mortuorias, una mano desconocida, depositó un sobre encima de cada cuerpo.

El agente que descubrió los sobres los abrió uno por uno.

Contenían el nombre supuesto de la victima sobre quien se depositara.

David Traver, Howard Best, Mauricio Exton, Joel Hawkins, Jorge Ellsworth; todos estaban anotados.

Mas, cuando el policía quiso volver a mirar la escritura, sucedió un cambio inexplicable. La escritura se desvaneció y aparecieron otras palabras.

Los apodos: Juez, Diácono. Mayor, Hurón y Carnicero, fueron retirados por la mano invisible. Estos nombres dieron una pista a la policía federal.

Rápidamente desenterraron los antecedentes de todos los malhechores.

No fue ese el único episodio que siguió a la eliminación de los falsificadores.

El otro episodio fue observado por otra persona únicamente; por Marta Delmar.

La muchacha había regresado a Middleton. La verdad del suicidio de su padre fue explicada, pues la primera hoja de su última carta fue encontrada en la casa de Bronlon.

Volvieron todas las amistades de la joven. Ella había olvidado el pasado.

¿Por qué no? La historia de Huberto Salisbury había sido confirmada por el hallazgo del pasillo secreto. El joven estaba libre y él y Marta Delmar celebraron su libertad mediante el casamiento.

Entre los muchos regalos recibidos, Marta observó uno, extraño. Un hermoso reloj-el más espléndido de todos los regalos-aparecía encima de la repisa de la chimenea. Llegó con la tarjeta del donante. Todo el mundo se preguntó quién lo habría mandado: solamente Marta lo sabia.

Pues por la noche, cuando las lámparas de encima de la chimenea estaban encendidas, el alto reloj arrojaba una sombra extraña y misteriosa sobre el suelo, delante del hogar.

Era la sombra de una alta y delgada figura que terminaba en la silueta de un rostro con nariz afilada y el ala ancha de un sombrero encima del perfil.

¡Era la sombra del personaje misterioso, conocido por La Sombra!

Como el fulgurante girasol, un símbolo que Marta Delmar no podía olvidar jamás, indicaba, más gráficamente que por medio de palabras, la identidad del donante del valioso regalo.

Marta Delmar miraba esa sombra con frecuencia. Le traía fantástico recuerdo. Le hablaba de aquella noche fecunda en acontecimientos en que La Sombra acudió en respuesta a su llamada.

¡La Sombra! ¡El justiciero! ¡La Sombra ser misterioso!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN